IV JORNADAS de Historia en Mérida

CENTENARIO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL



Mérida, 25 de marzo y 29 de abril de 2014

Actas

ACTAS DE LAS IV JORNADAS DE HISTORIA EN MÉRIDA

CENTENARIO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Mérida, 25 de Marzo y 29 de Abril de 2014

JORNADAS DE HISTORIA EN MÉRIDA (4ª, 25 de Marzo y 29 de Abril de 2014)

Actas de las IV Jornadas de Historia en Mérida: Centenario de la Primera Guerra Mundial [actas]: Mérida, 25 de marzo y 29 de Abril 2014 / Coord.: Magdalena Ortíz Macías, José Antonio Peñafiel González. – Mérida: Ayuntamiento: Archivo Histórico Municipal-Biblioteca Municipal, 2014. - p.; cm. (Jornadas de Historia en Mérida; 4ª)

Contiene: [1]. 1890-1914. El largo camino hacia la guerra / Olga Luengo Quirós. [2]. España a las puertas de la Gran Guerra. Francisco Javier Leal Barcones. [3]. The Effects of the First World War on a community in ireland = Los efectos de la Primera Guerra Mundial en una comunidad irlandesa / Denis John Casey. [4]. La Gran Guerra: el fin de un mundo / Mario López Martínez. [5]. Mérida durante la Primera Guerra Mundial: Una ciudad en crecimiento / Magdalena Ortíz Macías, José Antonio Peñafiel González. - Índice.

D.L.BA: BA-166-2015

1. Guerra Mundial II, 1939-1945-Jornadas. I. Luengo Quirós, Olga, coaut. II.Leal Barcones, Francisco Javier, coaut. III. Casey, Denis John, coaut. IV. López Martínez, Mario, coaut. V. Ortíz Macías, coord. VI. Peñafiel González, José Antonio, coord. VII. Título: Centenario de la Primera Guerra Mundial

94(100)»1939/1945"(063)

MAGDALENA ORTIZ MACÍAS JOSÉ ANTONIO PEÑAFIEL GONZÁLEZ (Coord.)

ACTAS DE LAS IV JORNADAS DE HISTORIA EN MÉRIDA

CENTENARIO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Mérida, 25 de Marzo y 29 de Abril de 2014

Excmo. Ayuntamiento de Mérida Archivo Histórico - Biblioteca Municipal Mérida, 2014

ACTAS DE LAS IV JORNADAS DE HISTORIA EN MÉRIDA «CENTENARIO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL»

Mérida, 25 de marzo y 29 de abril de 2014.

ORGANIZA

Excmo. Ayuntamiento de Mérida Archivo Histórico Municipal Biblioteca Municipal «Juan Pablo Forner»

COORDINACIÓN

Magdalena Ortiz Macías José Antonio Peñafiel González

Copyright de los autores

Copyright de esta edición: Excmo. Ayuntamiento de Mérida

Ilustración de la portada: «In flanders fields» Canada, 1918. The Heliotype Co. Ldt. Ottawa

D.L.: BA-166-2015

Impresión: Imprenta Rayego. Zafra (Badajoz)

Encuadernación: Imprenta Rayego. Zafra (Badajoz)

ÍNDICE

POR UN MUNDO MÁS IGUALITARIO Pedro Acedo Penco. Alcalde de Mérida	٥
reard Acedo Ferico. Alcaide de ivierida	7
EL ARCHIVO HISTÓRICO: REFLEJO DEL PASADO	
TENIENDO PRESENTE EL FUTURO	
Francisco Robustillo Robustillo. Delegado de Bibliotecas y Archivo	1
PRESENTACIÓN DE LAS JORNADAS	
Magdalena Ortiz Macías 1	3
1890-1914. EL LARGO CAMINO HACIA LA GUERRA	
Olga Luengo Quirós 1	5
ESPAÑA A LAS PUERTAS DE LA GRAN GUERRA.	
Francisco Javier Leal Barcones2	27
THE EFFECTS OF THE FIRST WORLD WAR ON A CONMUNITY	
IN IRELAND.	
Denis John Casey 7	'3
LOS EFECTOS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL EN UNA COMUNIDAD	
IRLANDESA	
Leonor Villafruela Pardo (Traductora)8	3
LA GRAN GUERRA: EL FIN DE UN MUNDO	
Mario López Martínez 8	}9
MÉRIDA DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL: UNA CIUDAD EN	
CRECIMIENTO	
Magdalena Ortiz Macías/José Antonio Peñafiel González 10)5

POR UN MUNDO MÁS IGUALITARIO

A lo largo de la historia de la humanidad han acaecido sucesos muy importantes y muy diversos; algunos felices, cuyos recuerdos nos hacen sentir orgullosos porque han contribuido al bienestar general de las personas, y otros gravísimos, que han costado un alto precio en víctimas inocentes aunque nos queda el consuelo de que hayan servido para permitir un futuro mejor y no repetir tales errores. Es el caso de la Primera Guerra Mundial que fue un dramático episodio en el que se perdieron millones de vidas, tuvo consecuencias transcendentales como el derrumbamiento de cuatro imperios, cambio del mapa político de Europa, el nacimiento de nuevas potencias mundiales, la mujer cobra un nuevo papel en la sociedad, aparecen nuevos movimientos literarios de vanguardia, etc., razones de más para conmemorar su centenario.

Desde la Delegación de Bibliotecas y Archivo Histórico son muchas las actividades que se desarrollan periódicamente para dar a conocer la grandeza del saber, del conocimiento, de la erudición, en definitiva de la cultura bien entendida que impulsan ambas instituciones. Una muestra es ésta, la conmemoración del centenario de la I Guerra Mundial movido desde el Archivo Histórico Municipal quien se hizo eco y organizó con gran brillantez las IV Jornadas de Historia y a continuación la publicación de las actas testimoniales que ahora tienes en tus manos.

Los días 25 de marzo y 29 de abril de 2014 se celebraron estas jornadas de historia y pudimos constatar el interés que despertó entre los adultos y alumnos de secundaria y de bachillerato la Primera Guerra Mundial y la sensibilidad con que, tanto historiadores como asistentes abordaron aquella tremenda situación ocurrida entre los años 1914 a 1918. En las actas se recogen también unas pinceladas de nuestra propia historia local, Mérida, una ciudad emergente en esos años pero en la que algunos sectores de la población atravesaban una situación difícil por la grave inflación que padecía el país.

Es deseo de este Ayuntamiento, y el mío propio, que el estudio de todo hecho histórico, la investigación de las causas y el devenir de acontecimientos como éste, nos dé el conocimiento suficiente para evitar contiendas tan luctuosas y que el sacrificio humano y material nos aporte la sensatez y la sensibilidad de concebir un mundo más igualitario, más bello y aceptable en todos los valores que conducen a la felicidad de la persona.

El Alcalde Pedro Acedo Penco

EL ARCHIVO HISTÓRICO: REFLEJO DEL PASADO TENIENDO PRESENTE EL FUTURO

Es encomiable y muy acertado por parte de nuestro Archivo Histórico y Biblioteca Municipal haber propiciado el encuentro histórico-literario en estas IV Jornadas de Historia en Mérida con el título *Centenario de la Primera Guerra Mundial* (1914-1918).

En las Jornadas participaron centros de secundaria y bachillerato de Mérida, despertando el interés de más de 250 estudiantes que se dieron cita para escuchar las intervenciones de los conferenciantes. Novedosa y muy destacada fue la aportación que hicieron los clubs de lectura de la Biblioteca, los cuales habían leído previamente novelas centradas en la Gran Guerra por lo que estas jornadas ofrecieron una visión diferente del conflicto bélico a través de la literatura, alcanzando una audiencia memorable el día en que se unieron la historia con la letras en las salas de la propia Biblioteca.

En las actas que estás leyendo también se aportan datos de cuánto sucedía en Mérida en aquellos momentos, que sin los fondos de nuestro Archivo Histórico Municipal difícilmente los hubiéramos conocido. Es pues, interés de este Ayuntamiento, a través de la Delegación que presido, la de mejorar cada día este servicio y mantener sus fondos bien conservados, custodiados y al servicio de estudiosos e investigadores. Por ello, apostamos por la digitalización de los mismos, tarea en la que en breve estaremos metidos de lleno con la adquisición de un escáner que supondrá la salvaguarda de los documentos originales y lo más importante, la difusión de las imágenes una vez que queden insertas en la página web del Archivo Histórico. Esta Delegación no ha escatimado esfuerzos para hacer que esto sea hoy día una realidad, primero gracias al apoyo de la Diputación Provincial y ahora por los méritos propios de una buena gestión municipal. Conseguir la digitalización completa del Archivo Histórico de Mérida es un reto tremendamente importante porque supone la garantía de la supervivencia de los documentos y sitúa la innovación tecnológica al servicio de la conservación, la investigación y la difusión cultural del Archivo que, no lo olvidemos, es reflejo auténtico de nuestra Historia local.

Nos congratulamos, pues con el trabajo bien hecho consagrando las Jornadas de Historia incluso cuando los vientos económicos no nos han sido favorables, apoyando y fomentando con los recursos de que disponemos para que todos los emeritenses, historiadores, aficionados e interesados puedan conocer importantes episodios de la Historia de España y del Mundo, como en este caso, sin olvidarnos nunca de la importancia de la Historia de la Ciudad de Mérida.

Francisco Robustillo Robustillo

Delegado de Bibliotecas y Archivo Histórico

PRESENTACIÓN

Cierto es que en la Primera Guerra Mundial España permaneció totalmente al margen de lo que fue el conflicto bélico que asoló Europa durante cuatro largos años. Aún así, la Biblioteca Municipal y el Archivo Histórico no querían dejar que este acontecimiento pasara desapercibido en el centenario del inicio de la contienda.

Estas actas recogen el desarrollo de las jornadas que se celebraron en Mérida en dos momentos diferentes del año 2014, el día 25 de Marzo dirigido a adultos y el día 29 de Abril para escolares de secundaria y bachillerato.

Los profesores Olga Luengo Quirós, Francisco Javier Leal Barcones, Denis John Casey y Mario López Martínez, impartieron respectivamente las siguientes ponencias que ahora quedan impresas en esta publicación: El largo camino hacia la guerra; España a las puertas de la Guerra, The Effects of the First World War on a conmunity in ireland (traducida al español por Leonor Villafruela) y La Gran Guerra, el fin de un mundo.

El libro recoge una comunicación más titulada *Mérida durante la Primera Guerra Mundial, una ciudad en crecimiento* realizada por José Antonio Peñafiel González y quien suscribe, Magdalena Ortiz Macías, con una idea sencilla y muy clara dar a conocer la situación que se vivía en Mérida durante el conflicto mundial.

Unos meses antes, la Biblioteca quiso implicar directamente a los grupos de clubes de lectura para conocer la guerra desde un punto de vista literario. Los grupos de español leyeron y establecieron tertulias basándose en la novela de Erich María Remarque sin novedad en el frente; el club de lectura en lengua inglesa se atrevió con Birdsong una novela de Vintage Faulks y los lectores de portugués hicieron lo propio con Memória das estrelas sem brilho de José Leon Machado. Desde la literatura, la visión de la guerra es más directa y más real que cuando la conocemos a través de los libros de historia; se unen la realidad, la ficción y los sentimientos que expresa el autor a través de los jóvenes protagonistas; vivimos con ellos el sufrimiento, el dolor, el

hambre, la frustración, la desesperanza y la incertidumbre de un futuro que se les escapa de las manos debido a un presente de terror.

Desde el inicio de tales actividades contamos con Denis J. Casey; profesor en Mérida actualmente y nacido en Irlanda del norte; a través de sus padres y sus abuelos vivió en directo el horror de la Gran Guerra y desde su experiencia personal ha conseguido formar una amplia colección de objetos, símbolos, artilugios, publicaciones, libros, audiovisuales, etcétera relacionado con la guerra. Él puso a disposición del Archivo histórico todo este fondo para organizar una exposición con una finalidad muy especial que era la de homenajear y recordar a los soldados que habían vivido una amarga experiencia de vida y de muerte..

No han sido unas jornadas *al uso; las IV Jornadas de Historia en Mérida* se han desarrollado de una forma mucho más completa, más pedagógica, más global; pensadas para un público diverso (jóvenes y adultos indistintamente); uniendo la parte literaria (lectura de libros) con la histórica (conferencias) y realizando una exposición que mostraba elementos alusivos a este periodo histórico acompañada de un soporte teórico que completaba la formación de cuantos la visitaron.

Los organizadores, el comité científico y los responsables institucionales se muestran muy satisfechos por la gestión, el desarrollo y la participación ciudadana en estas jornadas alusivas a la Gran Guerra, un conflicto que supuso un verdadero hito en la historia mundial desde los aspectos sociológico, político, económico, ideológico y demográfico como podemos apreciar en la lectura de las comunicaciones recogidas en estas actas.

Magdalena Ortiz Macías

Directora del Archivo Histórico y de la Biblioteca Municipal

1890-1914, EL LARGO CAMINO HACIA LA GUERRA

Olga Luengo Quirós

«¿Por qué después de casi medio siglo europeo sin más guerras que las puramente locales llegan a enfrentarse las grandes potencias en una que comienza europea y acaba en mundial?».

P. Renouvin¹.

El historiador francés planteaba esta pregunta y hoy, 100 años después del estallido del conflicto, las respuestas siguen siendo múltiples como cabe esperar ante un suceso que no solo implicó a la mayor parte de los países europeos y otros extraeuropeos como Estados Unidos y Japón, sino que acabó con la vida de más de 9 millones de combatientes y unos 3 millones de civiles.

La Gran Guerra alterará las bases sociopolíticas y económicas europeas y planetarias. Las transformaciones sociales, los cambios de liderazgos políticos y el nuevo orden económico que caracterizará al siglo XX nacen en la Primera Guerra Mundial.

Bajo estas premisas, podemos decir sin ambages que el siglo XX comienza en 1914.

En esta breve exposición voy a tratar de reflejar las causas que, bajo una maraña de elementos políticos, económicos, sociales e ideológicos conducen al estallido de la Gran Guerra.

En palabras del historiador francés J.B. Duroselle² «la guerra fue el resultado de un mecanismo que desbordó a los hombres». En ese caso se hace necesario buscar las fuerzas profundas que animan tal mecanismo: la oposición entre los nacionalismos, el engranaje provocado por la carrera de armamentos, y las rivalidades económicas y expansionistas de las grandes potencias; así como otras motivaciones profundas que están en las necesidades nacionales y en las acciones de los gobiernos.

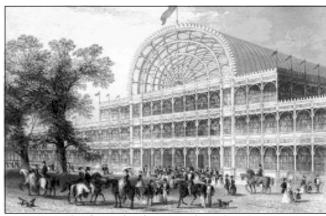
¹ Citado en Lacomba J.A y otros, Historia Contemporánea, de las revoluciones burguesas a 1914, Alhambra Universidad, 1982, pág.431.

² Citado en Martínez Carreras, J.U, Introducción a la Historia Contemporánea, la era de las revoluciones 1770-1918, Istmo, 1983, pág. 505.

En primer lugar trataré de esbozar la imagen de la Europa de finales del siglo XIX y primeros del XX, ya que es en este escenario donde arrancan los antagonismos, para a continuación tipificar los factores determinantes en las relaciones entre las principales potencias europeas.

La Europa de la segunda mitad del siglo XIX vive condicionada por unas relaciones internacionales trazadas bajo unas líneas económicas y políticas específicas.

En el primer caso, razones comerciales, industriales, financieras y también de prestigio han desembocado en el apogeo de la expansión



The Crystal Palace. Londres victoriano

europea mediante la conquista colonial; en el plano político, Europa se debate entre la afirmación de oposiciones interestatales e intraestatales debidas a la exaltación de sentimientos nacionales y la desconfianza entre Estados.

No podemos olvidar que el siglo XIX europeo es el icono del progreso técnico y el conocimiento científico, por lo que este semblante económico y político está íntimamente relacionado con las transformaciones profundas de la tecnología.

Desde mediados del siglo XIX la industrialización ha dejado de ser un «asunto inglés» para comenzar su expansión por Europa, Estados Unidos y Japón. Su avance va ligado al crecimiento



Paris, le Pont Neuf, Pierre-Auguste Renoir, 1872

demográfico; al desarrollo de los transportes que no solo favorece el comercio a larga distancia sino también el crecimiento interior de las economías nacionales (la navegación a vapor triunfa desde 1860; desde 1850 el ferrocarril se convierte en el sector punta que transformará tanto el tráfico de pasajeros como el de

mercancías); a la tecnología³; a la creación de grandes bancos de depósito, sociedades anónimas, concentraciones empresariales y al triunfo del patrón oro.

No obstante, son igualmente determinantes otras razones de corte político como la eliminación definitiva del sistema feudal en 1848; las unificaciones italianas y alemanas en 1870 y 1871 que convertirán a Italia y Alemania en dos grandes mercados; la Guerra de Secesión en los Estados Unidos, logrando el triunfo de la economía industrial; el fin de la servidumbre en Rusia en 1861; o la apertura de China y Japón a Occidente.

No cabe duda de que Europa occidental ejerce una influencia preponderante en todo el mundo. Su flota domina los mares, sus industrias y sus bancos controlan los mercados, sus progresos técnicos y científicos



Cartel anunciador de la Exposición Universal de París, 1889

contribuyen a extender su poder y asegurar su influencia. Sus ejércitos y exploradores abrirán los continentes, especialmente África y Asia, a su colonización.

Este mecenazgo muestra todo su orgullo en salones, tertulias y gobiernos europeos y no disimula su satisfacción cuando abre al mundo sus exposiciones universales como la de Londres de 1851 o París en 1889.

³ El Convertidor Bessemer aparece en 1856 y el procedimiento Martin de fabricación de acero en 1865, entre otros inventos. El Canal de Suez se abre en 1869.

⁴ Derrota francesa en Sedan en 1870 ante el ejército prusiano.

Francia y Reino Unido miden sus fuerzas por el control de Egipto; Italia reclama sus derechos sobre Libia y Túnez, esta última también reivindicada por Francia junto con Argelia; por último, en el Estrecho de Gibraltar se cruzan intereses británicos, franceses, españoles y alemanes.

⁶ Guerra de Crimea, 1853-1856.



Caricatura de Cecil Rhodes, como símbolo del colonialismo europeo en África

Sin embargo, esta imagen idealizada de progreso y bienestar no oculta viejos y nuevos antagonismos entre los países debidos a seculares reivindicaciones territoriales (Alsacia y Lorena impiden durante más de 40 años la reconciliación entre París y Berlín⁴); disputas coloniales y áreas de influencia (en la cuenca del Mediterráneo los intereses se extienden desde el Estrecho de Gibraltar hasta Egipto⁵); y límites fronterizos inciertos tanto en la zona balcánica como danubiana⁶ que crecen a medida que se debilita el Imperio turco.

Desde 1871 el canciller Otto von Bismarck había intentado maquillar estas rivalidades bajo un equilibrio de fuerzas conocido como sistemas bismarckianos⁷, cuyo principal objetivo sería mantener aislada a Francia. A modo de árbitro de la escena europea, Bismarck traza un complicado sistema de alianzas que entreteje los intereses económicos y políticos de las principales potencias generando tanto dependencias como desconfianzas, pero manteniendo una paz y prosperidad relativas que avivan los mercados y las transacciones comerciales.



Canciller Otto von Bismarck

Primer Sistema bismarckiano (1872-78, Entente de los 3 emperadores entre Alemania, Austria-Hungría y Rusia. Más tarde se une Italia); 2ºSistema bismarckiano (1878-86, Dúplice entre Alemania y Austro-Hungría frente a Rusia. En 1881, Nuevo Tratado de los 3 emperadores. En 1882, Triple Alianza entre Alemania, Austria-Hungría e Italia); 3º Sistema bismarckiano (1887-90, Tratado ultrasecreto de reaseguro entre Alemania y Rusia. Renovación de la Triple Alianza, ahora con carácter defensivo. Acuerdos mediterráneos entre Reino Unido, Alemania e Italia. Más tarde se sumará Austria-Hungría y España).

⁸ Con este término Guillermo II pretendía que su país adquiriese el rango de una gran potencia mundial, reivindicando la igualdad de condiciones con el resto de las potencias imperialistas.



El mapa de las relaciones europeas da un giro inesperado cuando en 1890 el emperador alemán Guillermo II fuerza la dimisión del canciller Bismarck para desarrollar su Weltpolitik⁸ libre de injerencias.

El sistema de alianzas se irá desintegrando para dar paso a la política de bloques y al fin del aislamiento francés.

En 1891 se renueva la Triple Alianza formada por Alemania, Austria-Hungría e Italia que se había iniciado en 1882 pero que desde 1887 solo

tenía carácter defensivo. La no renovación del Tratado Secreto de Reaseguro entre Rusia y Alemania producirá el progresivo alejamiento germano-ruso y los acuerdos primero políticos (1891) y más tarde militares (1892) entre Rusia y Francia. En 1904 Francia y el Reino Unido formalizan una Entente Cordiale que ponía fin a sus eternas rivalidades y facilitaba la creación de la Triple Entente en 1907 entre Reino Unido, Francia y Rusia.

De esta manera el antiguo equilibrio de fuerzas ha ido dando paso a la división de Europa en dos conjuntos con fuerzas potenciales sensiblemente iguales: la Triple Alianza y la Triple Entente.

El nuevo orden político trae aparejado nuevas condiciones económicas. Desde 1896 asistimos a un alza de los precios debido al aumento de la producción de oro. La explotación de nuevos y riquísimos yacimientos auríferos en África del Sur (Transvaal), Australia occidental y el noroeste de América incrementa la inversión y la producción industrial tanto en Europa como en América y resto del mundo.

El patrón oro se va consolidando frente a la plata. Austria-Hungría lo adopta en 1892, Rusia en 1893, Japón en 1895, Estados Unidos en 1896. Gran Bretaña ya lo había hecho desde principios del siglo XIX.

⁹ En 1884 Johannesburgo contaba con 3.000 habitantes. En apenas unas décadas pasará a 300.000 debido a la inmigración de Reino Unido, Australia, India...

Junto a ello es igualmente importante el trasvase demográfico de Europa a otros continentes⁹ (fundamentalmente a América), que permitirá la puesta en valor de inmensas riquezas naturales de los países nuevos (cultivos de cereales y algodón, incremento de la producción de carbón y hierro...)

Ahora bien, este statu quo imbuido de progreso y «aparente felicidad» tiene que aprender a convivir con la amenaza de la superproducción, inherente al sistema capitalista.

El mundo y sus relaciones internacionales están cambiando con una velocidad de vértigo. El primer aviso llega cuando Inglaterra, absoluta potencia

industrial, pierde su liderazgo a favor de Alemania y los Estados Unidos. En 1893 Alemania supera la producción de acero inglesa y 10 años más tarde la de hierro. Pero, además, el acero alemán es un 20% más barato que el inglés.

El despegue alemán no solo se contempla en la industria pesada sino también en las industrias electrotécnicas¹⁰ y químicas¹¹, en el desarrollo bancario y en la concentración industrial¹².

En definitiva, entre 1892 y 1914 Alemania triplica su capacidad productiva industrial, a pesar de que la población pasó de 44 a 60 millones de habitantes.



¹⁰ Las firmas alemanas Siemens o AEG suministraban en 1913 el 30% de toda la producción mundial.

¹¹ En 1914 la industria química alemana, gracias a sus descubrimientos de la química orgánica, controlaba el 85% del consumo mundial de colorantes sintéticos.

¹² Mientras el trust prevalece en los EE.UU. en Alemania se opta por el cártel. Pero, en ambos casos, estas formaciones empresariales habrían sido imposibles sin las sociedades por acciones y la estrecha relación banco-industria.

¹³ El emperador alemán Guillermo II anuncia en 1896 en un discurso ante la Sociedad Colonial que «el porvenir de Alemania está en los mares», refiriéndose con ello tanto a la expansión mercantil como colonial



Se desata por tanto una carrera por la búsqueda de mercados en exclusiva. En la Conferencia de Berlín celebrada en 1885, sobre la vieja idea de los «derechos históricos» para justificar la ocupación colonial se había impuesto el triunfo de las tesis de «ocupación efectiva». En los últimos años del siglo XIX la carrera se acelera, con lo que las pequeñas potencias quedaban fuera del reparto. A partir de 1894 Japón y Estados Unidos se suman a esta política de reparto y distribución, y surge un nuevo y atractivo escenario: el Extremo Oriente¹³.

No obstante, el problema más grave aparecerá cuando el crecimiento económico

se una a la exaltación nacionalista de modo que el reparto del mundo no solo responde a áreas de influencia económicas sino también a razones estratégicas y de prestigio político.

El nacionalismo venía desarrollándose en Europa a lo largo del siglo XIX. Ya sea ligado al liberalismo (caso de Mazzini en Italia) o a factores económicos (caso alemán), ocupa un papel protagonista tanto en el surgimiento de grandes Estados (Italia y Alemania) como en el desmembramiento de antiguos imperios (Austria-Hungría e Imperio otomano).

Este sentimiento nacional, en muchas ocasiones exaltado y revolucionario, se entremezcla en Europa con el problema del reparto de fronteras y, al mismo tiempo, con la necesidad que tienen los países europeos por asegurar las propias.

En Europa occidental las fronteras parecían claras, con excepciones como la vieja rivalidad franco-germánica por el control de los territorios de Alsacia y Lorena. Sin embargo, en el este de Europa, la descomposición acelerada del

¹⁴ Entre 1858 y 1866 se formaliza una Rumanía creada a partir de la unión de los principados de Moldavia y Valaquia; Bulgaria busca crear su propio Estado; Grecia reivindica la Gran Grecia extendida hacia Macedonia; Serbia aspira a la Gran Serbia uniendo a los eslavos del sur; en Bosnia y Herzegovina nacen también movimientos nacionalistas.

¹⁵ Los gastos militares alemanes pasaron de 938 millones de marcos en 1905 a 3.244 millones en 1914. En 1912 Alemania había multiplicado el número de buques de guerra y acorazados con el fin de igualar su fuerza naval a la británica.

¹⁶ En 1912 las nuevas leyes militares en Alemania incrementaron los efectivos de su ejército en 820.000 soldados; Francia en 1913 incrementó su ejército en 750.000 hombres; Rusia, a finales de 1913, aumentó a 1.200.000 el número de sus soldados.

Imperio turco está dando paso al nacimiento de nacionalidades nuevas (serbios, búlgaros, griegos, bosnios...)¹⁴ y al deseo expansionista de potencias como Austria-Hungría o Rusia por extender sus dominios hacia el Danubio y el Mar Negro.

La lucha de un país por superar a otro o por impedir que el otro le supere, se manifiesta en la política exterior con la consolidación de los bloques, asegurando alianzas tanto defensivas como ofensivas. En política interior, la inversión se pone al servicio de la carrera de armamentos¹⁵.

Entre 1890 y 1914 los ejércitos de todas las potencias europeas, salvo el Reino Unido, doblaron sus efectivos de tierra y mar. Con un sistema militar obligatorio se conseguía una rápida movilización masiva de tropas¹⁶.

En síntesis, podemos concluir que la lucha por acaparar mercados, la obsesión por asegurar fronteras, y el desarrollo de los diferentes nacionalismos fueron creando un clima de tensión y recelos entre los países. Y éstos optarán por: fortalecer sus posiciones dentro de los bloques respectivos, dominar lugares de valor estratégicos, y aplicar las innovaciones técnicas y científicas a una carrera de armamentos que no tenía precedentes. «Paz armada» es el nombre con el que se conoce a este período.

En los primeros años del siglo XX este clima de desconfianza se pone a prueba en dos escenarios concretos: el norte de África y los Balcanes.

Marruecos en el norte de África es un lugar estratégico para controlar el paso comercial entre el Atlántico y el Mediterráneo.

La primera crisis marroquí tuvo lugar en 1905. El emperador Guillermo II quiere resaltar el interés alemán en esta parte del Estrecho y su oposición a la creciente intervención de Francia en la zona. Desembarcando en Tánger, Guillermo II se proclama protector de la independencia marroquí. Para solucionar el conflicto, la diplomacia internacional celebra en 1906 la Conferencia de Algeciras donde se acuerda mantener la integridad de Marruecos sin renunciar a la internacionalización de su economía. Francia y España son las encargadas de organizar la política de los puertos marroquíes (más tarde desarrollarán sus propios protectorados). Con estas decisiones no solo no se impedía la penetración francesa en Marruecos sino que Gran Bretaña reforzó su alianza con Francia frente a Alemania.

La segunda crisis marroquí llegó en 1911 (también conocida como crisis de Agadir). Alemania utilizó la ocupación francesa de Fez para, aprovechando que Francia había violado los acuerdos de Algeciras, volver a plantear la cuestión marroquí. El 1 de julio de 1911 la lancha cañonera alemana *Panther* entró en el

puerto de Agadir y desembarcó un pequeño contingente de fuerzas alemanas. De nuevo la diplomacia internacional interviene en la solución del conflicto: Alemania acepta el establecimiento de un protectorado francés en Marruecos a cambio de la cesión de una franja litoral en Camerún y una salida al Atlántico en la zona cercana a la Guinea española, en la región de África ecuatorial francesa. Sin embargo, la actitud del gobierno de Berlín acaba reforzando la alianza de la Triple Entente.

En los años siguientes el conflicto se traslada a los Balcanes.

En palabras de **P. Renouvin**¹⁷ «el centro de gravedad de los litigios o de los conflictos de intereses entre los Estados se desvió y cambió su carácter, pues las rivalidades que iban unidas a las expansiones imperialistas fuera de Europa eran menos frecuentes e incluso tendían a atenuarse, mientras que las que eran originadas u ocasionadas por el movimiento de las nacionalidades en Europa se agudizaban».

Ya en 1908 se había vivido un momento crítico con el deseo por parte de Bosnia-Herzegovina (hasta ese momento territorio del Imperio turco) de convertirse en un Estado independiente, cosa contraria a los intereses de Austria-Hungría puesto que significaba el cierre de la salida de los productos austríacos hacia el sudeste y cortaba el ferrocarril austríaco desde Sandjak a Salónica. Los austríacos invaden y ocupan Bosnia-Herzegovina y la incorporan a su Imperio.

La oposición de Serbia y de su aliada Rusia no encuentra apoyo en Francia y Reino Unido. Parece que la Triple Entente se puede romper e iniciar el conflicto pero, finalmente, la renuncia de Turquía a Bosnia-Herzegovina a cambio de una compensación monetaria obliga a Serbia, presionada por Rusia, a aceptar la anexión.

En 1912 Serbia, Montenegro, Bulgaria y Grecia, apoyados por Rusia, crean la Liga Balcánica. Su objetivo es derrotar al Imperio turco y repartirse la franja de terrenos balcánicos que Turquía tenía entre los mares Adriático y Egeo. Al mismo tiempo, Italia reclamaba Libia y varias islas del archipiélago del Egeo.

La derrota de Turquía es clara y rápida. Italia obtendrá Libia y el Dodecaneso; Albania se independiza; pero el reparto del resto de los territorios balcánicos (Tracia y Macedonia) origina una nueva guerra entre Bulgaria (apoyada por Austria-Hungría) y Serbia (apoyada por Rusia). La paz de Bucarest de 1913 reconocía la victoria serbia. A los ojos de Europa surge una Serbia engrandecida, pero ello suponía un peligro económico y una amenaza para la

¹⁷ Citado en Martínez Carreras, J.U, Introducción a la Historia Contemporánea, 1770-1918, Istmo, 1983, pág. 498.

seguridad de Austria-Hungría. Las preocupaciones se agrandan en el convencimiento del apoyo ruso ante cualquier intento austríaco de vencer a Serbia.

Este clima prebélico no paraliza la expansión europea: su actividad industrial ocupa el 52% de la actividad mundial; un millón y medio de europeos habían emigrado a América en 1913; su influencia intelectual, tanto a nivel político (desde el liberalismo hasta el internacionalismo obrero) como religioso (sea católico o protestante) se extiende por todo el globo.



«Asesinato en Sarajevo»

En este ambiente donde el crecimiento y el progreso conviven con la *«psicosis de guerra»* estalla la última crisis, la crisis de Sarajevo.

El 28 de junio de 1914 es asesinado en Sarajevo (Bosnia) el heredero de la corona austrohúngara, el archiduque Francisco Fernando, y su esposa. El autor del homicidio es un estudiante bosnio, Gavrilo Prinzip, miembro de una sociedad secreta nacionalista que aspiraba a unir a todos los pueblos eslavos del sur.

La crisis internacional que conduce irremisiblemente a la guerra se abre quince días después del asesinato.

El gobierno austríaco acusa al gobierno serbio de «complicidad indirecta» en el atentado y dirige a Serbia (tras asegurarse el apoyo alemán y después de varias semanas de reflexión) el 23 de julio un ultimátum por el que exige una investigación a fondo, con la participación de policías austríacos, para encontrar a los responsables. Serbia se niega a que Austria dirija la investigación en Belgrado.

El 28 de julio, rechazando la mediación inglesa y rusa, Austria declara la guerra a Serbia. Como si de fichas de dominó se tratase, los diferentes países van entrando en el juego de la guerra. El 30 de julio Rusia declara la guerra a Austria-Hungría en apoyo de Serbia; el 1 de agosto Francia se moviliza y

Alemania declara la guerra a Rusia y el 3 de agosto a Francia; el 4 de agosto las tropas alemanas invaden Bélgica y Gran Bretaña declara la guerra a Alemania.

Italia, los países escandinavos, España, Suiza y Holanda permanecen inicialmente neutrales.

¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué en esta crisis los intentos diplomáticos fracasan? ¿Por qué no se recurre, como en ocasiones precedentes, a una conferencia internacional que arbitrase la situación?.

¿Ha sido la política de bloques la causante de este rapidísimo y enloquecido intervencionismo en cadena, obligando a los países a apoyarse entre ellos y frente a los contrarios?, ¿o se trata más bien de los intereses particulares de cada país camuflados bajo unos pretendidos compromisos político-diplomáticos?

O simplemente, todos los conflictos previos ligados al sentimiento nacionalista de las minorías y a los nacionalismos expansionistas de los grandes Estados, a las rivalidades económicas y financieras, al juego de las alianzas, a la tentadora carrera arma-mentística y a los movimientos de opinión arrastran al viejo continente en una espiral suicida que marcará el fin de una época.

Lo que inicialmente parecía un nuevo conflicto balcánico en el que Austria quería aprovechar el atentado de Sarajevo para someter a Serbia por miedo a la influencia que ésta podía ejercer sobre el resto de los pueblos eslavos, y el temor

y la oposición de Rusia a la ampliación del área de influencia de Austria-Hungría en los Balcanes se ha transformado en una guerra europea, que muy poco tiempo después será mundial.

Irremediablemente, la guerra ha empezado.



Trincheras, Otto Dix.

ESPAÑA A LAS PUERTAS DE LA GRAN GUERRA

LA ESPAÑA DE 1914.
 LOS AÑOS DE LA GUERRA.
 LAS CONSECUENCIAS.
 ORIENTACIONES BIBLIOGRAFICAS
 Francisco Javier Leal Barcones

Resumen

El objeto de este artículo es trazar una retrospectiva de nuestro país en 1914, con motivo de la conmemoración de la Primera Guerra Mundial. Esencialmente, intenta responder a tres cuestiones: cómo era la España de hace cien años, la que vio el estallido del conflicto, cómo se vivieron esos años y qué consecuencias y efectos se derivaron para la sociedad española. Este retrato, que finaliza en 1923 con la dictadura, recorre diferentes ámbitos: el político, dentro de la crisis de la Restauración y la fragmentación de los partidos dinásticos; el social, con las nuevas clases e ideologías urbanas; el económico, en un país de economía dual, y que estrenó su industrialización en un momento excepcional de acumulación. Ámbitos que se han de entender dentro de un proceso de modernización amplio e intenso. Además, se aborda el papel del ejército, del caciquismo, del catalanismo o del socialismo, junto a la cultura, la diplomacia y la política internacional del momento en relación con la neutralidad española.

Palabras clave: España, 1914, Restauración, modernización, cambios.

Un viajero, un testigo de su tiempo, no vería en España de 1914 a un país moderno. Y le costaría pensar que estaba empezando a serlo. La tesis básica que proponemos es considerar que la España de nuestra contemporaneidad, la de las ciudades y las industrias, nació como tal durante la guerra y con la guerra. Y esa experiencia (o conjunto de ellas), plagada de magnitudes colosales y de circunstancias extraordinarias, incluyendo nuestra neutralidad, marcó profundamente la trayectoria de la España contemporánea, ya que el conflicto actuó como un catalizador de cambios y mutaciones en un amplio espectro: tecnológicas, materiales, demográficas, culturales, ideológicas. Como sucedió en la mayoría de los países, nadie pudo sustraerse a la poderosa influencia del punto de inflexión en la civilización europea que fue la Gran Guerra. En España, aceleró esos cambios y lo hizo sobre un sistema de instituciones impermeables y

caducas, incapaces de articularlos. Momentos críticos como los que condujeron a la crisis de 1917 y al colapso del régimen de la Restauración que cristalizó en el golpe militar, ponen fin al periodo constitucional más largo de nuestra historia. Cambios que agudizaron la crisis de un régimen diseñado para la estabilidad en apenas nueve años y de forma irreversible en una línea que conducirá a los convulsos años 30.

LA FSPAÑA DF 1914

España era una vieja de luto llorando y mirando al mar. Esa era, al menos, la imagen transmitida por la prensa del cambio de siglo y recogida en Mater Dolorosa, una obra del historiador José Álvarez Junco, indispensable para comprender nuestra historia reciente. Otras imágenes recurrentes que ilustraban esos mapas satíricos muy del gusto de la época siempre representaban a nuestro país con figuras indolentes y lánguidas, bien como dama absorta o como oficial displicente que sestea apoyado en su vecino. Una caracterización que no era nueva, ya había nacido entre los pensadores y viajeros de la Francia ilustrada del XVIII y que difundirían ese extendido tópico de la España exótica anclada en el tiempo. Hacía solo seis años que los últimos territorios ultramarinos se habían perdido. Era el fin del Imperio, justo en el momento en el que otras naciones europeas comenzaban, ampliaban y consolidaban el suyo sobremanera. Ya desde el primer tercio del XIX esa herida se había abierto, al menos desde Ayacucho en 1824. Ahora era definitiva y el país rumiaba conmocionado, en las calles y en las Cortes, en torno a lo sucedido, a los soldados repatriados, a los barcos hundidos, a los destinos perdidos, a los mapas que ya no serían los mismos. Y tomó un nombre, el de *Desastre*. A decir verdad, no sólo fue España. Muchos países europeos tuvieron su propio desastre (Portugal y el Mapa cor-de-rosa, Italia en Adua, Francia en Fachoda) en el cambio de siglo y siempre en relación directa con sus políticas coloniales. Eso tuvo una gran repercusión en el futuro, ya que demostraba que había una relación directa entre los éxitos (o los fracasos) coloniales y la fortaleza (o debilidad) en la construcción de una identidad nacional, de un nacionalismo como emulsión indispensable para esa fórmula del estado-nación y que iba, según el modelo francés, desde la escuela hasta el ejército, reconocible en un rosario de expresiones culturales compartidas, tradiciones, mentalidades y lugares comunes. El colonialismo fue fundamental en la conformación de las nacionalidades europeas. También para España, en cuanto la pérdida del imperio reavivó una conciencia de fracaso, de la nación como proyecto fallido, como estado caduco y débil. Un país sin pulso, tal como Silvela había diagnosticado, España, la muerta, recordaba Joan Maragall. Creíamos ser un gran imperio y ha resultado que no somos nada¹, apuntaba

Ramón y Cajal. De ese pesimismo, se contagió Cánovas cuando se le pidió definir los límites de la nacionalidad española al responder que son españoles los que no pueden ser otra cosa². No es extraño que fuera en ese momento cuando se produjera la aparición del pensamiento regionalista que pronto derivaría en un nacionalismo, alimentado por el liberalismo empresarial más conservador. España veía nacer sus nacionalismos periféricos mientras otros países europeos reforzaban sus proyectos nacionales. Parecíamos navegar contracorriente. Ese era un síntoma más dentro de un debate intelectual muy popular en Europa desde fines del XIX, difundido por Lord Salisbury y contaminado por el darwinismo social y estereotipos raciales donde las naciones se equiparaban a organismos, pueblos jóvenes y en expansión o naciones decadentes. La derrota estigmatizó. Y lo hizo especialmente en nuestro ejército, que perdió definitivamente la fe en el liberalismo y en sus políticos, a los que responsabilizaban de la derrota. Básicamente, era la conjura, la puñalada por la espalda que éstos habían dado, donde estaba la causa mayor –el mismo discurso que el ejército alemán hará en 1918. Ese desprestigio hacia la política fue pertinaz y eso tendría notables consecuencias en el futuro. De momento, militar era también la figura del rey, Alfonso XIII, que desde 1902 asumió la corona en una época conocida en nuestra historia como Restauración y que se había iniciado con su padre, Alfonso XII. Nacido en 1874, de la mano del político conservador Antonio Cánovas, fue un régimen largo, de medio siglo, asociado habitualmente al caciquismo, a la estabilidad del turno político y al auge económico. Hace cien años, España sin duda era un país muy diferente, un país que había sorteado la llamada crisis finisecular de las últimas décadas del XIX, la drástica pérdida de sus colonias y que intentaba abordar un proceso de modernización y crecimiento económico, limitado, tal vez insuficiente, pero similar a otros países europeos de su entorno mediterráneo, muy lejano del corazón industrial europeo y ese triángulo de ciudades negras inglesas, flamencas, francesas y alemanas. Si, en definitiva, el lector se pregunta a qué clase de país pertenecía España, recurrimos a la analogía de Javier Tusell cuando afirmaba que puestos a comparar, nuestro país sería similar a uno balcánico, con una proporción de líneas férreas inferior a Grecia en 1914, un país que apenas gastaba el 10% de su presupuesto en lo que hoy llamaríamos inversión pública y donde el fraude fiscal sobre la era propiedad se cifraba entre un 60 y 80%, favorecido por la inexistencia de un catastro fiable. A lo largo del XIX, un 80% de la población española vivía ligada a la supervivencia en el medio rural, azotado por periódicas crisis de subsistencias y hambrunas, algo visible en de los levantamientos campesinos en Levante y Andalucía en 1905, 1906 o en 1919 cuando el equilibrio entre los recursos disponibles y la

¹ Maximiliano Fuentes Codera (2014): España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural, Madrid, Akal, p.11

² Gerald Brenan (1984): El Laberinto Español, Madrid, Plaza & Janés, p. 32

presión demográfica se fracturó. Si consideramos la esperanza de vida como un indicador relevante, ésta se situaba en 35 años y es una notable diferencia, por ejemplo, con la Gran Bretaña de la época, que ofrece una esperanza de vida de 60 años. Otra muestra de lo que podemos llamar atraso estructural a principios del XX es nuestra tasa de analfabetismo, un 63'7% en 1900, cifra cercana a niveles de la Rusia zarista, con un 71%, y mucho mayor que el de nuestro vecino, Portugal. El dato es clave porque va de la mano del retraimiento político, de la permisividad con el fraude, de la cultura de la sumisión, la persistencia del mesianismo religioso y la influencia clerical, a menudo, rasgos atribuidos a la población española; pero que también afectó a factores como la higiene y salubridad, la cualificación técnica o la oportunidad de transformación personal que el acceso a la cultura ofrece. La población española no tuvo eso en el arranque de siglo. Con apenas veinte millones de habitantes, una urbanización desigual, y con una mayoría de la población activa dedicada al campo, la sociedad española reflejaba un crecimiento demográfico sostenido (casi 19 millones de habitantes en 1900, un millón más en 1910 y 22 millones en 1920). Eso mejoraba la fase previa, cuando entre 1861 y 1910 el crecimiento fue muy ralentizado, con una tasa anual de 0.56%. Si entre 1850 y 1900 España dobla su población, Gran Bretaña la multiplica por tres y Alemania por cuatro. Subrayar que la emigración exterior, sobre todo hacia América fue notable durante la segunda del XIX y alcanzó su cenit hacia 1900. Las cifras son rotundas: entre 1882 y 1914 España vio salir más de un millón de habitantes, y eso ha de estar muy presente a la hora de evaluar nuestro atraso como país. Junto a los incipientes signos de modernización convivía una realidad esencialmente agraria y rural, de usos tradicionales y limitada a la supervivencia. Las tasas todavía nos hablan de ese régimen demográfico antiguo, ligado a las prácticas agrarias, que arroja altas tasas de natalidad y mortalidad (34 y 29 por mil en 1900, respectivamente) y, especialmente unida a la prevención sanitaria, de la mortalidad infantil que pasó de 186 por mil (casi 400 si incluimos a menores de 5 años), en 1900, a 116 por mil en 1930; enfermedades como la tuberculosis y el tifus causaban estragos: cuarenta mil defunciones entre 1900-1920; la gripe, unas diez mil al año, y en 1918-1919 esta gripe, venida de América pero llamada la española, causaba 230.000 víctimas y ocho millones de afectados. Exceptuando esos picos, la población española crecerá gracias al retroceso de la mortalidad y de la emigración, y lo hará fundamentalmente a las ciudades industriales. Será Cataluña la región con mayor tasa de crecimiento y donde se inicie la transición demográfica a un régimen moderno caracterizado por la reducción de la mortalidad catastrófica e infantil, entre 1900 y 1910, una década antes que el resto del país. Sectorialmente, aunque su población industrial crecía ininterrumpidamente y pasó del 16% en 1910 al 22% en 1920, su población activa mayoritaria seguía siendo agraria: un 66% en 1910, 57% en 1920 y un 45% en 1930 (baste recordar que en nuestros días es sólo

de un 4%) A principios de siglo, había dos millones de jornaleros y braceros en el campo español, campesinos sin tierra, a los que se sumaban otro millón de campesinos a menudo asalariados agrícolas fuera de sus pequeñas parcelas. Este campesinado, preferentemente en el sur, mantendrá hasta avanzado el siglo condiciones de vida muy precarias, a causa de un sistema de producción agrícola rígido y arcaico, y su problemática condicionará los años 30. La relación entre los recursos y la población, en un país básicamente agrario y tradicional donde la supervivencia era difícil y el horizonte vital no iba más allá de cuarenta kilómetros, era deseguilibrada y ello forzaba no solo a la protesta, sino a la emigración. En el interior, y entre 1900 y 1914, más de un millón de españoles se desplazan a los núcleos industriales y otro millón lo harán en la década de los 20. Madrid, Bilbao y Barcelona, en pleno auge, absorben a los campesinos reconvertidos en fuerza obrera, núcleos urbanos industrializados en los que son protagonistas nuevas clases sociales. Así en la década de 1920 la provincia de Barcelona dobla el número de obreros y en Madrid éstos formaban ya el 70 por 100 de la población activa (sólo un tercio de sus vecinos había nacido en la capital). Al finalizar la década de 1920, hay cambios. La población activa agraria no pasa del 57% y la industrial da un salto del 16 al 22%; la de servicios, del 18 al 20%. En suma, se registra un aumento de la población obrera, en casi 1.400.000 efectivos: un aumento de más 20% desde 1914. El número de obreros urbanos creció considerablemente en la Restauración e irá aumentando conforme la industrialización avance; también lo hicieron sus ideologías alternativas a las dinásticas, como el republicanismo y el socialismo. El primero no nuevo, pero sí pujante en las clases medias y populares; el segundo, nacido de la experiencia diaria en las fábricas, el hombro con hombro evocado por E. P. Thompson en la formación de la conciencia de clase. De modo que uno de los aspectos más llamativos de estas primeras décadas del XX es que España fue dejando de ser un país agrario para empezar a ser más urbano. Y ese fue un cambio decisivo: la pujanza y crecimiento de la ciudad contemporánea. No solo en la organización espacial, sino también en las mentalidades, aspiraciones y comportamientos políticos de unas clases urbanas que estaban lejos de esa población rural y sometida por la cercanía del cacique, la religiosidad y la dependencia meteorológica. El cambio es notable. Si en 1836 la población de capitales de provincias representaba un 9% (poco más de un millón de habitantes), en 1900 se había triplicado hasta los tres millones y las metrópolis de Madrid y Barcelona llegaban al medio millón de habitantes. Fue la época de los ensanches y la expansión urbana, tanto en Madrid y su Gran Vía (1910-1930) o el Metro en 1919, como la Diagonal y el ensanche de Barcelona. Ciudades que veían la difusión del cine a partir de 1910, de los coches hacia 1920 o de la radio en torno a 1924. Espacios y culturas urbanas que diversificaban gustos y modas e iban desde el cabaret y sus bailes frenéticos como el cakewalk o el foxtrot y las primeras

orquestas de jazz en Barcelona, ya en 1919, a los mítines y tiradas multitudinarias de prensa, propias de una sociedad moderna. No obstante, el panorama cultural fue una pléyade de individualidades, que sí estaban a un nivel internacional en sus disciplinas y muy en contacto con influencias europeas, singularmente francesas o alemanas. Es el caso de Santiago Ramón y Cajal, Ignacio Barraguer, Juan de la Cierva o por Francisco Giner de los Ríos y la filosofía krausista y la posterior Institución Libre de Enseñanza. En literatura el balance fue notable, desde la escuela realista de Leopoldo Alas Clarín a Galdós en el final de siglo, pasando por la generación del 98 hasta una generación del 14 que no rehúye el escenario público. Es la de José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Gregorio Marañón, Américo Castro, Eugenio D'Ors y el Noucentismo, Ramón Menéndez Pidal, Manuel Azaña o Cipriano Rivas Cherif. Y también la del 27 con Lorca, Juan Ramón Jiménez, León Felipe o Alberti. Una edad de plata de la cultura española también expresada en la música con Isaac Albéniz, Enrique Granados, Manuel de Falla, Chapí o Chueca; en pintura, Joaquín Sorolla y Santiago Rusiñol, Ignacio Zuloaga; Florián Rey y Luis Buñuel en el cine; Antonio Gaudí y Lluis Domenech i Muntaner como exponentes máximos del modernismo catalán. Ese mundo, nacido a escala europea en 1914, de la ciudad, de la cultura de masas y del protagonismo de los intelectuales, de los mítines y manifiestos también tendrá su reflejo en España, muy especialmente en el debate sobre las filias y fobias de la guerra. Intelectuales que habían crecido al calor del regeneracionismo, del 98 y de los procesos de Montjuic tras la Semana Trágica, y que aportaban soluciones, diagnósticos y alertas. Punto destacado es el nacimiento en las primeras décadas del XX de la prensa de masas, que desempeñará un papel ideológico importante hasta el punto que el artículo periodístico es un arma política de gran efectividad en la crisis de la Restauración, hasta llegar a ser los periódicos abanderados y portavoces de los diferentes colectivos e intereses sociales. La mayoría de ellos aparecían en Madrid, Barcelona y Valencia hasta alcanzar el número de setenta y dos en la Restauración superando los cien mil suscriptores; los más destacados fueron La Época y La Correspondencia, conservadores; La Iberia, progresista; y los demócratas La Discusión y el Pueblo. El interés por conocer la realidad nacional y los decretos de libertad de imprenta permitieron editar más de mil periódicos y revistas hacia 1900, destacando la Revista de Occidente y los diarios El Imparcial, ABC, El Debate, La Voz o más tarde, El Sol, uno de los diarios de corte liberal y reformista de afán modernizador. La revista bilbaína Hermes o la revista España de Luis Araquistáin, Azaña, Unamuno y Maeztu. Sí que era un panorama cultural moderno. En eso se estaba muy lejos de todo ese paisaje social de toreros, bandoleros, contrabandistas, querrilleros, militares rebeldes y demás matarifes (...) que hicieron de España la meca del Romanticismo³.

³ José Varela Ortega (2013): Los Señores del Poder, Barcelona, Galaxia Guttenberg, p.73

Europa vivía desde 1890 una Segunda Revolución Industrial con la difusión de nuevas fuentes de energía como la electricidad y el petróleo, grandes monopolios empresariales de la burguesía y aristocracia que anunciaban nuevas formas de concentración capitalista, un desarrollo febril de los transportes y nuevos sectores como la industria química fundamentales para la vida moderna; todas las naciones anhelaban ampliar sus mercados en ese contexto que recordaba un nuevo mercantilismo internacional. No fue fácil para un país que nacía arruinado y descapitalizado tras su guerra fundacional contra la Francia napoleónica y los ciclos infaustos de las guerras carlistas y coloniales que redujeron la hacienda, el comercio y convirtieron la deuda en un mecanismo de financiación que condenaba a un déficit permanente. Justo al revés de lo que ocurría con otras potencias europeas, España era un país que había transitado de imperio a nación, recordando el título de la obra de Leandro Prados de la Escosura sobre ese binomio crecimiento-atraso en nuestra historia económica contemporánea. Un análisis de la historiografía nos permite ver la riqueza de los estudios económicos en nuestro país y los debates sobre unas tesis muy difundidas y hoy revisadas. Por ejemplo, la debilidad de nuestra revolución burguesa y la falta de pujanza de una clase burguesa inversora y emprendedora, tal como la europea. O bien la fragilidad de una industrialización que lleva a hablar de fracaso de nuestra revolución industrial, aludiendo al ya clásico estudio de Jordi Nadal. O finalmente los condicionantes geográficos, históricos y el peso del mundo rural y agrario en nuestra economía, o la ausencia de un marco legislativo eficaz y de una política con criterio. Nuestra economía partía de unas carencias arrastradas durante todo el XIX caracterizadas como las causas del atraso español: una economía basada en la primacía de un sector primario que las desamortizaciones no sacaron del estancamiento, fluctuante, dependiente en exceso del cielo dada la pobreza de su tierra y de su utillaje y sus técnicas de explotación, con una abundante fuerza de trabajo, la mayor parte de la población activa, mal pagada y peor alimentada, y condenada a la estricta supervivencia o a la emigración. Una debilidad crónica del mercado interior y su comercio, con una demanda reducida la inexistencia de un mercado integrado a nivel nacional y de la especialización de regiones que rompieran el autoconsumo local, *micromundos* tan consustanciales a comunidades compartimentadas en un país montañoso y hostil orografía, en el que la dificultad de las comunicaciones imponía altos costes y escasa competitividad. La carencia de capitales y escasez de recursos financieros nacionales, la falta de interés por las inversiones mobiliarias y el mercado de bolsa confirmaban la dependencia del capitalismo europeo. La insuficiencia de recursos energéticos, debido a las dificultades de explotación y la baja calidad de nuestro carbón reforzaban la dependencia de inversiones e iniciativas empresariales extranjeras -más tarde con la excepción de la industria textil catalana y la siderurgia vasca a partir de 1870. Otro factor

determinante fue la limitación del crecimiento demográfico, propio del régimen tradicional, que fue un freno al desarrollo económico, al no estimular la demanda en una población condenada a la autosuficiencia y con un bajo nivel cultural. Resultado de ello fue un crecimiento desigual, con notables deseguilibrios regionales que conformó una economía dual, en un país que combinaba una expansión industrial basada en la minería con un sector agrario que no adoptó formas capitalistas de producción y vivió pegado a la subsistencia y a la estacionalidad de las cosechas. Una economía de suelo y de cielo. No obstante, entre 1868 y 1890, el balance del crecimiento económico fue positivo. Tras 1890, España afrontaba la crisis agraria finisecular bajo el paraguas del proteccionismo y una desaceleración que provocó éxodo rural y protesta social. Nuestra industrialización fue lenta. Hasta 1890 no podemos hablar de ella específicamente, salvo en los núcleos asturianos, vizcaínos y catalanes. Esa industrialización tímida en núcleos aislados y periféricos se reactivaba con el nacimiento de ciudades y núcleos de población en torno a los yacimientos de materias primas o fuentes de energía. Cataluña era la primera zona industrial de España y concentraba el 90% del textil. Una primacía fundamentada en el abastecimiento completo del mercado interior peninsular y el antillano –en gran medida, Cuba enriqueció a Cataluña. Reforzada con la política proteccionista, alrededor de su industria algodonera surgió la primera industria química de colorantes y sosa, e incluso la primera central eléctrica en 1875. La minería cobró importancia gracias a la explotación de cobre y hierro destinados a las industrias europeas (en la década de los 90, las exportaciones mineras constituían el 20% del total). Explotaciones controladas por el capital extranjero, inglés esencialmente, cuyos ejemplos paradigmáticos son la mayor producción europea de cobre en Río Tinto y el cinabrio de Almadén No sólo eso, sino que esas compañías también controlaban el ferrocarril, las empresas eléctricas y negocios de servicios públicos como el alcantarillado, los tranvías, el alumbrado o la construcción e incluso los seguros. La industria siderúrgica española en torno a Vizcaya se reactivó a partir de 1865. La provincia fue el centro de la industria siderúrgica gracias a la proximidad del carbón leonés y asturiano, produciendo más de la mitad del hierro y acero español. Veinte años más tarde, los beneficios de la exportación de mineral de hierro permitieron crear los Astilleros del Nervión en 1888 e iniciar la producción de acero, incentivar la construcción naval y de material ferroviario. Pero el balance no puede soslayar que, en el sector secundario, los sectores destacados son el de la construcción, que en 1910 reunía a cerca de trescientos mil trabajadores, la mayor población activa del sector; seguido por el de la industria textil, en el que abundaba la mano de obra femenina. Esos son los dos sectores más abundantes, de modo que podemos concluir que la industrialización aun no es determinante ni sólida, especialmente en un país que exportaba productos agrícolas y materias primas, minerales en esencia, y

que importaba manufacturas y maquinaria. Por lo que respecta a la agricultura, a fines del XIX y principios del XX, seguía siendo la base fundamental de la economía, aunque no cubría las necesidades de la población, lacrada por sus atrasadas técnicas, bajos rendimientos y explotaciones extensivas, con una clara diferenciación entre el latifundismo de centro y sur y el minifundismo del norte, con característicos problemas del medio agrario que cristalizarán en la II República. Agrios, cereales, olivo y vid continuaron siendo las bases productivas y a partir de 1869, junto a nuevas roturaciones de cereal, el campo español se especializaba en cultivos destinados a la exportación: cítricos, arroz, plátano. Decir que se detectan progresos en el primer tercio del XX, cuando la población agraria se redujo paulatinamente, gracias a la mejora de los instrumentos de labor, de los abonos y de la expansión de los regadíos; todo ello complementado con la beneficiosa coyuntura exportadora de los años de la guerra. Así, entre 1900 y 1930 el producto agrícola crece un 55%, incorpora nuevas técnicas, abonos, útiles y regadíos, y sostiene ahora a cinco millones de personas más en los medios urbanos. Los intereses agrarios no cedían protagonismo. Prueba de ello, a causa de la depresión económica de fines del XIX, es la fuerza de los propietarios cerealistas castellanos que exigían medidas para proteger sus cosechas; en esa demanda en pro de sus mercados coincidían con los industriales catalanes y vascos, al punto de establecer un singular triángulo de intereses proteccionistas Bilbao-Barcelona-Valladolid en torno al textil, la siderurgia y el trigo, que será la base del modelo económico conocido como la vía nacionalista del capitalismo español. Un atípico cartel, reforzado por la Lliga y PNV, en el que cada sector es partidario de subir sus aranceles y bajar los ajenos. No es extraño que viera nacer y crecer esos partidos regionalistas en la defensa de sus mercados y que despertaron inevitablemente tensiones regionales, especialmente de las zonas interiores hacia Cataluña, cuyas clases urbanas demandaban trigo y pan barato. A partir de entonces, 1890, la orientación de la política económica española fue esencialmente proteccionista: los productos extranjeros que entraban en el mercado español se vieron gravados fuertemente con los aranceles más altos de Europa en 1891, reemplazado por otro ultra proteccionista en 1906 que imponía hasta un 50% de derechos de aduana. Un nuevo arancel de 1922 hasta 1929 mantendrá las industrias nacionales artificialmente y sus altos precios. Este marco arancelario era un vivo ejemplo del proteccionismo gubernamental, encarnado en el gobierno de Antonio Maura entre 1907 y 1909 y su decidido afán de intervención directa del Estado en apoyo de la industria nacional: de ahí nacen iniciativas como el apoyo a los programas navales de 1907 o la obligatoriedad de los productos nacionales en todas las industrias relacionadas con el Estado y los bienes de equipo, en particular ferrocarriles y obras públicas; la Ley de Protección industrial y comunicaciones marítimas de 1909 o más tardíamente, entre 1918 y 1921, las nacionalización de las industria de defensa y

empresas mineras. No hay que olvidar las innovaciones bancarias a comienzos de siglo que diseñan un sistema propio en proceso de modernización y expansión. La repatriación de los capitales españoles en América y la expansión de los negocios llevaron a la fundación de grandes bancos, como el Hispano Americano en 1901 o el Español de Crédito al año siguiente, con el auge de de la gran banca mixta vasca y madrileña. Esa nueva etapa en la banca española se plasma en la Ley de ordenación bancaria de 1921 de Cambó que redefine al Banco de España como institución monetaria para asumir las funciones propias de un banco central, con creciente predilección por actividades industriales y comerciales. Que precisamente fueron muy beneficiadas por la guerra, al igual que el sector servicios, fortalecido al calor de las ciudades y de los transportes, la banca y finanzas. La tesis básica es que este periodo es el de la consolidación del capitalismo en España, hasta entonces frágil y en exceso dependiente. Después de 1900 (y no es ajeno a ello la política de estabilización de la Hacienda Pública de Villaverde entre 1900 y 1908) los efectos acumulativos de un pautado proceso de industrialización ya son visibles, especialmente a partir de 1915. La guerra transformará las bases económicas de nuestro país, alentará el proceso de nacionalización de la industria y las prácticas intervencionistas mientras la posquerra provocará una severa crisis de reajuste desde 1920 que culmina en la dictadura de 1923. En conjunto, el crecimiento económico de las tres primeras décadas del siglo es sostenido y aceptable en términos comparativos, aunque irregular y muy deseguilibrado. Desde 1900 a 1930 la economía española creció de forma, sostenido y aceptable en términos comparativos; si hasta 1913 se recupera de la crisis finisecular, entre 1910 y 1922 registra su mayor avance con un 2,13% tasa anual de expansión. Sus bases, como hemos visto, se hallan en la defensa del mercado interior, el intervencionismo estatal y un nacionalismo económico, por lo demás, muy identificado con particularismos. Terratenientes, financieros, industriales, políticos constituían un círculo de poder endogámico que procuraba canalizar intereses conjuntos pero que también mostró disensiones, especialmente visibles en los años de la guerra. Así hablaban los tiempos bobos galdosianos de 1912, abundantes en una nómina insaciable: la del marqués de Comillas, la de Gamazo o el propio Romanones..., dispuestos a la canibalización de los negocios públicos reconvertidos en particulares. En definitiva, un Estado en pocas manos, todas ellas reconocibles en el popular mapa de Gedeón que ilustraba las provincias españolas con las siluetas de cada notable, el poder de unos pocos, que es la esencia de la oligarquía. Un término que asociado al del caciquismo va a definir la época y que constituirá el eje central de la práctica política en la Restauración.

Así se llama ese periodo iniciado en 1874 con el rescate de la legitimidad borbónica que cerraba un ciclo revolucionario, el *Sexenio Democrático*, y tres guerras coincidentes, la colonial, la cantonalista y la carlista. Un régimen

moderado a lo largo de medio siglo caracterizado tradicionalmente por la consolidación de la sociedad liberal y capitalista y la estabilidad política. Eso gracias a dos poderosas razones: los partidos liberales dinásticos se alternaron pacíficamente en el ejercicio del poder y los militares volvieron a los cuarteles. A diferencia del XIX, ya no hacía falta recurrir a ellos para acceder al poder porque ese acceso estaba pactado. El turnismo del partido liberal y conservador, nacido del pacto de El Pardo, era sencillo y también lo encontramos en otros gobiernos europeos del momento como la Alemania guillermina, la III República francesa y la Inglaterra victoriana. Se afirma que la intención de Cánovas, buen conocedor del parlamentarismo inglés, era en efecto sacar a los militares de la vida pública, consciente de la excesiva intervención de la esfera militar sobre la civil y los excesivos pronunciamientos que jalonaron todo el XIX. En definitiva, evitar el cesarismo militar. Para ello fue muy útil la figura de Alfonso XII como rey soldado, al fusionar ambas esferas en la corona. No obstante su breve reinado, el retraimiento del ejército fue muy breve, hasta el Desastre de 1898, cuando resentido y derrotado, volvió a ser un estado dentro del estado, cada vez más distante del estamento político y de la ciudadanía. Tras siete años de regencia de su madre, María Cristina de Habsburgo-Lorena, hermana del archiduque Carlos de Austria, Alfonso XIII se convertía en 1902 en el nuevo rey de España. Un rey muy joven, de 16 años, y que despertaba las naturales incógnitas en un país necesitado de regeneración y de cambios tras la pesadumbre colonial. A tenor de los documentos, el rey no fue ajeno a esta realidad y se muestra tempranamente consciente de las dificultades. Sin embargo, en perspectiva, no es una figura a la que podríamos llamar un hombre de Estado⁴ y su giro autoritario a partir de 1917 precipitó al vacío la trayectoria constitucional que había inaugurado su padre. Ideológicamente, la Restauración suponía así el retorno al *orden* social, ese componente indispensable del pensamiento conservador, bajo el amparo de la dinastía tradicional. Esto no era despreciable en una época en la que entre la dinastía y la patria, la nación, no había una clara línea de separación. La monarquía no era una mera forma de gobierno, sino la esencia del Estado. Y conviene aclarar que la monarquía es constitucional, pero no es democrática en el sentido que hoy le damos. En efecto, la Constitución de 1876, la de más larga vida de nuestra historia, vigente recordemos hasta 1923, no establecía que la soberanía residía en la nación, como naturalmente concebimos hoy, sino compartida entre las Cortes y el rey. Eso naturalmente, ofrecía un amplio margen de maniobra a la intervención política del monarca, lo que fue muy evidente con Alfonso XIII. Desde 1876, la Corona tenía un papel decisivo, clave para entender el periodo, porque era quien concedía la orden de disolución de las Cortes y la designación del nuevo ejecutivo que, en un contexto

⁴ La valoración corresponde a Carlos Seco Serrano

de corrupción electoral generalizada, fabricaba de antemano las mayorías parlamentarias a través de una extensa red. El monarca designaba alternativamente la convocatoria de nuevas elecciones a cada partido y el partido que convocaba las elecciones siempre ganaba. En esas condiciones había un simulacro de gobierno, tal como recordaba Cambó al definir el régimen constitucional desde Fernando VII hasta septiembre de 1913 como una inmensa ficción, una apariencia.

¿Cómo podemos valorar el caciquismo? Hay un evidente sentido peyorativo en él. Tempranamente, ya se percibió que las prácticas caciquiles eran una distorsión para la realidad del país y una desnaturalización evidente de la práctica representativa. Fue criticado ampliamente, desde Joaquín Costa, figura esencial del regeneracionismo populista con su lema Escuela y despensa, a Lucas Mallada en *Los Males de la patria* e incluso Maeztu y su apuesta por la europeización de España. También fue abordado por los mismos gobiernos restauracionistas que quisieron mitigar su influencia, ya desde 1902 con Francisco Silvela, Polavieja, Antonio Maura, en un primer reformismo hasta 1909, conocido como el de la revolución desde arriba y en un segundo impulso por José Canalejas. El caso de Maura es relevante. Reformó la Ley Electoral en 1907 para incrementar la participación y ese mismo año, la Ley para la transformación de la Administración local en la que ampliaba la autonomía municipal y daba cauces a la mancomunidades en colaboración con Cambó y su Lliga para el autogobierno catalán, impulsó leyes de fomento de industrias y de colonización interior, aprobó el Instituto Nacional de Previsión, los Tribunales Industriales y el descanso dominical. Tras la conmoción de la Semana Trágica y sus consecuencias y la campaña del ¡Maura, no!, Alfonso XIII le retiró su confianza. Eso significó la división del Partido Conservador. Maura dimitió y, aunque volvería a presidir gobiernos de concentración en los años finales del régimen, fue el fin de su carrera. También fue el fin de José Canalejas, tiroteado en el escaparate de la librería de la Puerta del Sol en 1912. Con él, el político que había eliminado los odiados impuestos de consumos, establecido el servicio militar obligatorio y la Ley del Candado al clericalismo en 1910 y finalmente materializado la mancomunidad de Cataluña presidida por Prat de la Riba, se desvaneció la posibilidad de una regeneración del sistema en un momento clave y con un liderazgo definido y solvente. Mientras, la relación de poder y dominio entre los caciques terratenientes y los campesinos era poco menos que una pervivencia feudal, en palabras de Manuel Azaña, algo que el historiador Gumersindo de Azcárate también suscribía cuando afirmaba que el caciquismo es sencillamente un feudalismo de nuevo cuño. Un régimen estable, a cambio de sacrificar eficacia administrativa y la democracia política; un sistema viciado como precio a pagar frente al pronunciamiento castrense. Recogemos dos anécdotas citadas por Brenan⁵ y que ilustran la importancia de los personajes y la magnitud de la

práctica clientelar. Los empleados contratados por Romanones, tras su cese en la alcaldía madrileña, eran tan numerosos que llenaban un tren cuando regresaban a Guadalajara. Sobre el ministro De La Cierva, auténtico croupier de la manipulación electoral, circulaba el dicho *Mata al rey y vete a Murcia*, para significar la fortaleza de su distrito electoral. No debemos olvidar que las elecciones se producían bajo un sufragio censitario que rondaba en el mejor de los casos un 5% del teórico cuerpo electoral, en el que en definitiva las clases propietarias, en cuanto lo eran (algo muy presente en el discurso canovista), y no los proletarios, encarnaban en sí mismas la utilidad y el derecho al voto. Esa era la llave de los negocios, los cargos, los favores. Una tupida red jerarquizada desde una elite, lo que se ha llamado tradicionalmente los amigos políticos, diputados nacionales y provinciales, senadores, gobernadores, hasta los alcaldes y concejales. Y todos ellos consideraban una traición denunciar las corruptelas, tal como se comprobó a propósito del fraude de 282.000 pesetas que Romanones gastó en su propiedad, tal como cuenta Fernández Almagro. Más allá de las circunstancias, las elecciones siempre se falsearon, incluso tras establecer Sagasta un primer sufragio universal masculino en 1890, bastante desprestigiado además por la masiva abstención, algo que llevaría a Juan Valera a exclamar: «¡los electores son unos mierdas!»⁶. Hay que decir que las prácticas caciquiles y clientelares no fueron privativas de España, también las encontramos en países vecinos como Portugal o Italia, y que no nacieron ni se limitaron a la Restauración, sino que en alguna medida están presentes en todo el XIX. El sistema político era así cerrado y protegía a las clases poseedoras de alternativas políticas ajenas a sus intereses, especialmente si eran revolucionarias. Además en el análisis del caciquismo hemos de considerar las microestructuras de poder a nivel rural y local y en comarcas aisladas, lo que evocaba la pervivencia del Antiguo Régimen más allá del XIX, con esas familias aristocráticas de gran influencia y de usos tradicionales. Allí donde había actas en blanco, listas falsas repletas de difuntos y cementerios enteros, destrucciones de urnas, espacio de voto inverosímiles y papeletas secretas para añadir a conveniencia en el puchero. En ellas, el cacique era un predominio personal en una sociedad cerrada, con una función de intermediario con favores individualizados, como afirmaba Javier Tusell. Una mirada más atenta también permite ver que el caciquismo fue utilizado y aprovechado por las clases populares como única forma de mediación con el poder: el cacique era un dominador, pero también un nexo, e incluso un poder en sí mismo que podía conceder beneficios, mucho más inmediatos que un parlamento corrupto y un modo de compensar materialmente exigencias estatales como las contribuciones y quintas. De ahí que, aunque en ocasiones la

⁵ Gerald Brenan (1984): para esas referencias, pp.37, 38 y 48

⁶ José Varela Ortega (2013): las cursivas siguientes sobre el caciquismo en p. 126

base de las relaciones caciquiles es la violencia y la coerción, sí se manifiesta un consenso entre el cacique y su distrito, un pacto cuyo funcionamiento se basa en el acuerdo y la indiferencia. En ese aspecto el cacique aparece como valedor, dentro de un sistema de intereses articulados por una dinámica de pactos y acuerdos. Esa lectura sobre el caciquismo insiste en no confundir el desinterés electoral con la desmovilización política; en ese sentido, el caciquismo no es tanto impuesto sino reflejo de unas relaciones sociales concretas, a veces bajo patronazgo y, a veces, coactivas. La población no desconocía esa práctica de intermediación, del mismo modo que el parlamentarismo fue algo ajeno a la cultura campesina. Comparativamente, la práctica electoral del caciquismo, el encasillado, supone la lucha electoral antes de la elección y representa una inversión del proceso de representación respecto a las democracias actuales en el que del pueblo emana la cámara, el ejecutivo o el presidente; en nuestro caso, nace de la Corona que elige al ejecutivo y este fabrica las elecciones y sus resultados. En consecuencia, la Cámara no es el centro de la vida política, y de hecho a lo largo de estos años las Cortes van a estar cerradas en periodos muy prolongados (hasta diez meses a lo largo de 1915), usualmente por el desinterés en la labor legislativa. Esta clausura es lo que llevará a Marcelino Domingo a gritar tras el cierre de febrero de 1916: ¡Esto es un atropello, una orgía! Esa es una de las grandes diferencias respecto a la actualidad. Tampoco los partidos de la época son como los actuales, eran más bien corrientes de opinión cuyas decisiones podían variar en la misma cámara, no sometidos a la disciplina de voto ni estrictamente organizados. Así lo testimoniaba Gabriel Maura sobre el vínculo que unió a los conservadores del partido de su padre: Las convicciones, desde luego, no. Con diferencias, sostenían principios liberales y capitalistas de la época, y las cosas funcionaron hasta el cambio de siglo. A partir de 1907 los partidos se fueron fragmentando, con numerosas facciones, lo cual produjo una crisis de liderazgo y, lo que es peor, una dificultad extraordinaria para llegar a acuerdos y para la gobernabilidad. Javier Paniagua se refería a aquellos políticos en sus viejos sistemas aludiendo al turnismo y a nombres que se sustituían entre sí como en una ruleta y que fueron, entre otros, Villaverde, Montero Ríos, Moret, Maura, López Domínguez, Romanones, Canalejas, Dato, Sánchez Guerra y García Prieto. Muchos cambios pero siempre los mismos apellidos, la misma y vieja clase dirigente. Entre 1902 y 1923 se sucedieron 32 gobiernos (7 de ellos entre 1914 y 1918, y 4 gobiernos sólo en 1919) y 16 primeros ministros. Un rosario de crisis gubernamentales, las llamadas crisis orientales, trece crisis totales entre 1917 y 1923 además de otras parciales, estimuladas por esa predilección del monarca por la injerencia y el abuso de sus prerrogativas de poner y deponer ministerios. La práctica gubernamental aparecía como tarea inviable. La práctica de falseamiento y coerción siguió presente, también en las elecciones de marzo de 1914, bañadas en sangre, amaños y sobornos que provocaron la suspensión

de las garantías constitucionales. Una situación, por lo demás, muy habitual a lo largo de todo el periodo. Evidentemente el falseamiento funcionó mientras el escenario fuera de corte rural, aislado y se contará con la complicidad en los liderazgos partidistas. Cuando los partidos se fraccionaron y la España urbana creció, el control del voto ya no funcionó y la práctica caciquil y su parlamentarismo se degradaron aún más al marginar a republicanos, socialistas y demócratas. Este bloqueo de legitimidades no ayudó a ampliar la base social del régimen y lo debilitó finalmente. Sin embargo, en 1914 la democracia era un fenómeno nuevo e inquietante para muchos. De ello, advertía Álvarez Junco: En política, la gran novedad era que casi todos, incluida la izquierda, estaba comenzando a introducirse la desconfianza hacia las masas⁷. Al hilo de ello, decir que en el Reino Unido en 1917 sólo cuatro de cada diez electores varones tenían derecho al voto. Obreros, jornaleros, pequeños propietarios agrícolas y pequeños burgueses y funcionarios se situaron cada vez en mayor proporción al margen del sistema y se desarrollaron nuevas culturas urbanas frente él, caso del populismo, del republicanismo y el anticlericalismo, o del socialismo8.

Institucionalmente, éste último había nacido en nuestro país, como tantas otras cosas, al calor del Sexenio tras la Revolución Gloriosa de 1868. El primer congreso obrero, de la Federación Regional Española, sección de la AIT se celebra en 1870 y un año más tarde se funda la Asociación del Arte de Imprimir por Pablo Iglesias, pionera en el obrerismo español. Recordemos que las dos tendencias, anarquista y socialista, se separan en el congreso de Zaragoza de 1872, lo que reflejaba los dos diferentes caminos que el socialismo iba a tomar en el continente, el libertario y el científico, el de Bakunin y el de Marx. A partir de ahí, las cartas vinieron mal dadas para el movimiento obrero que vivirá una época clandestinidad hasta 1881, mitigada gracias a una primera ley de reunión. 1888 fue un año importante porque comienza aplicarse la Ley de Asociaciones del gobierno Sagasta. Es sólo entonces cuando se celebra un primer congreso nacional realmente estructurado, prácticamente diez años después de la fundación del PSOE, un dos de mayo de 1879. También en 1888 nace la UGT en Barcelona de mano de los centros obreros de la ciudad y de Mataró, tras tres largos años de preparación, y se constituye la Organización Anarquista de la región española en el congreso de Valencia y la disolución de la FTRE. El movimiento obrero español pronto reivindicará la memoria de los sucesos de Chicago en 1886, punto de partida de las luchas por la jornada de ocho horas.

⁷ Maximiliano Fuentes Codera (2014): p.11

⁸ Subyacía lo que «Pudiera describirse ese sentimiento como un odio a las farsas políticas, un ansia de una vida social más rica y más profunda, una aceptación de un bajo nivel de vida material y una creencia de que el ideal de la dignidad y de la fraternidad humanas nunca podrá alcanzarse por medios políticos solamente, sino que hay que buscarlo en una reforma moral (obligatoria, claro está) de la sociedad» Gerald Brenan (1984): p.22

Esa década, hasta 1900 será de gran actividad, un movimiento obrero en organización, revolucionario, anticolonialista y pactista, centrado en las reivindicaciones laborales en un cambio de siglo muy difícil. A pesar de los negativos condicionantes de su tardía industrialización y de la habitual inflexibilidad gubernamental, la legislación social fue paulatinamente desarrollada a partir de 1900, cuando los gobiernos fueron conscientes de la necesidad de un reformismo que fue, desde el patrocinio de Bismarck y en toda Europa, de signo conservador, y encarnado en presidentes como Antonio Maura, Eduardo Dato y José Canalejas. Fruto de ello es el *Instituto de Reformas Sociales*, de 1903, un antecedente del *Ministerio de Trabajo* de 1920, o las disposiciones que regulan el derecho de huelga y el descanso dominical de 1909, la celebración del 1º mayo en 1910 o la consecución de la jornada de 8 horas en 1919, cuando Henry Ford ya hacía tiempo que había establecido en sus factorías de Detroit las 40 horas semanales y ofrecía 5 dólares al día en una jornada de 8 horas. Por ello, la valoración de ese primer obrerismo debe ser muy ponderada. José Álvarez Junco nos alertaba⁹ de la debilidad del movimiento obrero en nuestra historia: cuando en 1850 se reclamó el derecho de asociación por 30.000 nombres, en Inglaterra el cartismo había enviado al parlamento esa misma demanda avalada por tres millones de firmas. Y añadía: puestos a comparar, recuérdense también los 5.000 votos que lograría el PSOE cuando se presentara a las elecciones generales bajo sufragio universal masculino, en la última década del siglo, frente al millón y medio que conseguía el SPD alemán en aquellos mismos años. A fines del XIX, los obreros industriales no tenían tanto peso en la estructura social, a menudo eran procedentes del mundo de los oficios o bien de extracción campesina, denominados como la vieja chatarra preindustrial según señala J. Sierra Álvarez. Será este pequeño campesinado parcelario el que vivirá el conflicto que significa pasar de la producción agraria a pequeña escala a la producción industrial. Un tránsito plagado de conflictos, reivindicaciones y pactos que cambiará las bases de la militancia en la década de los 20 y desplazará al viejo sindicalismo. La violencia no fue ajena a esos tiempos. A fines del XIX España es el cuarto país en el mundo en delitos de sangre y, singularmente, en el mundo rural los sucesos como la Mano Negra en 1883 o los de Jerez de 1892 marcan una línea ascendente que cristalizan en el atentado contra Martínez Campos en 1893, el del Liceo de Barcelona ese mismo año o el de la procesión del Corpus de 1896 (los tres atribuidos al anarquismo, aunque de dudoso marchamo¹⁰) y finalizando con el de Angiolillo sobre Cánovas en 1897. Aquí se cierra el ciclo, el fin de la primera oleada. Habrá una segunda ya en el siglo XX, inaugurada con los atentados a Maura, jefe de gobierno, en Barcelona en 1904; a Alfonso XIII en 1905 y 1906, el de Canalejas en 1912 o el de Dato de 1921 dentro

⁹ Julián Casanova (coord.) (2010): *Tierra y Libertad. Cien años de anarquismo en España*, Barcelona, Crítica, pp.12 y 13

de la espiral de violencia entre 1917 y 1923, especialmente en Barcelona. Mientras en Europa el anarquismo declina hasta la marginalidad, en España se convertirá en un movimiento de masas a partir de 1905 con la táctica del sindicalismo revolucionario. Su materialización es el sindicato Solidaridad Obrera creado en 1907 y antecedente de la CNT liderada por Ángel Pestaña y Salvador Seguí en 1911. Son sus años de conformación, de 1910 a 1919. El 30 de octubre de 1910 se inauguraba su congreso nacional con 114 sociedades obreras y federaciones locales. Sin en 1916 contaba con cuarenta mil afiliados, en su II Congreso nacional de 1919, en el Teatro de la Comedia de Madrid, 437 delegados representaban a más de quinientos mil trabajadores que se amplían a setecientos mil si sumamos los adheridos. PSOE y UGT entran en el XX manteniendo su línea de huelgas reivindicativas que se combinaban con la participación en la vida electoral, hasta que en 1910, a raíz de la Semana Trágica y la caída de Maura, se forma la primera conjunción republicano-socialista, la primera alianza electoral en respuesta al autoritarismo. Esto es clave en el futuro inmediato, porque esta alianza se repetirá veinte años más tarde en 1930, en la II República, cuando sea la triunfante en la mayoría de ciudades españolas el domingo 12 de abril y prácticamente hegemónica. Gracias a ella se obtiene el primer diputado socialista en 1910, con el triunfo de Pablo Iglesias elegido por Madrid. Triunfo, aunque tardío, si tenemos en cuenta que en 1875 hay dos diputados obreros en el parlamento británico. Como tendencia del periodo, entre 1901 y 1921, el obrerismo crece en acción reivindicativa y afianza su organización. El crecimiento es paulatino, si en 1888 UGT cuenta con 3.355 afiliados, serán 14.000 afiliados en 1900, 44.000 en 1909 y pasará a 77.600 en 1916 y 211.000 en 1920. Preocupados por mantener su sindicalismo de concertación frente al anarquismo y en un proceso de maduración tras la II Internacional (1898-1914) que señaló el triunfo del SPD y la consolidación de los partidos nacionales, el socialismo español se inspira en la socialdemocracia alemana en esa mezcla de participación institucional y espera revolucionaria. Excluido de la vida política y cultural, el movimiento obrero creó centros de instrucción obrera como el Fomento de las Artes en Madrid o el Ateneo Catalán de la clase obrera. También revistas y semanarios. En 1886 apareció El Socialista, uno de los de mayor difusión entre la clase trabajadora, la Revista Blanca, dirigida por Federico Urales, Solidaridad Obrera, órgano cenetista, y la también anarquista, Tierra y Libertad.

Cataluña también vería crecer otro movimiento, de diferente signo político y cultural a partir de 1882 con el *Centre Catalá* y en 1892 con las llamadas *Bases de Manresa*. El catalanismo fue reactivado por el 98. Era difundido desde el periódico *La Veu de Catalunya* de Enric Prat de la Riba en 1899, de gran influencia sobre la burguesía y que tiraba 30.000 ejemplares como semanario ilustrado.

¹⁰ Citado por Rafael Núñez Florencio, en Julián Casanova (coord.) (2010): p.71

Pronto se convirtió en el órgano de la Lliga, el primer partido catalán regionalista creado en 1901 por Cambó y estructurado por Riba en su obra La nacionalitat catalana de 1906. Su importancia es notable porque, como portavoz de los intereses de la burguesía, desempeñó un papel relevante en la política nacional; otra cosa fueron las relaciones del catalanismo con las instituciones, plagadas de incidentes y desencuentros. El primero de ellos, destacado, fue el del ejército contra la revista Cu-Cut! en 1905 que devolvió el protagonismo al intervencionismo de un ejército que se sintió injuriado y la *Ley de Jurisdicciones*. Otras muestras, la recurrente negativa gubernamental al reconocimiento de Barcelona como puerto franco en diciembre 1914, una insistente demanda catalanista y rechazada por la presión de los propietarios cerealistas castellanos, o el fracaso de la campaña autonomista de 1918 y 1919. Barcelona, esa Rosa de Fuego en el imaginario obrerista tal como describía Romero Maura, no sólo era la ciudad más industrial, en una Cataluña que hablaba distinto y producía distinto¹¹, sino la más dinámica, sometida tanto a la actividad obrerista v catalanista como a las frecuentes suspensiones de las garantías constitucionales en la ciudad y su estado de sitio. Esta fue una tónica habitual hasta la dictadura de Primo y no era nueva, estuvo presente en todo el XIX si recordamos los asedios de Espartero o de Prim. En palabras de Cambó, y es mucho, de 1898 a 1923 el problema catalán¹² fue la preocupación constante de todos los gobernantes, el auténtico punto central a cuyo alrededor giró toda la política de España.

Los problemas también se encontraban en Marruecos, que va a ser un asunto central durante las primeras décadas del siglo XX. Comprender la intervención en el norte de África implica recordar lo que significó la pérdida de Cuba¹³ y Filipinas para un ejército colonial, esa vía externa tan útil para las colocaciones, los destinos, los negocios. Y necesitado de nuevos atractivos. Las últimas intervenciones en Marruecos se remontaban al 22 de octubre de 1859, cuando Juan Prim lideró la guerra de África de 1860. Una guerra en vano como tantas. Dentro de la fiebre colonial desatada a partir del Congreso de Berlín en 1885, el sultanato de Marruecos era incapaz de mantener su independencia ante la presión de Francia, Alemania e Inglaterra. Territorio de un interés estratégico máximo, especialmente tras el protectorado inglés sobre Egipto en 1915 y en control de canal de Suez, se transformó en reino ocupado desde 1904. El siglo

¹¹ Joan B. Culla, «Carolingios y jacobinos» en *El País*, 10 mayo de 1996.

¹² Básicamente, y así sostenía Culla i Clará, en España no ha existido un jacobinismo como el francés, insistente en la homogeneidad a sangre y fuego y en pro de la modernidad. El esquema París-provincias era inverso en España, donde la periferia, desde Cádiz y Cataluña, invitaba a la modernización. Esa fórmula centrípeta del jacobinismo fracasó en España, tanto por la debilidad del poder central como por la fortaleza catalanista y sus criterios de identidad

¹³ En Cuba, la *vaca lechera*, lo de los negocios también valía para las clases populares, prensa, políticos. Ahí sí había una sensación de pérdida en las oportunidades de promoción personal.

XX reactivó el colonialismo. En la Conferencia de Algeciras de 1906 se acordó el derecho español a parte del territorio marroquí mientras Tánger se declaraba ciudad internacional. El protectorado franco-español se estableció en el nuevo tratado de1912 de forma muy desigual, asignado a la zona española la parte más pobre y abrupta, sin mercado interior. España ya estaba en guerra en Melilla desde 1909, como manifestó la Semana Trágica, con evidentes muestras de debilidad y caos en un ejército anticuado e ineficaz que gastaba buena parte de su presupuesto en los salarios de la oficialidad. La macrocefalia había sido un problema crónico en el ejército español a lo largo del XIX. Tantas guerras (carlistas, antillanas, cantonales...) conjuras y abrazos lo habían engrosado en exceso. Para una estimación¹⁴ media de cien mil soldados, había diez mil oficiales y seiscientos generales, tantos como el ejército alemán, modelo de su tiempo. Y las cifras crecieron con el tiempo: doce mil oficiales en 1912 que se duplicaron, al igual que la tropa, en 1923; del mismo modo que lo gastos. Marruecos y su guerra consumían el 10% del presupuesto nacional en un momento como 1914, con 130.000 soldados que en su mayoría, en torno al setenta por ciento, están en África. No sólo distorsionó el equilibrio presupuestario de un país necesitado de eficiencia, sino que distanció a las clases populares del ejército, que perdió así su papel como agente de nacionalización, convencidas, como estaban, de que la querra sólo beneficiaba a los propietarios de las minas rifeñas, ya fuera el conde de Romanones o el marqués de Comillas. En perspectiva, la ocupación fue un error que condicionó todo el XX español ya que dividió al ejército entre africanistas y peninsulares (un hecho clave en 1936), careció de relevancia estratégica y forjó unas prácticas de brutalidad en la guerra colonial que el ejército trasladó poco después a la península, cuando fue llamado como fuerza represiva en el mantenimiento del orden público. La misma brutalidad, las mismas carnicerías que verían los europeos en la Gran Guerra.

¹⁴ Aunque cause incredulidad, las cifras se desconocen con exactitud. Los reemplazos no coincidían con las cuotas gubernamentales, los efectivos se engrosaban para cobrar las soldadas, las deserciones...

1. LOS AÑOS DE LA GUERRA

Existente, por desgracia, el estado de guerra entre Austria, Hungría y Serbia [...] el Gobierno de Su Majestad se cree en el deber de ordenar la más estricta neutralidad a los súbditos españoles. Así se abría la declaración de neutralidad del gobierno español, publicada con celeridad en la Gaceta de Madrid el 7 de agosto. Su responsable era Eduardo Dato, líder de los idóneos, el hombre de la fría sonrisa, un gobernante que iba a tener un papel protagonista en los años de la guerra, singularmente entre octubre 1913 y diciembre de 1915. Como hemos visto, España era, en gran medida, un país naciente a la contemporaneidad, pobre en recursos materiales y humanos y fuera del juego de relaciones internacionales de la época. A ello se refería Azaña, cuando afirmaba¹⁵ que *no tenemos* ejército ni diplomacia. Una neutralidad forzosa (...) por nuestra carencia absoluta de medios militares. No había ni motivos, ni pactos secretos, ni intereses en liza para una nación que vivía asilada internacionalmente desde la pérdida de su imperio tan solo dieciséis años antes y embarcada en una guerra africana recrudecida desde 1912. España ya había movilizado, con grandes problemas, a ochenta mil soldados, prácticamente todo su ejército. Las movilizaciones mínimas en la Gran Guerra alcanzan un millón de combatientes, algo fuera de las posibilidades españolas: un país susceptible de comparación, como Italia, movilizó hasta dos millones y medio de soldados. Igualmente decir de los recursos materiales: incluso en terrenos propicios como el Rif nuestro país no contó ni con siguiera un tanque. La diplomacia era ajena a cualquier alianza internacional y sus sistemas, a excepción de un testimonial tratado comercial con Italia en 1887 que nunca llegó a ser un tratado *mediterráneo* y un acuerdo secreto con Francia en 1904. El comercio exterior confirmaba nuestra dependencia económica y nuestros vínculos con Gran Bretaña y Francia. Desde mediados del XIX, ambas potencias mantienen fluidas relaciones comerciales y políticas con España, compran dos tercios de sus exportaciones, al tiempo que son sus proveedores más habituales en proporciones similares según los acuerdos firmados en 1907, que reconocían tácitamente la posición inglesa en el Peñón a cambio de la colaboración naval en la protección de los archipiélagos españoles, y en 1912. Así pues, no sólo las relaciones comerciales constituían el vínculo con la Entente, sino también la misma cuestión marroquí. Combatir contra ellas suponía el colapso casi inmediato del país y, por otra parte, nunca solicitaron combatir a su lado (¿Qué hacemos con España?, se preguntarán los servicios de información franceses en 1917). Para Gran Bretaña¹⁶, la intervención española era inútil,

¹⁵ Fernando García Sanz (2014): España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y traficantes, Barcelona, Galaxia Gutemberg, p. 32

¹⁶ A ello se refieren autores como Christopher Clark y Margaret MacMillan al considerar que la intervención no habría beneficiado a España y que la neutralidad fue buena opción.

siempre que contara con sus reservas y abastecimiento. De forma similar ocurría para Alemania. Aunque carecía de un valor militar, España sí tenía una posición y valor estratégico, tanto por sus materias primas como por sus puertos, la conexión con África o la guerra submarina que se iba a trasladar del norte al Mediterráneo. Eso respondía a una dinámica que convertía la guerra en un conflicto total en el que los países neutrales, como abastecedores, tenían algo que decir sobre la evolución del mismo. Para los contendientes era preferible que la península fuera un teatro de operaciones en retaguardia en el que iban a afianzar su presencia y tráfico de intereses. La toma de posiciones y los intereses fueron cada vez más evidentes a medida que la guerra se mostraba tal como era, un conflicto largo en el tiempo, amplio en el espacio y excepcional en sus acciones. Sí es cierto que las presiones aumentaron para entrar en el conflicto conforme éste se prolongó y que fueron notables a partir de 1916, especialmente en 1917, cuando Francia y Reino Unido paralizan las negociaciones ante la proximidad de la intervención de EEUU. ¿Qué intereses inmediatos albergaba España de haber entrado en guerra? Sin duda, contar entre las grandes potencias, obtener la soberanía de la ciudad de Tánger, de Gibraltar, el cierre estratégico del Mediterráneo al otro lado del también británico Canal de Suez, y que España pudiera actuar en Portugal para reconstruir un iberismo; ese era el sueño monárquico, tras la cadena de sucesos que constituyeron la dictadura de Joao Franco, el asesinato del rey Carlos I en 1908 y la instauración de la república en 1910. La neutralidad fue, en consecuencia, una postura bien recibida por los contendientes, incluyendo Alemania y Austria. Una neutralidad oficial y teórica porque España fue escenario de una guerra comercial, informativa y diplomática en la que no se respetó la territorialidad, ni la neutralidad, ni las disposiciones gubernamentales, ni las comunicaciones oficiales, cuyas claves diplomáticas son intervenidas desde el inicio por los servicios de información británicos tras el asalto a la embajada de Panamá. En ese sentido, ni los extranjeros ni los propios españoles asumieron esa neutralidad. Más en un país, con un sentido sumamente frágil de la legalidad, en combinación con una cultura de la impunidad¹⁷ Así, desde el principio, España fue una colonia¹⁸ económicamente activa, principalmente para el bando aliado y sus mercancías, aunque no faltaron acciones beneficiosas para los imperios centrales, como el aprovisionamiento y escala de sus submarinos a partir de 1915 cuando Alemania actuaba en España como si estuviera en su propio territorio. En la España costera y periférica, especialmente, donde el servicio de barcas reporta entre 300 y 500 pesetas, se anima el contrabando, se tolera, se acaparan materias primas esperando el momento

¹⁷ José Varela Ortega (2013): p.50

¹⁸ La calificación es de Fernando García Sanz (2014): p.17, también las citas siguientes en cursiva en p.28

óptimo de exportación. Todo según la máxima del contrabando: reciprocidad en el trato, algo que Juan March sabía bien. En la guerra, la frontera entre lo legal e ilegal es tenue. ¿Cómo fue valorada esa neutralidad? En nuestra historia ya había un precedente, el del recogimiento canovista que hacía suya la máxima amigos de todos, aliados de ninguno. Muchos autores han recogido la expresión determinante de Miguel de Unamuno al diagnosticar una neutralidad por impotencia, vista la realidad del país. Sin embargo, no tardó en iniciarse el debate público, en fecha muy temprana, cuando Alejandro Lerroux el 2 de agosto cuestionó la decisión gubernamental; algo que repitió en París, insistente en sus simpatías aliadas, lo cual que hizo ser recibido a pedradas en Irún. El 19 de agosto, Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones, líder del partido liberal, firmaba como X un artículo en El Diario Universal, de su propiedad. Titulado Neutralidades que matan, exponía abiertamente y con realismo la conveniencia de estar en la órbita aliada y que la decretada era una neutralidad impuesta que nos perjudicaría como país; había una neutralidad militar, pero no debía haber una neutralidad económica y España debía pensar en el futuro sistema de relaciones tras la guerra. Para un gobierno que se había pronunciado directamente sobre la neutralidad, la opinión de Romanones era zaherirle y reabrir un debate público que se manifestó con fuerza, tanto en las calles, en los cabarets, teatros, banquetes e incluso en las misas. Excepto en las Cortes, y cuando estuvieron abiertas, donde se debatió escasamente sobre la política internacional del momento, bajo el pretexto de no polarizar aún más al país. También la prensa, que vivió una guerra de manifiestos y artículos -como los seiscientos escritos por Unamuno en los cuatro años del conflicto; no eran sino expresión de una polémica que ya existía en la vida cotidiana y que se revelaba con beligerancia (en esas fases que Luis Araquistáin planteaba en Entre la guerra y la revolución, España en 1917 y que iban desde el *quién ganará* a modo deportivo y acababan en el quién tiene razón y en la algarada callejera). Los debates no eran nuevos y se remontaban a esos dilemas entre casticistas y europeístas, el viejo duelo de las dos Españas. Pero también eran formas de entender el mundo: «Se trataba de una lucha entre la Kultur alemana, una especie de nueva religión heredada del luteranismo, y la Zivilisation, de matrices francesa e inglesa» 19. La guerra europea era así una guerra civil. En el país, las simpatías generales eran aliadas, bien es cierto que la progresión y duración de la aguerra ahondó la división aliadófilos y germanófilos, lo que a menudo era decir entre progresistas y conservadores. No era extraño que la guerra obligara a tomar partido y a posicionamientos ideológicos a partidos liberales que, por otra parte, en décadas expresaron pocas diferencias entre sí. Una fotografía del bando germanófilo en España retrataría al episcopado (a pesar del luteranismo germano), al ejército (inspirado en un modelo de éxito, el prusiano) y a la aristocracia terratenien-

¹⁹ Maximiliano Fuentes Codera (2014): p.52

te. Las clases populares y buena parte de las clases medias apoyaban la causa aliada, con la evocación de lo que Francia había supuesto en su tradición revolucionaria, y pronto se identificó con la causa de la libertad y la democracia. Algo que también enarboló buena parte de la intelectualidad, desde la revista *Iberia* de Unamuno a la revista España, sostenida por los aliados con 3.000 pesetas mensuales. No obstante, el debate ideológico, la oposición democracia-autoritarismo, no aparece tanto inicialmente como a lo largo de la guerra, y es invocada particularmente desde el socialismo. Pero mayormente la sensación del español corriente, con dificultades para leer y escribir, que vive núcleos rurales o pequeños urbanos, mal comunicados, era sobre todo de indiferencia; Cómo fue vista la guerra por los intelectuales? ¿Cuál su fue su papel? Sin duda, esta época marca la aparición del intelectual en política, así se observó en mítines multitudinarios como los de Unamuno y los republicanos en la plaza de Toros de Madrid. El discurso de Ortega, Vieja y nueva política de marzo de 1914, en el Teatro de la Comedia de Madrid representa el papel creciente del intelectual en esa sociedad, a modo de faro que guie la regeneración. El estallido de la guerra hace pensar a Ortega en la oportunidad de que España deje de ser un estado caduco y se transforme en uno moderno, y así deje de ser víctima de sus propias inercias y tosquedades. Pero tanto la neutralidad como el papel de los actores políticos desactivan esa opción. Para el rey fue más difícil tomar partido. Si bien sus declaraciones le acercan a la Entente: Sólo yo y la canalla estamos a favor de los aliados²⁰, su ambigüedad fue una constante, especialmente tras 1917 y el pavor desatado en las casas reales. De una parte era hijo de María Cristina de Austria, de la familia imperial; de otra, casado con Victoria Eugenia de Battenberg, nieta de la reina Victoria. Algo que no nos debe sorprender debido a la efectiva endogamia que la reina inglesa prodigó en la realeza y aristocracia europea. Y que hizo, cosas de familia como la hemofilia asociada, que los tres principales contendientes del conflicto, el zar Nicolás II de Rusia, el káiser Guillermo II de Alemania y el rey Jorge V de Inglaterra fueran primos. En ese contexto, el rey esperaba encontrar en el conflicto un papel mediador que le permitiera cobrar relevancia internacional, incluso invitando al papa Benedicto XV a instalarse en El Escorial. En ello fracasó. No en otra labor como país neutral, que acometió de forma particular e intensa desde la secretaría del Palacio Real. Fue la Oficina Pro Cautivos entre 1915 y 1921, cuyo objetivo era paliar el bloqueo informativo de la guerra y comunicar y devolver a sus casas a miles de soldados y civiles de los dos bandos. Bajo su patrocinio se envían médicos, diplomáticos y militares en calidad de inspectores a diversos frentes; se atiende más de más de quinientas cartas mensuales, unas 221.000 peticiones de ayuda y se maneja medio millón de documentos. Esos mismos documentos eran, entre otras misiones, objeto del

²⁰ Gerald Brenan (1984): p. 86

espionaje que empezó a tener una presencia activa en el país, especialmente en Barcelona y Madrid, desde fines de 1915 y principios de 1916. Es importante recordar que los servicios secretos actuales nacen con la Primera Guerra Mundial. Y lo hacen de forma progresiva desde las embajadas fundamentalmente. Es el caso de alemanes, francés, británicos e italianos que operan en redes amplias y diseñan un escenario en la guerra de la información y contrainformación que lleva a renombrar al Paseo de la Castellana como la Avenida de los espías mientras Mata Hari, la agente doble holandesa H21, se aloja en el Ritz. Los servicios de información franceses e italianos llegan a fines de 1915 y principios de 1916, desde las embajadas y consulados: setenta francesas, cincuenta británicas y cuarenta italianas; hasta 1918 desactivarán la propaganda alemana y se introducirán en sus redes; también mantendrán una férrea competencia entre sí por los objetivos. Son casos de estructuras de espionaje construidas desde la nada, como la italiana de Filippo Camperio o el de Charles Julian Thoroton que desde Gibraltar dirigió las actividades británicas de espionaje, inspección y comunicaciones, inicialmente con un equipo de ocho hombres repartidos en ciudades españolas. El espionaje alemán fue un caso distinto. Ya existía en España, al calor de una numerosa comunidad de alemanes en España estimada en ochenta mil personas, muchas de ellas en Barcelona. Su red va a ser la más sólida y sus actividades incluían propaganda en el cine, prensa y agencias de noticias. En ellas se promocionaban mensajes pacifistas y neutralistas frente al intervencionismo aliadófilo, en operaciones cuyas cantidades iban desde las 500 a las 10.000 pesetas. El responsable era el embajador alemán en Madrid el príncipe Ratibor, junto a Hans von Krohn, agregado naval en la embajada y máximo responsable de sabotajes, hundimientos y actividades de espionaje desde 1915 hasta 1918. Una organización que exigía fuerte financiación (con cifras elevadísimas, hasta 300.000 pesetas) y una tupida red de armadores, comerciantes, distribuidores... y confidentes, caso del comisario jefe de Investigación Criminal, la policía política, Manuel Bravo Portillo, detenido por colaboracionista alemán en junio de 1918 y auténtico capo del pistolerismo forjado en las Atarazanas barcelonesas donde confluían refugiados, desertores, delincuentes y prostitutas. Al servicio del jefe del espionaje alemán por cantidades entre las 500 y 1.700 pesetas mensuales, liquidaba igualmente a sindicalistas como Pau Sabater y a empresarios aliadófilos como el metalúrgico Josep Albert Barret i Moner el 8 de enero de 1918, responsabilizando a los anarquistas del mismo. El atentado parecía anticipar ese pistolerismo de la posquerra. También rivalizó con los comisarios Ramón Carbonell y el aliadófilo Francisco Martorell, jefe de la brigada de anarquismo y socialismo, luego llamada de servicios especiales, hasta la cima de su poder. Fue la denuncia de Ángel Pestaña desde Solidaridad Obrera, en junio de 1918, de connivencia entre el espionaje alemán dedicado al sabotaje y hundimientos (también de barcos españoles) y las autoridades barcelonesas la que abrió el caso y condujo a la aprobación urgente de una Ley de Espionaje muy polémica. Cataluña, allí donde la frontera y cercanía hacía más visible el conflicto, la gran fábrica de los aliados, sufrió en mayor medida que el resto del país el impacto de la guerra. Desde las 150 pesetas mensuales que recibía un confidente a las mil si eras espía, el espionaje compró voluntades y lo hizo transversalmente: policías, periodistas, sindicalistas, políticos, empresarios. El dinero extranjero movilizó huelgas y campañas electorales, salvó revistas arruinadas, compró portadas de periódicos y numerosas opiniones, siendo un factor de distorsión social de primer orden. La prensa de masas sirvió a los poderes en liza. De ello hablaba enero de 1916, Luis Araquistáin: Los dedos de una mano pueden servir para contar los periódicos diarios que no han sido comprados en Madrid. También dio lugar al nacimiento de instituciones como en Ateneo de Madrid, donde Manuel Azaña ejerció su compromiso francófilo, o el de la Casa de Velázquez, de mano de la oficina francesa de propaganda. Esta actividad de los intelectuales madrileños lanzaría en enero de 1917 una iniciativa singular para combatir la propaganda alemana: la Liga Antigermanófila. Una prueba, como señala Maximiliano Fuentes, de que como sucedía en Europa desde el primer día de las movilizaciones, la política y los intelectuales no podían estar va separados, si es alguna lo hubieran estado²¹. Su manifiesto era suscrito por setecientos nombres, muchos de ellos relacionados con la revista España, y entre los que están Unamuno, Azaña, Galdós, Azorín, Leopoldo Alas, Antonio Machado, Pérez de Ayala, Melquíades Alvarez, Marcelino Domingo... Básicamente, su mensaje era algo que todo el mundo sabía: que la neutralidad española favorecía claramente los intereses alemanes. Y, sin embargo, a lo largo del conflicto la actitud oficial fue claramente en pro de la Entente, como lo demuestra la garantía dada por España de abastecimiento a Francia. Por supuesto, la querra hizo fortunas. Una de ellas, calificada la séptima de su tiempo, fue la de Juan March, contrabandista mallorquín, conocido como el último pirata del Mediterráneo. Ejemplo de personaje de extracción humilde, con un prodigioso sentido de los negocios, inició su carrera con el comercio de tabaco²² desde Gibraltar, a cambio de sus informes y actividades como espía para los británicos. Claro que eso no le impedía suministrar fusiles Mauser a la guerrilla de AbdelKrim contra las tropas españolas. En la guerra jugaba a todas las manos, vendía información Gran Bretaña sobre los submarinos alemanes que él mismo protegía en la isla de Cabrera. Y tampoco le importaba prestar su flamante coche a los oficiales alemanes en Mallorca, según relata Fernando García Sanz. Esas fortunas no cotizaban a la hacienda pública. Una y otra vez fracasaban las iniciativas parlamentarias sobre los proyectos de gravamen de las plusvalías y

²¹ Maximiliano Fuentes Codera (2014): p.149

²² Para hacernos una cuantía, solo en el contrabando de tabaco, por la política permisiva hacia él y donde la aplicación de la ley es casual, la hacienda pública pierde el 20% ingresos totales.

beneficios extraordinarios de guerra en 1915 y 1916, propuestos por el ministro Santiago Alba, terrateniente cerealista, ante la abrumadora protesta de la patronal y la oposición catalana. El proyecto, que contemplaba 2.134 millones de pesetas para infraestructuras, nunca vio la luz. Los futuros proyectos de impuestos sobre la renta de las personas físicas y sobre los aumentos de fortuna de 1919 tampoco prosperaron. El mismo Romanones (junto a Dato, ambos los presidentes más destacados del periodo) forma gobierno. Desde noviembre de 1915 hasta abril de 1917, con su relevo por García Prieto y Dato, mantiene su compromiso aliadófilo. Es durante su gobierno cuando los hundimientos alemanes se incrementan, a principios de 1916. En mayo 1915 se había producido el hundimiento del Lusitania por un U-20 con mil doscientas víctimas. En agosto, se repiten los ataques por torpedos alemanes. La campaña de protesta en la prensa es intensa debido al impacto de la lucha submarina. Francia y Gran Bretaña acusan constantemente al gobierno español de colaboracionismo: se considera que no se reacciona ante Alemania y que se ayuda a sus submarinos; de ello hay pruebas evidentes, como lo sucedido el 2 de mayo de 1915 en la ría de Corcubión con el U21; en junio de 1916 en Cartagena, cuando el submarino el UB35 con la misiva del káiser reposta y parte sin obstáculo alguno, o como los UB48 y el UB39, también reparados en Ferrol; o en septiembre de 1917 en Cádiz, con dos submarinos reparados, el UC52 y UB49. El gobierno, siempre bajo sospecha, es incapaz de combatir estas situaciones. España cierra teóricamente sus costas y puertos a los submarinos alemanes, pero sólo el 29 de julio de 1917 dicta un decreto que prohíbe la navegación de los submarinos es aguas jurisdiccionales españolas y su entrada en los puertos nacionales. Si España vio mermar su flota mercante a causa de los submarinos alemanes y también por la gran demanda de barcos españoles que, en la práctica, se venden, dado que los contendientes solían servirse de pabellones neutrales. Un 30% de los hundimientos se producen en el Mediterráneo en una guerra submarina, que se convierte en total en 1917 cuando se hunden 3.700 barcos, la mitad del total en el conflicto, y más de seis millones de toneladas de carga. La clave de la estrategia era asfixiar a Gran Bretaña antes de que los estadounidenses pudieran actuar. Si los 105 submarinos alemanes hundían una media de 600.000 toneladas de cargueros aliados al mes, los ingleses tendrían que retirarse de la guerra en seis meses. El plan estuvo a punto de cumplirse. En los tres primeros meses del año, se hundieron más de un millón y medio de toneladas, y en abril se alcanzó una cifra impresionante, 881.000. La dinámica de la guerra imponía graves sacrificios a las clases populares, que veían como los altos precios y el desabastecimiento era una realidad creciente. Los efectos de la guerra empezaron a notarse en segundo semestre de 1915: 450% de aumento en los precios del carbón; 543% de los productos siderometalúrgicos. Comienzan los motines y la carestía. La política gubernamental de la llamada Ley de subsistencias para tasar precios y distribuidores

sobre los bienes de primera necesidad, y la de incremento de la producción con ayudas fiscales y crediticias, fue una política fallida e inoperante ante la de resistencia patronal naviera y de empresas afines. La Junta Central de Subsistencias noviembre de 1916 no garantizó el control del abastecimiento de productos básicos y se suprimió en mayo de 1917. A fines de 1916, la prensa ya recoge el malestar social y denuncia las fortunas que provocan hambre hasta el punto que los españoles consideraban a sus vecinos en guerra, víctimas ellos de los efectos, nosotros de la causa. Total lo mismo²³. Según los datos del Instituto de Reformas Sociales en 1916 los precios de los productos básicos se habían incrementado entre un 13,8% la leche hasta un 57,8% el bacalao, pasando por un 24,3% el pan, un 30,9% los huevos o un 33,5% la carne de vacuno. En unos tiempos en los que más de la mitad del presupuesto familiar se destinaba a alimentación, las subsistencias tuvieron un alza insoportable a mediados de 1916 con un encarecimiento medio en torno a un 40%. Es lo que llevó en mayo de 1916 -y hay que conectarlo con el año siguiente- en el XII Congreso de la UGT a aprobar un plan de lucha contra la carestía de la vida, a través de la huelga incluso, que combinaba reivindicaciones sobre las condiciones de vida y sobre el cambio de régimen; fue un punto de inflexión, algo que se materializa en acuerdo entre los dos grandes sindicatos, CNT y UGT, el 17 de julio 1916 conocido como el Pacto de Zaragoza. Su primera acción conjunta en defensa del nivel de vida de las clases populares. Solo en esa fecha parece afrontarse la dimensión de un problema que hacía tiempo se manifestaba en las calles. El éxito de la huelga del 16 de diciembre de 1916 convocada por ambos sindicatos contra la carestía de la vida fue rotundo. Había demostrado una gran capacidad de movilización.

1917 es un año clave en la historia. Significó un punto de inflexión, tanto a nivel internacional, con el colapso de la Rusia zarista y la entrada de EEUU en la guerra, como a nivel nacional, ya que hasta 1923 se abrió un sexenio crítico, con problemas interconectados que se reactivan y tensiones contradictorias que, irresueltas, desembocarían en el fin de la Restauración. En una coyuntura realmente crítica, actores dispares como la burguesía, el ejército y el proletariado se enfrentaron casi consecutivamente en lo que parecía ser un duelo con el régimen dinástico. Tres grandes líneas de crisis, política, obrera y militar, cuyos ingredientes también estarán presentes en el esquema revolucionario ruso y que influirían, sin duda, en el cambio operado en Alfonso XIII tras abdicación del zar Nicolás II el 2 de marzo de 1917. La primavera de ese año ya había comenzado turbulenta con el manifiesto de Besteiro a favor de una huelga indefinida contra la monarquía y el turnismo, continuada en abril con huelgas que imponen el estado de sitio en Valladolid. El día 6 de abril, el mismo día que EEUU declara la querra a Alemania, el vapor español *San Fulgencio* fue hundido.

²³ Julián Casanova y Carlos Gil Andrés (2010): Historia de España en el siglo XX, Ariel, Barcelona, p.59

Romanones, presidente de gobierno, decidido a abandonar la neutralidad, envía a Alemania una airada protesta (lo más cercano a un ultimátum), que el káiser, por supuesto, ignora. Sin embargo, ni los aliados no estaban dispuestos a aceptar recompensas territoriales por ello, ni Romanones encontró políticos que le apoyaran, salvo sus adversarios, republicanos y socialistas. La presión germanófila es incesante en la prensa y también sobre el propio rey. Trece días más tarde, Romanones dimite. Es lo más cerca que estuvimos de entrar en el conflicto. La Plaza de Toros de Madrid, a rebosar, fue el escenario de dos mítines consecutivos: el 29 de abril, Antonio Maura alertaba de los peligros de la intervención: nosotros de Alemania no tenemos agravio que justifique la ruptura de relaciones²⁴. El 27 de mayo se celebraba el mitin de las izquierdas, abiertamente intervencionista y convocado por socialistas, republicanos y reformistas, donde se exigía abiertamente romper con Alemania en la persistente denuncia de que estamos mal gobernados. Convocado bajo el lema Ahora o nunca, fue alentado tanto por España como por El Socialista, en la convicción de que la monarquía era el último obstáculo a la democracia y que era la responsable del cese de Romanones. Los oradores conformaban un cartel de primera línea: Álvaro de Albornoz, Andrés Ovejero, Roberto Castrovido, Emilio Menéndez, Melguíades Álvarez, Alejandro Lerroux y Miguel de Unamuno. Éste advertía que, si la neutralidad seguía, muchos que no hemos sido republicanos ni lo somos hasta ahora, muchos, repito, tendríamos que hacernos republicanos. Así, lo que había comenzado con un mitin aliadófilo acabó en un mitin antimonárquico, titulaba El Imparcial. Hubo graves incidentes tras el mitin. Tres días después el gobierno prohibía las manifestaciones públicas sobre la querra. España también estaba bloqueada por la campaña alemana, al borde de la ruina. El coste de la vida se lo Ilevó todo por delante. La campaña submarina (en abril de 1917 las bajas españolas ascendían a 31 barcos y 80.000 toneladas), la vulnerabilidad de los transportes, el acaparamiento. En este año marcadamente inflacionista, las subidas salariales son reducidas mientras los precios al por menor ascienden entre 135 y 140%, en una progresión desbordante. La pérdida de poder adquisitivo afectó a todos los asalariados, también a los militares. Es lo que está detrás del primer frente abierto con la creación de las Juntas Militares de Defensa del arma de Infantería. Nacían de las existentes en otras armas, como Ingenieros y Artillería, una de las más tradicionales, y reunían a una baja oficialidad descontenta que, clandestina y provisionalmente, se organizó en Barcelona. El 1 de junio de 1917 presentó dos manifiestos: sus reclamaciones partían de la mejora de sus condiciones profesionales, exigían mayores sueldos frente a la inflación. Continuaban con la defensa de la escala cerrada, administrativa, opuestos a los ascensos por méritos de guerra, una crítica velada al ejército africanista. Y tam-

²⁴ Maximiliano Fuentes Codera (2014): Esa y otras citas posteriores en p. 160 y ss.

bién subyace un recelo notorio contra la prerrogativa de Alfonso XIII en los nombramientos y ascensos militares. Igualmente estaba implícito un *ultimátum* al gobierno. ¿Cómo se resolvió este desafío? La presión castrense hizo reconocer sus peticiones. El rey aceptó el manifiesto; no así el capitán general de Cataluña ni el presidente. Claro que eso significó la caída del gobierno de García Prieto en junio de ese año. Había durado dos meses. No sería el único caso: en noviembre, su sustituto Dato dimite tras el ultimátum de 72 horas de los militares al rey el 26 de octubre. Las Juntas consiguieron finalmente la libertad de sus detenidos al igual que su legalización y reconocimiento de asociación, a pesar de su naturaleza militar, con ese truco administrativo tan manido de cambiar a las cosas de nombre. El proceso fue una muestra más del ascendente predominio del poder militar sobre el civil, un signo del pretorianismo que se iba a hacer cada vez más presente en la vida española. Y en definitiva, una claudicación que, eso sí, permitía recurrir de nuevo al ejército para desactivar y liquidar las protestas burguesas y obreras. Tensiones que abrieron otras dos líneas de fractura que, aunque de diferente naturaleza, poseían un objetivo compartido: la formación de un gobierno provisional y un proceso constituyente que renovara el país, incluyendo la reforma constitucional. La primera línea es política y comienza un 5 de julio cuando los parlamentarios catalanes en pro de la autonomía demandan la convocatoria de Cortes constituyentes y el paso a nueva organización territorial más descentralizada. Era lo que recogía el manifiesto de la Lliga el 14 de junio, redactado por Prat de la Riba, Els parlamentaris regionalistes al País; y también era lo que reclamaba el éxito de las candidaturas regionalistas en marzo. Clausuradas las Cortes, y ante la reiterada negativa del gobierno a convocarlas para la reforma constitucional, diputados y senadores de Cataluña tomaron la iniciativa de reunir en Barcelona el 19 de julio de 1917 una asamblea de parlamentarios con el objeto de promoverla. Lo que la convocatoria expresaba es que el *pacto* proteccionista de la Restauración entre grandes propietarios agrícolas, industriales y financieros estaba al límite de la ruptura. Así lo creyeron los burgueses catalanes de la Lliga de Cambó, que en consonancia con republicanos y socialistas (todos ellos, no dinásticos), estimaban el momento adecuado para cambiar el régimen. La lideraba Francesc Cambó y recibió a dos senadores y veintiún diputados nacionales: miembros del Partido Reformista de Melguíades Álvarez, de la burguesía asturiana, y otros como los republicanos de Partido Radical de Lerroux o los de Marcelino Domingo, y del socialismo, como Pablo Iglesias. Este desafío al bipartidismo tuvo como respuesta es la ocupación militar de la ciudad con la habitual declaración del estado de guerra, la disolución por la fuerza de la asamblea, acusada de separatista, y la detención simbólica de los participantes. Una segunda sesión prevista para agosto en Oviedo nunca llegó a celebrarse. Fue ese mes cuando estalló la huelga obrera, del 13 al 18 de agosto concretamente. Estrictamente nació el día 10, del conflicto

ferroviario en Valencia que se extendió a la Compañía del Norte y los metalúrgicos de Bilbao. Convocada por la CNT de Salvador Seguí y la UGT de Largo Caballero (y en contra de la opinión de Pablo Iglesias, ya enfermo), en ella se reivindicó, del mismo modo que en la Asamblea de Parlamentarios (a la que se apoya públicamente), la formación de un gobierno provisional y un nuevo proceso constituyente. A pesar de que en el medio rural no tuvo tanto seguimiento, el día 13 la huelga fue total en las grandes ciudades y zonas industriales de Asturias, Vizcaya, Cataluña y Madrid y se prolongó durante una semana. Podemos considerarla la primera huelga general del país y, en su balance, hay que hablar de fracaso. Sin duda, se precipitó en su convocatoria, lanzada en un mejor momento para el gobierno que para la oposición republicano-socialista, y en su organización. Fue un ejemplo de descoordinación, con un comité prontamente descabezado y de consignas confusas donde era patente la primacía del componente insurreccional sobre el táctico: en Asturias se prolongó hasta un mes en las minas; en Rio Tinto, la resistencia causó la muerte de diez obreros; para los socialistas, una huelga reivindicativa, pero revolucionaria para los anarquistas. El desenlace de una ocasión perdida que iba a dejar una extraña sensación para la CNT, el de haber sido traicionada. Declarado el estado de sitio, la huelga fue combatida con armamento pesado y ametralladoras, causando una gran represión: casi un centenar de muertos (37 de ellos en Barcelona), cientos de heridos y dos mil detenidos; entre ellos, el comité de huelga, condenado a cadena perpetua: Julián Besteiro, Andrés Saborit, Daniel Anguiano y Largo Caballero. En su balance, destacar la radicalización progresiva de un obrerismo reprimido severamente por un ejército cerrado a cualquier tipo de reformas y fiel a su papel de valedor coercitivo. Luchas en exceso cruentas debido a la escasa capacidad y tradición negociadora del poder, de su escasa consideración hacia las garantías constitucionales y de la consideración de cualquier demanda política o laboral como un problema de orden público. En conclusión estas tres líneas muestran la dificultad del momento. Si no tuvieron éxito fue porque los intereses de cada una de ellas no coincidieron plenamente; además tácticamente en ningún momento hubo coordinación de frentes. La prensa germanófila insistía en que la protesta estaba financiada por los aliados, algo que también compartía el gobierno. La burguesía desconfiaba del obrerismo, al igual que el ejército de los parlamentarios catalanistas y, por supuesto, de los desarrapados a los que combatían en las barricadas. En su análisis, Tuñón afirma que fue una coyuntura prematura para un cambio de poder, y recuerda que tal vez, sin la dispersión de fuerzas, 1919 podría haber sido un año clave. El régimen dinástico sorteó la crisis pero fue incapaz de asimilar nuevos escenarios políticos e inició de inmediato un fraccionamiento del bloque de poder hegemónico que los gobiernos de concentración nacional (tal y como sucedía con otros países europeos en querra), siempre en torno a las habituales personalidades, no evitaron en cuanto

tampoco gozaron de estabilidad: entre 1917 y 1923 hubo trece gobiernos. Mientras los movimientos republicanos, regionalistas y obreristas se afianzaban. También el nacionalismo se movía con iniciativa. El 14 de diciembre de 1918, ciento once alcaldes reclamaban en Bilbao la autonomía y una semana después también lo hacían los representantes catalanes de las Cortes y Senado. Fruto de ello fue la aprobación de un proyecto de Estatuto de autonomía refrendado por la casi totalidad de ayuntamientos, hasta 1.046. El gobierno Romanones sorteó la cuestión cuando impuso otro proyecto gubernamental muy recortado. No era el único problema en un país azotado por la epidemia de la gripe, que va a causar doscientas mil víctimas y donde la escasez y la carestía empujan a manifestaciones y motines que evocan esa noción²⁵ de economía moral de la multitud en torno al hambre y el pan. Fueron esas causas las que llevaron a la creación de la Comisaría de Subsistencias a fines de 1917 para controlar las cuotas de exportación de productos básicos. Sin duda, a partir de 1918 las cosas empeoraron: la disminución de la demanda y, por ende, de los beneficios se traducen en cierres patronales y un paro creciente. La escasez de alimentos debido a la caída de las importaciones, la especulación y el fraude repercute en un alza formidable del coste de la vida. Este es el ambiente que rodea ese año crítico y que se extiende a los posteriores, el de la explosión de protesta en el latifundio andaluz y en las ciudades industriales españolas cuyo abastecimiento de trigo depende de la importación, recordemos. Fue muy visible esa cadena que une aumento de precios e inflación, carestía y escasez, desempleo, protesta y represión. Ya anticipamos que partir de 1918 sólo se pudieron constituir gobiernos de concentración, y bajo la amenaza incluso de abdicación real. Fórmulas de viejos nombres como García Prieto, Maura y otros que no recompusieron el equilibrio turnista. El gobierno era débil y parecía no ser obedecido por nadie en esa máxima todos contra el gobierno y el gobierno contra todos: ni por los militares, ni siguiera por los funcionarios, y menos, los obreros. Gobiernos de concentración, gobiernos de fracción que se suceden. Desde el cambio de siglo, los cambios producidos en el desarrollo tecnológico y en las relaciones de producción conllevan la extensión de principios democráticos y la intensificación de los conflictos sociales, visibles tanto en el medio rural como en el urbano, sobre los que el Estado debería haber tenido un papel regulador. En España no fue el caso. En 1918 la agitación social creció acompañada de un importante alza en el precio del pan. Bajo la inspiración anarcosindicalista fundamentalmente, fueron los años del llamado Trienio Bolchevista en el campo andaluz, según expresión de un testigo y coetáneo, Juan Díaz del Moral, en la que podemos considerar la primera obra de historia social de nuestro país, la Historia de las agitaciones campesinas andaluzas. Años que se prolongaron hasta 1920 y en los que, al igual que en Italia y su

²⁵ La noción, como otras, pertenece a uno de los pioneros de la historia social, E.P. Thompson.

Biennio Rosso de las fábricas turinesas, la revolución se creía posible y el combate era abierto contra el sistema burgués en la esperanza que los principios salvadores de la revolución rusa triunfarán. En el fervor revolucionario no se trataba ya de exigir mejores salarios o condiciones laborales, sino que se empezó a pensar en la posibilidad de conquistar el poder, la construcción de un estado proletario, tal como Rusia ejemplificaba. El ejemplo estimulaba las peticiones obreras y campesinas: abolición del trabajo a destajo, contratos de trabajo colectivo para el campo, jornadas de ocho horas y la aplicación de la ley de accidentes laborales. En las zonas agrarias, en más de cuarenta pueblos cordobeses, estallaron huelgas a lo largo de 1919 que desembocaron en ocupaciones de tierras y fueron sofocadas por el ejército. Ante ese escenario, otra opción como válvula de escape social es la migración. La estimada entre 1914 y 1922, y no registrada por el Instituto de Reforma Social, tuvo fuerte incremento y se cifra entre medio millón y un millón de personas que emigran en condición de asalariados. Preferentemente lo hacen a Francia, de forma clandestina, con intensidad a partir de 1914, cuando la economía de guerra demanda reemplazó en la mano de obra, por ejemplo, los más de 200.000 emigrantes que acuden esos años solo a la vendimia. La migración de estas grandes masas de población tuvo importantes consecuencias. No sólo contribuyó a uno de los grandes problemas de nuestro país, el de los deseguilibrios regionales y territoriales, sino que construyó nuevas culturas urbanas en un país que veía cambiar su estructura económica a causa del conflicto. Pero la ciudad no era todo el escenario. Más allá, en España subsistió durante buena parte del siglo XX un medio rural atemporal donde eran patentes las pervivencias de relaciones tradicionales, aun a pesar de las desamortizaciones, y la preeminencia de la aristocracia terrateniente, muy bien conectada con la élite capitalista o reconvertida en tal, según las tesis de Arno Mayer sobre La persistencia del Antiquo Régimen en el continente europeo hasta la Gran Guerra. Una de las oposiciones de mayor trascendencia que cristalizó en esos años y que fue determinante para nuestra historia inmediata, especialmente la guerra civil de 1936, fue la oposición campo-ciudad. Las ciudades fueron las grandes protagonistas del siglo XX y verán como el equilibrio entre el medio rural y urbano se rompe a su favor. La población netamente rural comienza a descender en beneficio de las grandes ciudades, en un proceso de urbanización tan intenso como desequilibrado. Se inicia una nueva etapa, el inicio de la transición demográfica a un régimen moderno donde el proceso de concentración urbana acelera el descenso de la mortalidad y precipita la baja de la fecundidad. Y en esas ciudades como Madrid, Barcelona y Bilbao y sus áreas metropolitanas cobraron fuerza nuevas opciones políticas no dinásticas como el republicanismo, el socialismo con sus cargas de laicismo y anticlericalismo, también ese regionalismo, que nacido de los intereses proteccionistas, derivará hacia el nacionalismo. Es el nacimiento de los movimientos de masas, de una sociedad de masas, a partir de 1915, un nuevo mercado político urbano, donde la prensa con sus grandes tiradas, la movilización social y la opinión pública tenían un nuevo rol. El mercado electoral había cambiado y eso no lo supieron ver los políticos dinásticos. Unas fuerzas netamente contemporáneas y marginadas de la política dinástica y que en tan sólo diez años protagonizarán el advenimiento de la II República.

1. LAS CONSECUENCIAS

Algo cambió en España tras la guerra. Y lo hizo de forma irreversible, como en la mayoría de naciones europeas, ya fueran beligerantes o no. La guerra, ese momento en el que las luces se apagaron sobre Europa²⁶, supuso un punto de inflexión en el que nada iba a ser como antes: ni la economía, ni las relaciones políticas ni los referentes ideológicos, ni los comportamientos sociales, y mucho mechos, la cultura o el arte que reflejaron tempranamente esa debacle moral y ética que supuso el conflicto y que transversalmente mutó el orden de las cosas. Para un país pobre y ya embarcado en una guerra con Marruecos tan cara como letal, la neutralidad supuso para España un escenario inédito, con más sombras que luces en su balance, y nos describió como un país importante en términos estratégicos en la retaguardia, pero también como un estado débil que no había podido librarse de las constantes intervenciones de las potencias extranjeras. Intervenciones relevantes en asuntos como materias primas, transportes, redes de información, corrientes de opinión pública e incluso en la protesta social y la acción colectiva. Eso, en parte, no era nuevo y unido a nuestra crónica irrelevancia diplomática, confirmó que las cosas para España no habían cambiado tras la guerra. El 3 de febrero de 1919, España es, con Bélgica, Brasil y Grecia, uno de los miembros del consejo de la recién creada Sociedad de Naciones de marchamo democrático, y el mismo Romanones departe en Versalles con Wilson, a menos el (breve) tiempo suficiente como para darse cuenta de la ignorancia (e irrelevancia) de las cuestiones españolas para el mandatario americano. Nadie se acordaba de España ni el Congreso la elevó de categoría internacional. El sueño de Alfonso XIII como pacificador, como figura internacional se desvaneció y su corona no se fortaleció con la guerra, sino todo lo contrario. España seguía siendo una potencia periférica y frágil, de segunda fila, y ahora eso sí sometida a toda la vorágine de mutaciones que implicaba ese fortalecido capitalismo de las grandes factorías industriales de las ciudades norteñas, receptoras de migraciones masivas de campesinos, de esas ideologías nuevas que reclamaban espacio en un escenario político caduco que, para mayor temor, había visto desaparecer cuatro imperios de golpe. Todo eso era nuevo, y era en ese sentido en el que Hobsbawn manifestaba que el siglo XX, tan breve como cruel, había nacido con la guerra. Y, en alguna medida, también era el nacimiento de la España que hoy conocemos. Las expresiones de la época calificaban a la guerra como un río de oro para España, una edad de plata, un boom económico que tuvo el efecto de consolidar las estructuras del capitalismo industrial en nuestro país, con sus límites y deficiencias. Esa es una de las conclusiones fundamentales, pero conviene recordar que los beneficios no contribuyeron a cambiar las estructuras del país, ni siguiera tributaron a la Hacienda pública (los diferentes

²⁶ La expresión se atribuye a Sir Edward Grey, Secretario del Foreign Office.

intentos fracasaron) y lo que es evidente es que tampoco revertieron en el interés de una ciudadanía necesitada con urgencia de mecanismos de redistribución de la riqueza. En ese sentido fueron años de expansión, pero no de prosperidad. En principio, aportar dos datos muy relevantes para comprender el escenario de crisis a partir de 1917. La guerra, que alteró notablemente nuestra estructura productiva y social, arrojó unos beneficios estimados de 5.600 millones de pesetas. Sin embargo, entre 1914 y 1922, el incremento de la renta anual nacional sólo fue de un 1%. Obviamente, es un crecimiento muy mal repartido. La guerra benefició a unas pocas familias, a esa España de los grandes apellidos. A proveedores de medios de transporte y de materias primas que amasaron fortunas como Ramón de la Sota o Juan March. La guerra trastornó todo el mercado mundial, sus direcciones y agentes; introdujo numerosas novedades y anomalías en multitud de procesos. La primera señal, tras los meses iniciales, fue el fuerte aumento de la demanda externa, una demanda evidentemente favorable a los intereses empresariales, pero que poco después, especialmente a partir de 1916, se traduciría en inflación y carestía para los asalariados. La economía española, limitada tradicionalmente al mercado interior, aumentaba sus exportaciones a los países beligerantes con gran diversidad de productos y de servicios: hierro, glicerina, plomo, estaño, cobre, aceite, azufre... y mulas, cotizadas a 500 pesetas en su exportación en marzo de 1916. Para una economía que vivía prácticamente aislada hasta entonces, muchos sectores económicos vivieron una auténtica fiebre con la exportación agrícola e industrial en alza. Una nota común a todos ellos es que tuvieron un ascenso meteórico durante la guerra y un declive igualmente rápido en la posquerra, cuando no son competitivos internacionalmente y busquen el proteccionismo del estado. En términos macroeconómicos, entre 1914 y 1920, los beneficios empresariales se multiplicaron por 2,5 y el número sociedades constituidas se duplicó. El incremento de las ventas y exportación en sectores como la minería, el textil y el naval, entre otros, hicieron que balanza comercial española pasara del déficit al superávit entre 1915 y 1918 (en 1917 arrojaba un saldo de 589 millones de pesetas a favor). Se registró la cancelación de la deuda española con el exterior y se nacionalizó, y las inversiones de capital privado siguieron un ritmo creciente, aunque irregular. A ello hay que añadir el incremento de las reservas de oro (de 720 millones a 2.554 entre 1914 y 1921) y la monetización de la deuda pública, adquirida por la banca, cuyos beneficios declarados pasaron de 25 millones en 1915 a 101 en 1919. Subrayar en el proceso la redefinición del Banco de España como banco nacional y la Ley de ordenación bancaria de Cambó de 1921. Entre 1915 y 1920 el número de bancos locales se duplica y, resultado de esta expansión del sector, la banca privada aparece abiertamente como financiadora de la industria en inversiones en capital fijo dirigidas a sectores básicos: carbón, siderurgia, industria química, electricidad, originando la mayor concentración de poder económico hasta entonces conocida.

Otro de los sectores expansivos, vital para la guerra, fue el de la minería y siderurgia; muchas explotaciones se nacionalizaron y el capital español reemplazó al extranjero. En Asturias se triplica el número de empresas hulleras y se ponen en funcionamiento nuevos pozos (ruinosos en la posquerra), pero sin embargo, no es suficiente para abastecer la demanda. El precio del carbón sube, proporcionando grandes ganancias, pero provoca una rápida inflación sobre las clases humildes. Una expansión similar se observa en la siderurgia vizcaína, que dobla sus exportaciones y refuerza notablemente sus altos hornos. La explotación del hierro y su exportación iban de la mano. De ahí la rápida expansión del sector naviero apoyada también en el alza de los fletes a causa de la guerra y la condición neutral del pabellón español ocasiona enormes beneficios a las empresas navieras. La guerra no se entiende sin el metal, y productos como el hierro vasco, el carbón asturiano y el plomo de Peñarroya (vinculado a su accionista Romanones y del que se exportan dos tercios del consumido en la guerra por la Entente), además del wolframio (un precio de 12.000 francos por cada tonelada métrica en 1916) para la fabricación de acero o la pirita onubense, imprescindible para la fabricación del cobre y la pólyora, de la cual se exportan seis millones de toneladas; todos ellos fueron recursos imprescindibles para los contendientes. Citar también la expansión de una naciente industria química y de la industria textil catalana, que accedió a mercados ingleses preferentemente. De igual modo, España también fue el principal abastecedor agrícola, con un crecimiento en la exportación de un 37% y un aumento de la producción agrícola, más por la rápida expansión de la superficie cultivada que por el crecimiento de los rendimientos; aunque sectores especializados como los cítricos se colapsaron debido a las dificultades en el transporte. A ello no era ajeno el mandato imperial de guerra total submarina a partir de 1917 y de los hundimientos alemanes en el Atlántico y Mediterráneo, cuando hasta la fruta fue considerada contrabando de guerra. Se estima que el coste de la guerra submarina para España en vidas humanas fue de cien víctimas, y la destrucción del 20% de nuestra marina mercante, con 65 embarcaciones afectadas y una pérdida oficial de 120.000 toneladas que se amplía a 200.000 si incluimos barcos españoles bajo otros pabellones. La fiebre exportadora elevó los precios, especialmente de los productos básicos, y estimuló la creación de nuevos negocios, fáciles, muchos de ellos especulativos y condicionados por el contexto bélico, hasta el número de 3.486 sociedades anónimas. Sí es visible el crecimiento empresarial hasta duplicar su número (12.700 entre 1916 y 1919), pero la mayoría de estas empresas no reinvierten sus beneficios sino que los derivan a la especulación. Como hemos visto, muchas empresas de la siderurgia vasca, la minería o las navieras solicitan la protección del estado en la posquerra, cuando la economía española había vuelto a su posición de partida. El intervencionismo estatal no era nuevo en la política económica. Desde 1917 se había establecido la nacionalización de industrias mineras y de defensa nacional. En 1920, cuando el mercado europeo tiende a normalizarse, la industria española ya no es competitiva internacionalmente y el proteccionismo, esa *subvención al subdesarrollo* en términos históricos, definió el papel del estado como agente capitalista. A eso se responde con la protección arancelaria de 1920 y un arancel ultra proteccionista poco más tarde, en 1922.

¿Cómo vivió ese escenario la población? En 1914, la población activa española es de ocho millones de personas, y más de la mitad se dedica la tierra. A pesar de la expansión fabril y exportadora, lo visible en las calles era el aumento de los precios, el desabastecimiento de productos básicos. Mientras se mantuvo la demanda exterior, la producción aumentó, incluso a pesar de la reducción de un mercado interno donde la inflación disminuía los salarios reales. Fue así en especial para los asalariados, obreros y empleados cuyos ingresos se basaban en una renta fija. Si bien es cierto que, en determinados sectores y oficios singularmente, los salarios subieron no lo hicieron en la misma media que los precios, que se duplicaron en términos generales entre 1914 y 1918, ni que los beneficios. Entre 1913 y 1918 el índice de precios ascendió de 100 a 218, mientras los salarios lo hicieron de 100 a 125. La protesta popular no tardó en aparecer y las denuncias de la pérdida de poder adquisitivo y depauperación fueron insistentes desde las organizaciones obreras, que crecieron de mano de la industrialización, hasta su cenit en la posquerra. Observemos algunos ejemplos de su progresión. UGT, que contaba en 1911 con 77.000 afiliados, los duplicó en 1919, con 160.480 afiliados y llegó a los 211.342 en mayo de 1920. El caso de CNT es más espectacular, si cuenta con 40.000 en 1916, supera los 100.000 afiliados en 1918 y en diciembre de 1919, en el Teatro de la Comedia, dio memoria de 550.000 afiliados. Como ejemplo, en 1919, en Barcelona, la tasa de afiliación a CNT sobre el censo laboral era del 50%. El 1 de julio de 1918, en el Congreso de Sants, la CNT había adoptado los sindicatos únicos de industria como modelo de organización y la acción directa como estrategia de lucha. Son años de intensa actividad huelguística, especialmente tras 1917, un fenómeno que también se registra a nivel europeo en 1919 y 1920. Sobre ello, dos observaciones. Una, respecto a su estimación: en las estadísticas oficiales no figuran huelgas consideradas como políticas, incluidas las generales. Otra, apuntar que, aunque la protesta va con retraso respecto al coste de la vida, una vez iniciada es creciente: si en 1918, se registran 463 huelgas en las que participan cien mil huelguistas; en 1919 serán 895 huelgas y ciento ochenta mil; y en 1920, alcanzan su techo con 1.060 huelgas y doscientos cincuenta mil huelguistas. Aumento de huelgas no equivale a triunfo. Era mucho más probable ganar una huelga en periodo de expansión que de recesión, como nos recuerda Tuñón, los obreros pierden muchas más huelgas en 1920 y ganan más que nunca en 1918. Con las Cortes cerradas y el estado de excepción desde febrero de 1919, la guerra se recrudeció en

Marruecos en un año en el que la economía española entraba en recesión. El fin de la guerra resituó a España en una condición subordinada y frágil. Por diferentes motivos, tanto empresarios como obreros veían peligrar su status y aumentaron sus reivindicaciones. En las zonas urbanas los obreros industriales seguían reclamando mejoras salariales mientras los patronos reaccionaron desencadenaron, en un contexto de reducción de demanda y beneficios, el cierre de empresas, lock-outs masivos que podían dejar en la gran ciudad a cien mil obreros en la calle, la negativa a emplear trabajadores afiliados, el desarrollo de sus propios sindicatos, el denominado sindicalismo amarillo o el Sindicato Libre, fuerza callejera de choque contra el obrerismo y que cometerá trescientos atentados con más de 150 víctimas entre 1919 y 1921. Era el terror blanco. Ese año, 1919, tanto el congreso de la CNT como la huelga de La Canadiense señalaron las máximas cotas del movimiento anarcosindicalista. La huelga en esta empresa eléctrica catalana, iniciada a causa de varios despidos, duró 44 días y paralizó el 70% de las industrias del 5 febrero al 19 marzo, en demanda de la jornada de ocho horas, readmisiones y de subidas salariales. Estuvo cargada de gran simbolismo, movilizó a más de cien mil trabajadores y fue esencialmente pacífica. Una demostración de lo que una organización perseverante y experimentada podía hacer con líderes como Salvador Seguí. El desenlace fue un triunfo para el sindicalismo en cuanto se consiguieron las demandas: el inicio de la aplicación de la jornada de ocho horas, las comisiones mixtas de empresarios y trabajadores para la fijación de salarios y el reconocimiento legal de la CNT. Pero algo prolongó el conflicto. La reacción de la patronal barcelonesa decretando el cierre empresarial y la exigencia de medidas represivas, llevó al capitán general de Cataluña, Milans del Bosch, a estimular el enfrentamiento negando la excarcelación de los sindicalistas presos ya reconocida por el gobierno de Madrid. Como resultado, abrió un agudo periodo de conflictividad huelguística y costó la dimisión de Romanones; la respuesta fue un cierre patronal en la ciudad durante todo el otoño de 1919. Desde noviembre, con doscientos mil obreros en la calle, la ciudad no recobraría su pulso económico hasta el nuevo año, 1920, pero la suspensión de las garantías constitucionales se prolongó hasta la primavera de 1922. La causa fue la ola de terrorismo urbano en forma de pistolerismo entre anarcosindicalistas y sicarios al servicio de la patronal. Una dialéctica de la violencia que no sólo repercutió de forma directa sobre la ciudad y su vida cotidiana, sino que escoró las fuerzas en liza a posiciones extremas. De una parte, convirtió Barcelona en un virreinato militar, ajeno a las decisiones de Madrid en muchas ocasiones (no quiero saber nada del gobierno, afirmaba Martínez Anido), animado por una la Ley de Fugas que, desde enero de 1919, ejecutaba tanto a los que huían como a los que no; de otra, impulsó el nacimiento de los grupos de acción dentro del sindicato, los de afinidad, elementos radicalizados resueltos al enfrentamiento armado (fuimos los reyes de la pistola obrera, como proclamaba el futuro ministro de Justicia anarquista, Juan García Oliver) y que no ocultaban su ambición por dirigir una línea sindical muy diferente a la de los posibilistas de la vieja guardia. Sobre el pistolerismo reseñar un factor económico. A partir de la huelga de marzo de 1919, los despidos aumentaron con mayor frecuencia. Parte de esos obreros, sin empleo, fueron contratados como delegados de taller –armados- para cobrar cuotas en el horario semanal. Con los cierres patronales y sin los jornales del sindicato, muchos pasaron a la delincuencia. Ya fuera la expresión de una guerra de clases, ya de una estrategia represiva que minaba tanto directamente al sindicalismo como lateralmente al catalanismo y al republicanismo (y eso era importante para el gobierno de Madrid), las cifras hablan de un escenario donde la violencia sectaria actuó de forma intensa. En la nómina de asesinados figuran Francisco Maestre, ex gobernador civil de Barcelona, conde de Salvatierra; el abogado Francesc Layret, ambos en 1920 y sindicalistas como Evelio Boal en junio de 1921, en la misma puerta de la prisión. El terror no era nuevo en Barcelona, pero sí a esa escala. Fue determinante en ello el giro que Dato, en el verano del 20, da hacia una solución autoritaria para afrontar a la cuestión catalana con el nombramiento gobernador civil de Barcelona, el general Severiano Martínez Anido y su jefe de policía, Miguel Arlegui. Ambos eran también organizadores del Sindicato Libre, que inspirado en el somatén, llegó a reunir hasta sesenta mil hombres armados, al amparo de la patronal y la Lliga. El nuevo gobernador, que se preciaba de ser un soldado, no un político, al tomar el cargo se mostró dispuesto a liquidar directamente a 675 sindicalistas de su lista. En 36 horas cayeron 21 dirigentes sindicalistas. En esos dos meses iniciales, fueron tiroteados 33 obreros, 10 policías, 3 patronos y cuatrocientos sindicalistas fueron encarcelados. Precisamente, su mandato coincide con el periodo de mayor violencia entre noviembre de 1920 y octubre de 1922: 40 atentados contra jefes y patronos, 56 contra la policía y 142 contra obreros. En dieciséis meses hay 230 víctimas de atentados. Martínez Anido sólo será destituido tras la pública denuncia de Prieto por su empeño de rematar a Ángel Pestaña en el hospital de Manresa donde se reponía de las heridas de sus pistoleros blancos. Un escándalo que formaba parte de una larga lista de maniobras terroristas, que incluían incluso el diseño de un atentado contra sí mismo. Según Javier Moreno Luzón, el balance del pistolerismo barcelonés entre 1919 y 1923, ofrece 868 atentados (con 311, por ejemplo, en 1921) y 523 víctimas (doscientos obreros y un centenar de patronos, de policías y de sicarios). En respuesta a la Ley de fugas, el propio presidente Eduardo Dato fue tiroteado en Madrid en mayo de 1921. La espiral continuó. También Salvador Seguí, el Noi del Sucre, el triunfador de la huelga de La Canadiense, el gran orador, caía asesinado el 10 de marzo de 1923 en el barrio del Raval. Con su muerte se perdía un patrimonio de negociación y de liderazgo que favoreció a la rama más radical de los grupos de acción, algo que el veto militar a una política gubernamental

más conciliadora ya reforzaba por sí mismo. A la tragedia le faltaba un último acto. Tres meses después de la muerte de Salvador Seguí, caía en venganza el 4 de junio de 1923, Juan Soldevila y Romero, cardenal y arzobispo de Zaragoza, tiroteado por Ascaso y Escartín, dos de Los Solidarios, un grupo distinguido por su audacia en atracos, atentados y fugas, al que también pertenecía Buenaventura Durruti entre otros. La significación del asesinato, un alto miembro del estamento eclesiástico, no pasó desapercibida y constataba hasta dónde podía llegar el odio de clase. No pocas conmociones a las que sumaba el peso de la reciente catástrofe en Marruecos. La mayor debacle en la historia del ejército español estaba por llegar en Annual en 1921 de la mano de uno de los favoritos del rey, el general Silvela, y causaría la muerte de más de diez mil soldados españoles. Para un país con letras destacadas en la historia de la incompetencia militar, la matanza recordaba que Marruecos seguía siendo una pesadilla colonial, una onerosa carga material y humana. Es más, en el centro de las responsabilidades se situaba el propio Alfonso XIII con documentos en los que impelía al propio Silvela a desoír las órdenes del Ministerio de la Guerra, pero la investigación quedó en papel mojado, especialmente tras el golpe militar. Ese mismo año, 1921, Ortega publicaba España Invertebrada, una denuncia sobre el vigor del particularismo y sobre la ausencia de una conciencia colectiva que nos construyera como nación, como un proyecto de futuro con capacidad integradora. En lugar de ello, respondía Ortega, existía una nación invertebrada, dividida entre una España oficial *moribunda* y otra *real* de las clases productivas, una España que tendía a la desintegración y dispersión. Y que condenaba siempre a cada generación de españoles a empezar de cero. Era, una vez más, el tradicional problema de la decadencia española y mito de muerte y resurrección.

El último intento democratizador en diciembre de 1922 fue el del liberal García Prieto fracasó. Era el canto del cisne del parlamentarismo. El 7 de diciembre de 1922 García Prieto formaba gobierno con Alba, Romanones, Chapaprieta, Alcalá Zamora... todos barridos con la anuencia de la corona cuando el 13 de septiembre de 1923, el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, proclamó, una vez más, el estado de guerra. En su manifiesto se proponía salvar a España de los profesionales de la política aparte de todos los tópicos regeneracionistas al uso. Así acababa el periodo constitucional, estrictamente civil y sin injerencia militar, más largo de nuestra historia. Cincuenta años. ¿Cómo valorarlo? No es extraño que la dictadura se originara en Barcelona, metrópoli y epicentro de todas las transformaciones y tensiones de la época. Era allí donde los costes sociales para la burguesía empresarial se habían incrementado en gran medida a causa de la violencia sectaria; también que en 1923 la crisis económica fuera manifiesta, tras alcanzar de lleno al país en los dos años previos. Todo ello diseñaba una situación que, a fuerza de mantener el estado de cosas, devino en excepcional. Así se creyó. Otra interpretación la

brinda Tuñón de Lara quien, sin embargo, señala como en el momento del golpe la oleada revolucionaria ya había cedido y que había signos de recuperación económica. No así política. En eso, la dictadura era manifestación de una crisis de hegemonía²⁷, en la que el sistema se destruía y deslegitimaba sin alternativa de reemplazo. Primo, para acabar con las malas prácticas del sistema, acabó con el sistema mismo articulado en torno a una constitución y unas instituciones. Fueron sacrificadas y no recuperadas. Tal vez eso es lo que llevara a Maura a calificar la dictadura como un salto en las tinieblas, un regreso al pasado más que una fórmula de futuro²⁸. Era un visionario cuando consideraba que el pronunciamiento produciría el fin de la Monarquía; una República; luego el caos; y después, claro, los militares. El caso no era diferente a la oleada autoritaria que recorría la Europa de Entreguerras (con el rey de Italia, el mismo Alfonso XIII se refería a Primo como mi Mussolini) con movimientos que durante la década de los 20 llevaron a países como Lituania, Italia, Polonia, Grecia o Hungría a instalar regímenes autoritarios. Mussolini había marchado sobre Roma en octubre de 1922 y el *pustch* de la cervecería de Munich encabezado por Hitler se iba a producir al mes siguiente del de Primo. Una de las consecuencias de la guerra es que desencadenó y reforzó esas tendencias antiparlamentarias y revolucionarias, para quienes la política fue la continuación de la guerra por otros medios, en la inversión de Clausewitz, y con la radicalización de sus discursos políticos expresados en diferentes ismos. La desigualdad material, entre otros factores, se traducía en polarización social e ideológica, en ese proceso conocido como brutalización de la política²⁹. Esto se tradujo en que las clases trabajadoras engrosaron partidos y sindicatos en favor de la revolución social mientras las propietarias se inclinaron al autoritarismo. Y lo hicieron sacrificando el parlamentarismo. Mark Mazower expresaba esa analogía de Europa como laboratorio sobre un gran cementerio en el que se entremezclaban las experiencias de las democracias liberales, el comunismo y el fascismo. Eran pruebas de que los efectos de la guerra no acababan con la firma de la paz y una de las paradojas de Versalles: que de la democracia, en teoría triunfante, quedaba poco en el mapa europeo apenas tres años después, con honrosas excepciones, como el laborismo británico en el gobierno; apenas cuatro países mantuvieron en funcionamiento sus instituciones democráticas durante el periodo. De cualquier modo, la dictadura puso de manifiesto que el pretorianismo no había desaparecido de la vida española y eso condicionó las cosas hasta la II República. Era una muestra, en definitiva, de la vigencia de la primacía del poder militar sobre el civil. Por algo se decía que si Cánovas metió a los militares en los cuartes, el 98 los volvió

²⁷ El concepto procedo de la teoría de la hegemonía de Antonio Gramsci.

²⁸ José Varela Ortega (2013): 147 y ss.

²⁹ El término aparece recogido por Álvarez Junco.

a sacar. Algo similar ocurrió con la dictadura de Primo. En 1923 la monarquía se identificó con la dictadura, y era de prever que cuando cayese ésta, también lo haría el propio rey. Es lo que ocurre con las instituciones que no respetan la neutralidad que las fundamenta. Revivía y creaba un precedente inmediato y cercano que conduciría hasta 1936, otro pronunciamiento más en la larga lista (nada más que dieciocho contaba Brenan en ese reinado isabelino) que tuvo por desventura acabar en guerra abierta. Pero eso es otra historia. La del prólogo en la reanudación de la llamada guerra civil europeay la de un país, como recordaba Albert Camus, en el que uno puede tener razón y ser derrotado.

Este ha querido ser un repaso a la historia de un país que afrontaba su modernización en una época apasionante, dinámica, rebosante de transformaciones y, por eso mismo, llena de dificultades. Pierre Vilar afirmaba que el historiador no es el hombre idóneo para los plazos cortos y en la perspectiva de estos cien años sí que observamos cómo las cosas han cambiado. Finalmente, los regeneracionistas tenían razón: había que europeizar España. Y el país de hoy poco tiene que ver con el de ayer. Sin embargo, el lector atento encontrará paralelismos en ese siglo de distancia, a veces sorprendentemente familiares, y que hoy siguen presentes en el debate público. El cuestionamiento del sentido y legitimidad de las instituciones políticas y representativas, desde la corona a los sindicatos, la corrupción endémica, la organización territorial del estado y la integración de Cataluña³⁰, la gestión de nuestra frontera sur africana, la carestía de la vida y el acusado aumento de la desigualdad, la polarización y la protesta social, la reactivación migratoria de nuestros jóvenes y la articulación de nuevos actores políticos en una sociedad de masas que en el siglo XXI ya es digital y global. Esos paralelismos también son un motivo de reflexión para saber de dónde venimos como país y como ciudadanos. Todas las páginas anteriores giran en torno al concepto de la modernización, de nuestra modernización. Esta tuvo una pluralidad de manifestaciones, muchas de ellas de ruptura, otras de reacción, que complicaron sobremanera el estado de cosas de un país aislado, pobre y tradicional. España era un país dual a muchos niveles, no sólo el económico como apuntaba Nicolás Sánchez Albornoz. Demostró que nuestro recién estrenado capitalismo dependía del escenario europeo y mundial y de sus ciclos, como sucedió entre 1914 y 1922, con sus fases de auge y de depresión³¹. En eso España no era diferente de otros países. Santos Juliá lo describe con

³⁰ Isaiah Berlin se refería al nacionalismo como la rama que rebrota tras pisarla.

³¹ Con todo, el camino de la modernización económica fue muy patuado, con notables diferencias regionales y ritmos dispares. Tras la crisis de posguerra de 1921-1922, la economía retornaba a sus tasas y a buen seguro hubiera seguido por ese camino de no mediar el corte histórico, ese hiato que suponen las dictaduras.

precisión: La sociedad comenzó el proceso de su gran transformación hacia la segunda década del siglo. Cambio demográfico, crecimiento de las ciudades, industrialización, alfabetización, proletarización, auge de la clase media y de la sociedad profesional, secularización, densidad cultural, investigación científica: todo eso estaba en marcha a buen ritmo desde la Gran Guerra (...) Se diría que mientras la sociedad se transformaba en el sentido de la modernización, la política se alejaba de la democratización³². La coyuntura de cambio de la guerra implicó esencialmente un relevo del poder oligárquico agrario por otro en ascenso, el capitalismo industrial. Eso en la cima de la pirámide social; en la base, fue ese mismo crecimiento de las fábricas a partir de 1915 el que hizo nacer los movimientos de masas –resueltos a combatir al mismo capitalismo que los creó. En eso la modernización tuvo un coste muy alto porque escindió la sociedad española en dos, con una clase asalariada que construía rápidamente su identidad frente a los propietarios. Una escisión de largo alcance. A ello contribuyó, sin duda, esa práctica de usar el ejército como fuerza policial que ya fue eliminada en Inglaterra a finales de la década de 1820. Hace cien años, mientras las huelgas de nuestros vecinos europeos acababan usualmente en reconocimientos y transacciones, en España lo hacían en baños de sangre. Poco espacio quedaba para la mediación. También retrataba a una institución que nunca gozó de popularidad entre la población (más desde las infaustas guerras cubanas y africanas; más con las altas tasas de prófugos y deserciones) y que no actuó como un factor de nacionalización, de pertenencia común al modo que sí lo hizo en otros países europeos. Otro aspecto notable, el de la intelectualidad y su compromiso con la sociedad española cobró gran relevancia. La guerra acabó por vincular estrechamente el pensamiento sobre el conflicto con la realidad política española³³ y forjó una militancia, una movilización cultural, que se extendería a los años 20 y 30. La primera Guerra Mundial certificó la llegada de una nueva era y el principio de un periodo de militancia ideológica y de una movilización política sin precedentes en Europa desde 1848. España no fue una excepción. Sin duda, la quiebra social producida por la guerra intensificó unas tensiones y conflictos latentes. En ese mundo cambiante, los gobernantes no pudieron o tal vez no supieron dar las soluciones adecuadas a una transición de un parlamentarismo cerrado y dinástico a otro abierto y democrático, que integrara nuevas fuerzas políticas y protagonistas sociales. Lo entiende así Santos Juliá cuando afirma que después de la Gran Guerra, muy pocos quedaban en España que confiaran en las posibilidades de la Monarquía constitucional si no se procedía a una reforma de la Constitución y a un cambio de las costumbres y

³² Santos Juliá et al. (2007): La España del siglo XX, Madrid, Marcial Pons, p.16

³³ Maximiliano Fuentes Codera (2014): esas citas en p.220 y p.34

actitudes políticas³⁴. En realidad, todos los países europeos tuvieron problemas en esa transición y hay que decir que no se culminó hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Pero la crisis de representación fue más grave en países como Italia o España. Junto a Alemania, habían vivido el estallido sus bienios y trienios bolcheviques, cuando el maximalismo revolucionario era pleno, en el momento y en la resolución. Los tres países tuvieron movimientos obreros tan fuertes como divididos tras las escisiones comunistas y en los tres triunfó el fascismo. Acaso hubo algo en nuestra modernización que nos empujó al autoritarismo. Eso es lo que sugería Barrington Moore Jr. en su obra Los orígenes sociales de la Dictadura y la Democracia. El Señor y el Campesino en la Formación del Mundo Moderno, cuando, en un estudio comparado, establecía una relación entre las vías de modernización de distintos países y los regímenes políticos que generaban. A tenor de los años 20 y 30, España no siguió la vía que desembocaría en la democracia liberal, caso de Inglaterra, sino la autoritaria y reaccionaria, encarnada en la Prusia de los terratenientes y cristalizada en el nazismo y el imperialismo japonés. Nuestras inercias en la acumulación capitalista de esos años y el comportamiento de los actores sociales no fundamentaron ni construyeron un escenario democrático. De esas tensiones políticas propiciadas por el capitalismo nos advertía Alan Wolfe al señalar la deseguilibrada relación entre la necesidad de acumulación, formidable en aquellos años para la elite económica liberal y la de legitimidad respecto al ejercicio del poder y la ampliación del espacio político, en ese proceso que llamamos democratización. En esa balanza, la acumulación siempre pesó más que la legitimidad y la tensión entre ambas se tornó inevitable. Y es en ella donde hay que buscar las claves del periodo y de nuestro país.

³⁴ Santos Juliá et al. (2007): p.20

1. ORIENTACIONES BIBLIOGRÁFICAS

Se ofrecen algunas sugerencias para que el lector interesado pueda ampliar y contrastar sus conocimientos sobre esta época apasionante que alberga muchas claves de la España actual. En el repertorio es inevitable referirse a esa generación de hispanistas que tuvieron la oportunidad de acercarse a nuestra historia para decir lo que los españoles no podían o no sabían. Obras como España, 1808-1975, de Raymond Carr, Historia de España, de Pierre Vilar; El laberinto español, de Gerald Brenan, o la Aproximación a la España contemporánea, 1898-1975, de Gabriel Jackson y que lector podrá encontrar en diversas reediciones o librerías de lance en ediciones entrañables. En nuestros días, la historiografía española cuenta con aproximaciones excelentes, como la de Santos Juliá, José Luis García Delgado, Juan Carlos Jiménez y Juan Pablo Fusi, La España del siglo XX, editada por Marcial Pons, y también notables ejercicios de síntesis como el de Julián Casanova y Carlos Gil Andrés, Historia de España en el siglo XX, editada por Ariel y de la que acaba de salir su versión inglesa, Twentieth-Century Spain: A History, en Cambridge University Press. Una referencia habitual en el ámbito universitario es el texto Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923), de los profesores Jover Zamora, Tortella Casares y García Delgado en la Historia de España dirigida por Tuñón de Lara para la editorial Labor. Una visión más actual, la de Javier Moreno Luzón, Restauración y Dictadura en el volumen nº7 de la *Historia de España* dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares, en Crítica/Marcial Pons. Por su parte, Carlos Seco Serrano firmó la obra Alfonso XIII y la crisis de la Restauración, editada por Ariel, el mismo tema presente en uno de los testimonios del periodo que abunda en la correspondencia y documentación política, *Así cayó Alfonso XIII*, de Fernández Almagro y Maura Gamazo, reeditado por Aldebarán. Otro clásico, ya revisado, es La crisis de 1917, de Juan Antonio Lacomba para Ciencia Nueva. Entre las monografías económicas del periodo, destacar una obra precursora que inauguró sus estudios, La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-1920 de Santiago Roldán y José Luis García Delgado que tuvo continuidad en España 1898-1936, Estructura y cambio. Uno de los estudios clásicos sobre el obrerismo es el de Manuel Tuñón de Lara, El movimiento obrero en la historia de España en Sarpe. Obra pionera y esencial conocer el ambiente del obrerismo en el agitado cambio de siglo es La Rosa de fuego, de Joaquín Romero Maura, reeditado por RBA, al igual que la obra de José Álvarez Junco, El Emperador del Paralelo, Lerroux y la demagogia populista. Una excelente aproximación a la historia del anarquismo y a los años del pistolerismo, en Tierra y Libertad. Cien años de anarquismo en España, coordinado por Julián Casanova y editado por Crítica. Una clara visión panorámica en España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución de Francisco J. Romero Salvado, editada por Crítica. Recientemente publicada, España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y traficantes, obra de Fernando García Sanz

para Galaxia Gutemberg, es una monografía de lectura ágil sobre las relaciones internacionales y diplomáticas y los personajes de la época. Algo similar ocurre con *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, de Maximiliano Fuentes Codera, en Akal, un estudio sobre la interacción del conflicto y de las dinámicas culturales del momento y el papel de la intelectualidad. Un meritorio artículo, el de Rubén Domínguez Méndez, *La Gran guerra y la neutralidad española: entre la tradición historiográfica y las nuevas líneas de investigación*, en la revista *Spagna contemporánea*, nº 34, de 2008. Uno de los más brillantes análisis sobre la evolución en las formas del poder a lo largo de nuestra historia, con referencias a la Restauración, a la que ya se había acercado con *Los amigos políticos*, es de José Varela Ortega, *Los señores del poder* en la editorial Galaxia Gutemberg. Y para terminar, una obra dirigida por Santos Juliá, *Violencia política en la España del siglo XX*, que el lector encontrará en Taurus.

THE EFFECTS OF THE FIRST WORLD WAR ON A CONMUNITY IN IRELAND.

Denis John Casey

The First World War or the Great War as it was known from 1918 up until 1939 is a subject as vast as it is important. Most people can remember the dates it occurred and maybe many of the battles that took place during its 4 year duration. It was the beginning of the end of the old European empires and the face of Europe was changed forever. The First World War began 100 years ago yet it is viewed by many people as a war belonging to a long and distant past. There are still people alive today, who lived during this war and many of us have heard stories of this time from our relatives, so it is not as distant as we may think. It brought people from all nationalities, from all over the world into conflict and though the main point of military engagement was in Europe there were many regions outside of Europe that experienced the horrors of battle. In Europe just before the war began most people saw themselves as living in a peaceful and prosperous time. There was a sense of the world moving forward into an era of social awareness and social responsibility. The summers were long and warm, yet behind this façade of contentment, plans were in place for a conflict that the world could never imagine possible.

I will not attempt to explain the reasons for the great calamity that descended over Europe or the motivations of nations leading up to the start of hostilities. I will instead talk about the human and social effects that the First World War brought about in two small towns separated by 8 kilometres and

situated in the north of Ireland in the county of Armagh. These towns have particular meaning to me as they were the home towns of my Mother and Father and my extended family. The towns of Lurgan and Portadown were more or less the same size and with a population of 12,000 residing in each.



Lurgan, 1910

These two closely connected towns can be seen as an example of many small communities throughout Europe. They represent ordinary people with ordinary lives. They were market towns supplying the local region with essential goods and within both towns there was a linen manufacturing industry, giving employment to the local population. Agriculture



Portadown 1910

was another very important element in the prosperity of Lurgan and Portadown and many workers were employed in this area.

I will however explain some of the specific aspects of the political and religious background to the situation in Ireland leading up to the beginning of the First World War and how the people of this region viewed being part of the armed forces of Great Britain. Ireland has always supplied a greater than average number of young men to the armed forces of Great Britain. During the years of the expansion of the British Empire, Irishmen have fought in every corner of the world, doing so for many reasons. They enlisted for adventure, love of fighting, employment and for the security of food and clothing supplied to them as soldiers and sailors. They gained a reputation as fearless soldiers and during the 19th century made up to almost 40% of the armed forces of Great Britain. Their contribution to the creation of the British Empire cannot be underestimated.

Ireland in 1914 was a very volatile country and there was a movement in the British parliament to give Ireland more power to govern itself, by means of a Home Rule Bill. The religious divide between Catholic and Protestants over the question of self-government in Ireland was extremely bitter, Catholics wanting it, as it would place them and the Catholic Church in an advantageous political position. The Protestants were opposed to it as it would undermine their influence, control and religious freedom and cede to the Catholic majority an unacceptable degree of power. Armed men on both sides of the political and religious divide formed two opposing forces, numbering hundreds of thousands of individuals. These two groups were known as The Ulster Volunteer Force (UVF) a protestant run organization and The Irish National Volunteers, a Catholic led organization. The Great War came about at a time when tensions between the two sides looked likely to spill over into all-out civil war. Great Britain asked Ireland for military volunteers and Ireland, after some soul searching answered the call to go to war, in Europe and beyond.



The Royal Irish Fusiliers

War was declared in August of 1914. Lurgan and Portadown supplied men to two local regiments, The Royal Irish Fusiliers and the Royal Irish Rifles.

The first was a totally protestant battalion known as the 9th battalion Royal Irish Fusiliers and made up of men from the Ulster volunteer Force who had trained together for two years in

opposition to Home rule. There was an overwhelming response from the men of these two towns both Catholic and Protestant to enlist in the British army and nowhere in the whole of the British Empire was the number greater per percentage of the population. These men volunteered for a number of reasons. They wanted to display their loyalty to the British government in respect to opposition or agreement to the Home Rule Bill, depending on their point of view. Many enlisted for the same reasons that many Irish soldiers had done so in the past. The word on the street was that this war would be over by Christmas and 2500 men in Lurgan alone had been enlisted within 3 days of recruitment beginning. No one wanted to miss this opportunity to display their own personal courage and their loyalty to their beliefs.

A spirit of euphoria for this war was felt in the two towns; they had done more than most to supply the army with strong, eager and willing soldiers for the perceived cause of freedom. There were a number of Lurgan and Portadown men already in the British army before the war began in August 1914 and they were in the front line of troops deployed in France at the start of hostilities. So while the new recruits were being trained, these local professional soldiers were in the trenches as part of the BEF (British Expeditionary Force). The casualties began to mount up as the war progressed and the telegrams to the families of these professional soldiers began to pour in. The numbers of dead, wounded or missing was small at first and as the war dragged on a steady flow of these casualties became the norm. The families of these early casualties bore their loss with a sense of pride as they were regarded as heroes.

With the high number of men at war, the local industries required workers to take their places and women began to fill the vacancies. They proved to be a good and effective alternative to the previous male workforce. The production of war supplies was required and Lurgan and Portadown did their bit to feed the war effort. Linen was needed to make the outer shell of new airplanes and

for the repair of damaged aircraft. Lurgan and Portadown workers set about meeting the increased needs of the war effort over the years of 1914/15.

By the spring of 1916 it was seen in the circle of military leaders both French and British generals, that a big push against the Germans was required to bring the war to an end. Two years of constant battle for no gain had taken its toll on the nations. The war on the western front was at a stalemate and opposing sides faced each other along a front extending from the Belgian coast to the border of Switzerland, the steady drain of soldiers killed continued. Lurgan and Portadown experienced the loss of loved ones, just like all other towns throughout Britain and most of Europe. The people remained faithful to the course of the war and worked hard to support the demands made upon them.

The summer of 1916 was a turning point for the people of Lurgan and Portadown.

The new recruits from these towns had been trained and without doubt the best prepared soldiers in the British army. These men did however lack experience and the trench life was an awakening to the appalling conditions that soldiers at the front faced. (It is interesting to note that in Ireland, conscription was not enforced as it was in the rest of Great Britain and as such all Irishmen enlisting in Ireland were volunteers). The men from Lurgan and Portadown formed part of the 36th Ulster division, dug in along the battle front of the Somme River. After 7 days of heavy bombardment of the German lines and at 07:30am on the morning of the July the 1st 1916, men from every street in Lurgan and Portadown left the trenches and attacked the German lines, each soldier carrying 30kgs of equipment over the open ground of no man's land. The bombardment of the previous 7 days was intended to destroy the German defences along the front and render the Germans unable to mount a defence.

The sad truth of this miscalculation became apparent soon after the first wave of soldiers walked across the open ground. The barbed wire defences were not destroyed and soldiers were held up in no-man's land. This was when the first use of the term «the killing fields» was coined. British soldiers walked into a hail of machine gun fire and were cut down like wheat in the harvest. The soldiers of the Ulster division which included most of the men from Lurgan and Portadown suffered terrible casualties and in the space of a few hours lost most of their number to the defending German forces. They did however achieve their objective and captured the important stronghold of the Schwaben Redoubt which was one of bitterest fought actions of the battle.



The battle of the Somme

The battle of the Somme carried on for months and more and more men were lost. Back in Lurgan and Portadown news of the great loss of life began to filter through to the families of soldiers at war. By the 7th of July the telegrams stating the death or lost in action or missing, began to arrive in the two towns. It was called the «Black Week» as nearly every family had lost a father, a husband, a son or a brother. There was not a street in either town that was not affected by this horrific loss of life. The telegrams informing families of their loss were delivered by young post office workers of 15 or 16 years of age. No study has ever been conducted as to the effects that delivering and witnessing the sorrow of those receiving these telegrams had on these young people over the weeks and months, but one can imagine. This was the true cost of war and the slaughter continued for two more years.

Eventually the war was brought to an end on November the 11th at 11am. An armistice was signed and the cost in terms of human life was calculated. In all the history of mankind it is said by many historians that the level of horrific conditions that these soldiers endured during these four years of war had never been experienced before and perhaps never again.

By the end of the Great War the people of both towns had suffered immense loss and the attitude towards the war had changed, they felt betrayed and abused. The people had believed the propaganda put out by the media and had felt that those who went to war did so for a noble cause. The soldiers who survived death returned over the coming months and all of those that returned had been changed by their experiences; many had been wounded and left disabled. There were many victims of shell shock and many of the able-bodied were suffering from alcoholism. All had been affected by the conditions they had endured in



Portadown War Memorial

the trenches. These men came back home after four years of fighting to find that they had no jobs and the land that was meant to be fit for heroes did not exist. The sense of outrage was clear among the people.

Monuments were built to remember the dead and to help boost pride and to remember the sacrifices of those who served and those who died from the towns of Lurgan and Portadown. The War Memorials of both towns listed the names of the dead on bronze plaques and it is seen on the war memorial of Portadown, the names of the dead are not listed in alphabetical order but listed under the street names where they lived, this is the only War Memorial in the world to display the lost by this means.



Lurgan War Memorial

Women were left widows, surviving on a small pension and raising children without a father. Mothers and Fathers had lost their sons, sisters their brothers. Many women went on to marry unsuitable husbands in an attempt to secure a financial basis for their children's future. The women who could not

find husbands were denied the opportunity to be mothers and wives and formed a generation of maiden aunts. The consequences of the Great War left the communities of Lurgan and Portadown despairing and in many cases bereft of the normality of family life and the emotional security that comes from that.

Soon after the war: Ireland went on to be divided into two separate countries and in the south the Republic of Ireland was formed from 26 counties, leaving 6 counties in the north to be known as Northern Ireland.

It can be argued that many things changed for the better in Britain after the Great War. The women of Lurgan and Portadown gained a place in the workforce and thus they became more financially independent. The vote for women campaign before the war was unlikely to be adopted as women were regarded as less than able to contribute to the economy; the war effort of women proved this wrong and one of the major impediments to the vote for women was thus removed.

The development of overall technology was boosted by the need to advance weaponry effectiveness. Systems in manufacturing to improve productivity boosted output and profits for business. The medical advances and experience learned in trauma treatment in the war no doubt saved many lives in the future. The political landscape was altered with the workers unions and its leaders being introduced into the political forum and we see today that change. Social provision for the needy was placed in the hands of government as opposed to charitable bodies. We may never be able to fully assess the changes that the Great War helped create but there are no doubts that in terms of history it was an epoch in man's consciousness.

The Legacy of the Great War for the people of these two towns was felt for many years. The population went on to suffer through the great depression of the 20s and 30s resulting in the loss of employment in all sectors of the economy and when the prospect of another war appeared in the mid to late 30s there was understandable reluctance to be drawn into it.

The loss of a generation of young, healthy and eager men from the gene pool during the years between 1914 and 1918 cannot be fully estimated, but it is clear that many of the finest examples of manhood disappeared over those four years of slaughter.

This snapshot of a community coming to terms with the tragedy of the Great War is a reflection of the many communities throughout the British Empire that sent its men to war. There is no doubt that other countries felt the full weight of total war and suffered as bad or even worse an outcome as a consequence of

the slaughter. Russia and its huge population experienced revolution and installed a new political and social system. Europe ceased to be the driving force in the world.

The United States, who entered the war in 1917, took up the mantle of a super power and played a greater role in world affairs. The effects of the peace treaty at Versailles laid down the building blocks of the Second World War. The League of Nations which was formed as a direct consequence of the First World War, became the forerunner of the United Nations.

When considering the effects of the First World War we only have to look at the level of death amongst the combatants and the scale of the number of soldiers involved, only 2% of these were professional soldiers, the rest ordinary people in society. We can only imagine the loss to the world of Artists, Poets, inventors, discoverers and all the other possibilities that we the human race respect and regard.

Both my Grandfathers served in the First World War. One was an infantry soldier with the Royal Irish Fusiliers who served for 2 years on the Western front. He became a professional soldier after the war and spent 36 years in the regular army, He served in many different countries and wars and as luck would have it, was never wounded. He lost 3 brothers and 2 half-brothers in the First World War. My other Grandfather was a driver operating vehicles, delivering men and supplies to the front for 4 years. He was wounded in 1918 and had a piece of his skull removed and a metal plate put in its place. He died 40 years later from a brain injury caused by this metal plate. Perhaps he was one of the last casualties of the Great War.

It is an interesting thought, as to what the world would be like today had the First World War not taken place, I suspect that we would be living in a very different world if this was the case. It is quite possible that here in Spain that the Civil war in 1936 would not have taken place as there might not have been Communism or Fascism in Europe.



Thiepval monument to the 72,000 men from the battle of the Somme with no known grave

Traducción:

LOS EFECTOS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL EN UNA COMUNIDAD IRLANDESA

Por Leonor Villafruela Pardo

No intentaré explicar las razones del gran desastre que se cernió sobre Europa o las motivaciones de las naciones que lideraron el comienzo de las hostilidades. En lugar de eso, hablaré le los efectos humanos y sociales que la Primera Guerra Mundial trajo a dos pequeñas ciudades, separadas por 8 kilómetros de distancia, y situadas en el Norte de Irlanda, en el condado de Armagh. Estas ciudades son particularmente entrañables para mí porque en ellas nacieron mi madre, mi padre y gran parte de mi familia. Las ciudades de Lurgan y Portadown tenían más o menos el mismo tamaño y cada una contaba con una población de 12.000 habitantes. Estas dos ciudades, estrechamente conectadas, pueden considerarse un ejemplo de las muchas pequeñas comunidades existentes a lo largo de Europa. Ellas representan a la gente común con vidas normales y corrientes. Eran ciudades mercado que abastecían a la región con productos básicos y había una importante industria de manufacturación de lino en ellas, que daba empleo a la población local. La agricultura constituía otro elemento muy importante para la prosperidad de Lurgan y Portadown y muchas personas trabajaban en este sector.

Irlanda en 1914 era una región muy inestable y había un movimiento en el parlamento británico para conceder a Irlanda más poder de autogobierno por medio de la Ley «Home Rule». La división religiosa entre católicos y protestantes sobre la cuestión del autogobierno de Irlanda era extremadamente virulenta. Los católicos la querían porque les colocaba a ellos y a la iglesia católica en una posición política ventajosa. Los protestantes se oponían a ella porque socavaba su influencia, control y libertad religiosa, y cedía a la mayoría católica un grado de poder inaceptable. Hombres armados de ambos bandos de la división política y religiosa formaron dos fuerzas opuestas, que contaban con miles de individuos. Estos dos grupos fueron conocidos como «Las Fuerzas de Voluntarios del Ulster», una organización regida por protestantes, y «Los Voluntarios Nacionalistas Irlandeses», una organización liderada por católicos. La Gran Guerra vino en

una época en la que las tensiones entre los dos bandos parecían abocadas a una guerra civil total. Gran Bretaña pidió a Irlanda voluntarios para el ejército y ésta, tras autoanalizar su situación, contestó a la llamada de guerra en Europa y más allá.

La guerra fue declarada en Agosto de 1914. Lurgan y Portadown proporcionaron hombres a los dos regimientos locales: «The Royal Irish Fusiliers» y «The Royal Irish Rifles». El primero era un batallón totalmente protestante conocido como el noveno batallón de The Royal Irish Fusiliers y compuesto por hombres de «Las Fuerza de Voluntarios del Ulster», que habían entrenado juntos durante dos años en oposición a la ley «Home rule». Hubo una abrumadora respuesta de los hombres de estas dos ciudades, tanto católicos como protestantes, para alistarse en el ejército británico y en ningún lugar de imperio de Gran Bretaña hubo un porcentaje mayor de población engrosando las filas del ejército. Estos hombres se ofrecieron voluntarios debidos a varias razones. Querían mostrar su lealtad al gobierno británico con relación a su oposición o apoyo a la ley «Home rule», dependiendo de sus puntos de vista. Muchos se enrolaron por las mismas razones por las que muchos soldados irlandeses lo habían hecho en el pasado. En las calles se decía que esta guerra acabaría por Navidad y solo en Lurgan 2.500 hombres se alistaron en los tres primeros días de reclutamiento. Nadie quería perderse esta oportunidad de mostrar su valor y su lealtad a sus creencias.

Debido al gran número de hombres que fueron a la guerra, las industrias locales necesitaban trabajadores y las mujeres empezaron a ocupar las vacantes. Ellas proporcionaron una buena y efectiva alternativa a los anteriores trabajadores masculinos. Lurgan y Portadown contribuyeron con parte de su producción al esfuerzo de provisiones requeridas para la guerra. Se necesitaba lino para la cubierta exterior de los nuevos aeroplanos y para reparar las aeronaves dañadas. Los trabajadores de Lurgan y Portadown se esforzaron por cubrir las crecientes necesidades del esfuerzo bélico durante los años 1914 y 1915.

El verano de 1916 supuso un punto de inflexión para las gentes de Lurgan y Portadown. Los nuevos reclutas de estas dos ciudades finalizaron su entrenamiento y sin duda eran los soldados mejor preparados del ejército británico. Sin embargo, estos hombres carecían de experiencia y la vida de trincheras fue un despertar a las horribles condiciones a las que se enfrentaban los soldados en el frente. (Es interesante resaltar que en Irlanda, el reclutamiento no fue forzado como en el resto de Gran Bretaña por lo que todos los irlandeses alistados eran voluntarios). Los hombres de Lurgan y Portadown formaron parte de la 36ª división del Ulster, atrincherada a lo largo del frente de batalla del rio Somme. Después de 7 días de intenso bombardeo de las líneas alemanas, a las 7:30 de la mañana del 1 Julio de 1916, hombres de todas las calles de Lurgan y Portadown dejaron las trincheras y atacaron a las líneas alemanas, avanzaron

campo abierto en tierra de nadie llevando cada uno 30 kilos de equipamiento. Los bombardeos de los 7 días anteriores tenían la intención de destruir las defensas alemanas a lo largo del frente y dejar a los alemanes sin la posibilidad de organizarse.

Cuando la primera oleada de soldados caminó campo abierto, la triste verdad de este error de cálculo se hizo pronto evidente. Las alambradas de espinos de las defensas alemanas no fueron destruidas por los bombardeos como se pensaba y los soldados quedaron retenidos en tierra de nadie. Aquí fue cuando se acuñó por primera vez el término de «campos de matanza». Los soldados británicos caminaron bajo una lluvia de fuego de ametralladoras y sus vidas fueron cortadas como el trigo en tiempos de cosecha. Los soldados de la división del Ulster en la que se encontraban la mayor parte de los hombres de Lurgan y Portadown sufrieron un terrible número de bajas y en un espacio de unas pocas horas perdieron a la mayor parte de sus efectivos frente a las fuerzas defensivas alemanas. Sin embargo, alcanzaron su objetivo y capturaron el importante bastión de Schwaben Redoubt en la- que fue una de las más encarnizadas luchas de la batalla.

La batalla de Somme continuó durante meses y muchos más hombres cayeron. En Lurgan y Portadown la noticia de la gran pérdida de vidas comenzó a filtrarse a través de los familiares de los soldados que estaban en la guerra. El 7 de Julio, los telegramas que comunicaban la muerte o la desaparición en combate empezaron a llegar a las dos ciudades. Se le llamó «La Semana Negra» ya que casi todas las familias perdieron un padre, un marido, un hijo o un hermano. No hubo ni una sola calle en ninguna de las dos ciudades que no se viera afectada por esta horrorosa pérdida de vidas humanas. Estos telegramas que informaban a los familiares de sus fallecidos eran entregados por jovencísimos trabajadores de la oficina de correos de entre 15 y 16 años de edad. No se ha hecho nunca un estudio sobre el efecto que produjo en estos niños el presenciar durante meses el dolor de aquellos que recibían estos telegramas de sus manos, pero uno puede imaginárselo. Este fue el verdadero coste de la guerra y la matanza continuó durante dos años más.

Para cuando llegó el final de la Gran Guerra, las gentes de ambas ciudades habían sufrido inmensas pérdidas y la actitud hacia la guerra había cambiado. Se sintieron traicionados y abusados. La gente había creído a la propaganda difundida por los medios y pensaban que los que iban a la guerra lo hacían por una causa noble. Los soldados que sobrevivieron a la muerte volvieron durante los meses siguientes transformados por estas experiencias. Muchos habían sido heridos y quedaron inválidos. Hubo muchas víctimas de impactos de obuses y muchos de los que aun estaban en buenas condiciones físicas padecían alcoholismo. A todos les afectaron las duras condiciones que tuvieron que

soportar en las trincheras. Los que volvieron a casa, tras los cuatro años de guerra, se encontraron sin trabajo. Se fueron con la promesa de que a su vuelta encontraría una tierra llena de oportunidades que les recibiría como héroes, pero no fue así. El sentimiento de indignación era claro entre las gentes.

Se construyeron monumentos para recordar a los muertos y ayudar a levantar el orgullo. Las ciudades de Lurgan y Portadown también erigieron sendos memoriales de guerra para recordar el sacrificio de sus ciudadanos que sirvieron en la guerra y de aquellos que cayeron en ella. En estos monumentos se escribió una lista de los nombres de los muertos en placas de bronce. El memorial de guerra de Portadown es el único en todo el mundo donde los caídos no aparecen por orden alfabético sino según los nombres de las calles donde vivían.

Muchas mujeres quedaron viudas y tuvieron que sobrevivir con pequeñas pensiones y criar a sus hijos sin un padre. Muchos padres y madres perdieron a sus hijos; hermanas, a sus hermanos. Muchas viudas jóvenes se vieron forzadas a volver a casarse en un intento de asegurar económicamente el futuro de sus hijos. Dada la escasez de hombres, muchas mujeres se casaron con maridos inapropiados, y a las que no pudieron casarse se les negó la oportunidad de ser madres y esposas, y formaron una generación de tías solteras. Las consecuencias de la Gran Guerra llevaron a las comunidades de Lurgan y Portadown a la desesperación, y las despojaron de la normalidad de la vida familiar y de la seguridad emocional que ella trae consigo.

Se puede argumentar que muchas cosas cambiaron para mejor en Gran Bretaña tras la Gran Guerra. Las mujeres de Lurgan y Portadown consiguieron formar parte de la población trabajadora, lo que les otorgó una mayor independencia económica. La campaña por el voto femenino antes de la guerra era impensable, ya que se consideraba que las mujeres no podían contribuir a la economía. Pero las mujeres demostraron su valía con el esfuerzo que realizaron durante la guerra y tras ella, disipando así el mayor de los impedimentos para lograr su derecho al voto.

El legado de la Gran Guerra para las gentes de estas dos ciudades se dejó sentir durante muchos años. La población continuó sufriendo durante la gran depresión de los años 20 y 30 en los que se perdieron muchos puestos de trabajo en todos los sectores económicos, y cuando la posibilidad de otra guerra apareció a mediados de los años 30, hubo una comprensible reticencia hacia ella.

Este panorama de cómo una comunidad asumió la tragedia de la Gran Guerra es un reflejo de las muchas comunidades a lo largo del imperio británico que enviaron a sus hombres a la guerra. No hay duda de que los otros países

sintieron el peso de la guerra y sufrieron tanto, o incluso más, el resultado y las consecuencias de la matanza. En Rusia su enorme población experimentó una revolución e instauró un nuevo sistema social y político. Europa dejó de ser la fuerza impulsora del mundo.

Mis dos abuelos sirvieron en la Primera Guerra Mundial. Uno fue un soldado de infantería de «The Royal Irish Fusiliers», que sirvió durante dos años en el frente occidental. Se convirtió en un soldado profesional después de la guerra y pasó 36 años en el ejército. Sirvió en muchos países y luchó en varias guerras, pero afortunadamente nunca le hirieron. Perdió a tres hermanos y dos hermanastros en la Primera Guerra Mundial. Mi otro abuelo condujo vehículos que transportaban hombres y provisiones para el frente durante los cuatro años de la guerra. Fue herido en 1918 y tuvieron que quitarle un trozo de cráneo y sustituirlo por una pieza de metal. Murió 40 años después, a causa de una lesión cerebral ocasionada por esta pieza de metal. Quizás sea la última baja de la Gran Guerra.

Es interesante pensar en cómo el mundo sería hoy si la Primera Guerra Mundial no hubiese tenido lugar. Yo imagino que, de ser así, viviríamos en un mundo muy diferente. Posiblemente la Guerra Civil Española no se habría producido pues, quizás, el Comunismo y el Fascismo no habrían surgido en Europa.

LA GRAN GUERRA: EL FIN DE UN MUNDO

Mario López Martínez

La Primera Guerra Mundial tiene una trascendencia que va mucho más allá de los aspectos políticos o económicos. Fue una catástrofe de tal intensidad, con tantos aspectos involucrados que supone un auténtico punto de inflexión, un corte en nuestra civilización. Causó tal conmoción que los contemporáneos de la guerra tienen una clara sensación de que están asistiendo al final de una era, de una forma de vivir.

Joseph Roth, quizá el escritor que mejor nos ha transmitido la decadencia vital del imperio austro-húngaro, en su novela *La cripta de los capuchinos*, cuya acción transcurre en torno a la época de la Gran Guerra, escribe, refiriéndose al conflicto bélico que acaba de tener lugar que la Gran Guerra se empieza a llamar Guerra Mundial y con razón, afirma, no porque haya afectado a todo el mundo, sino porque ha supuesto «el fin de un mundo: nuestro mundo». Y este sentimiento, al fin y al cabo subjetivo, incluso teñido de melancolía por la sensación de pérdida, ha sido objetivado por los que han estudiado la guerra desde un punto de vista histórico. Así, George Kennas se refiere a esta guerra como «la catástrofe originaria del siglo XX». El siglo XX, en un cierto sentido, se construye sobre las ruinas, los muertos, el sufrimiento y el horror causados por la contienda.

Ante la extensión y profundidad de tal sentimiento, debemos preguntarnos por qué marcó de manera tan determinante la conciencia de nuestro mundo, de toda la cultura occidental. Desgraciadamente la destrucción y el horror no han sido excepcionales en el devenir histórico, por eso vamos a reflexionar sobre las características de la Gran Guerra y de su época histórica que nos permitan entender con más claridad una huella tan profunda.

En primer lugar hay que partir del hecho de que esta guerra fue especialmente destructiva. La catástrofe adquirió una magnitud descomunal, las cifras desnudas hablan por sí solas y hacen palidecer las cifras de los conflictos anteriores. Aunque no hay un acuerdo total, estamos hablando de, al menos, diez millones de muertos en cuatro años. Pero, además, se unen otras

circunstancias que dan a esta cifra, ya por ella misma brutal, un carácter más impactante, que ayudan a crear esa sensación de que algo muy importante ha terminado.

Debemos tener muy presente que se trata de un tipo de guerra distinto a todo lo conocido hasta entonces. La guerra de trincheras, que es sin duda la imagen más definitoria de la Gran Guerra, creaba unas condiciones de vida especialmente crueles: los soldados vivían encerrados largo tiempo en unas zanjas que se convertían en cloacas inmundas, comidos por las ratas y los piojos, sometidos a bombardeos que, aparte de la destrucción brutal que ocasionaban, creaba en los soldados la sensación de estar atrapados en unos agujeros que se podían convertir en su tumba, sin poder vislumbrar una escapatoria, esperando sólo a que el oficial diera la orden de lanzarse a cuerpo descubierto contra una cortina de fuego que les destrozaba y sin conseguir apenas avanzar. O como tan bien han descrito los versos de Owen: «El poco aire que permanecía apestaba, viejo, y ácido / con humo de obuses y el olor de hombres / que habían vivido allí años, y que dejaron su maldición / en aquel lugar, / si no sus cadáveres...»



Trincheras

Y es que una de las causas de tan elevado número de bajas es que, mientras la técnica había dado a los ejércitos una capacidad destructiva sin precedentes (cañones de largo alcance, ametralladoras...) seguían empleándose tácticas obsoletas, propias de ejércitos decimonónicos. Todo se basaba en ataques en oleadas frontales sobre unas defensas mucho más eficaces. Apenas podemos llamar batallas a esos enfrentamientos. Las trincheras se convierten en auténticas

trituradoras de carne. La batalla de Verdún causa quinientos mil muertos franceses y cuatrocientos cincuenta mil alemanes. Los hombres caen de forma masiva ante las alambradas y el fuego de cañones y ametralladoras, es la muerte industrializada. Se trata de atacar sin tener en cuenta el coste en vidas de esos ataques, hasta el punto de que el capitán De Gaulle habla de una «concepción metafísica de la ofensiva a cualquier precio.»

Desde muy pronto, y en contra de lo que cuenta la propaganda, los oficiales se dan cuenta de que va a ser una guerra no sólo larga, sino lo que se llama una guerra de desgaste. Desgaste de material, ganará, por tanto, el que sea capaz de producir más armas y material que el enemigo para ir sustituyendo lo destruido. Pero también de desgaste de hombres, aunque sea una forma eufemística de decir que es un tipo de guerra en la que se cuenta con un número de bajas altísimo. En principio se pueden sustituir sin graves consecuencias militares, lo que llevará a no tener en cuenta estas bajas, pero a la larga se convertirá en el más grave problema de ambos ejércitos. Los hombres no se pueden producir en las cadenas de montaje de las nuevas industrias.

Además, con estas tácticas apenas se consiguen objetivos militares. En la ofensiva del Somme los británicos sufren ochocientos mil muertos, y todo para ganar apenas doscientos cincuenta kilómetros cuadrados sin ningún valor estratégico. El primer día de la ofensiva sufren sesenta mil muertos. En 1917, el intento británico de conquistar el saliente de Yprés les cuesta ciento sesenta mil víctimas, para conseguir seis mil kilómetros cuadrados. Las durísimas pérdidas se hacen incluso más difíciles de soportar para los soldados ante la evidencia de la inutilidad del sacrificio.



Muertos en la Batalla del Somme

Quizá por ello, frente a la imagen más épica del heroísmo y el valor, el prototipo que ha permanecido es el de los generales y oficiales totalmente indiferente a esta inmensa masacre, que envían a sus hombres a una muerte segura sólo por colgarse una medalla. Responden a este prototipo el general Mireau (inspirado en un personaje real, el general Réveilhac) de la película *Senderos de gloria* de Kubrick, o el Teniente Pradelle de la novela de Lemaitre *Nos vemos allá arriba*. Esta imagen cuaja a pesar de que las oleadas de ataque desde las trincheras siempre se lanzaban con un oficial al frente que, por lo tanto, corría incluso más riesgo que sus soldados.

Tal empecinamiento de unos generales sin ninguna capacidad de autocrítica en mantener estas tácticas que, desde un punto de vista estrictamente militar, se demostraban ineficaces, sólo puede ser explicado por un conjunto complejo de causas, no se puede despachar como una mera cuestión de cabezonería o indiferencia. Entre ellas, resulta muy significativa la causa social que han señalado, sobre todo, historiadores ingleses. En efecto, los ejércitos aún conservaban ciertos resabios de una oficialidad aristocrática. Había muchos generales y altos oficiales que pertenecían a las clases altas y hacían gala de displicencia aristocrática cuando no desprecio por los soldados, mayoritariamente de clases bajas. Un buen ejemplo de todo esto en el ejército inglés fue el general Haig, quien se negaba a sustituir las oleadas frontales que cada vez tenían más detractores entre los oficiales por su inutilidad y alto coste en vidas, por ataques laterales o nocturnos debido a la supuesta incapacidad de unos soldados sin formación para poder orientarse en el campo o llevar a cabo tácticas más complejas. No llegó a reconocer su error ni siguiera cuando, al ser sustituido, otras formas de atacar que permitían que los soldados pudieran protegerse, no sólo evitaban bajas sino que resultaban más eficaces.

Pero el resultado fue unos frentes que apenas se movían, por lo que cuando hablamos de esos millones de muertos nos referimos, en su inmensa mayoría, a combatientes. Las bajas de civiles no pueden compararse con las causadas, por ejemplo, por los bombardeos a ciudades durante la II Guerra Mundial. Es decir, las bajas fueron fundamentalmente jóvenes. No es exagerado hablar de una generación perdida. Sin duda esto ha de marcar a una sociedad. De una forma abrupta, la generación joven desaparece, y con ella desaparece la capacidad de una sociedad de mirar al futuro con ilusión y esperanza. Una imagen de esta pérdida nos la puede dar la generación de jóvenes poetas ingleses muertos en el conflicto, que han pasado a la historia como los «poetas muertos», entre los que figuran poetas como Wilfred Owen, E. A. Mackinstosh, Edward Thomas, Isaac Rosenberg etc.

La mezcla entre la enorme capacidad destructiva de las armas usadas y (aunque pueda chocar), el gran desarrollo de la medicina ocasionará otro de los aspectos más terribles de la destrucción de la Gran Guerra. Estos dos factores unidos harán que los países beligerantes se llenen de una ingente cantidad de heridos y lisiados. Muchos de ellos sufriendo unas mutilaciones brutales, que en otras épocas les habrían causado la muerte. Ellos se convertirán en el recordatorio permanente para todos, especialmente para los que no lucharon, de la crueldad de la guerra y de lo inapropiado, casi obsceno de interpretaciones heroicas de la guerra. Es muy significativa la presencia en la imagen popular de la guerra de los soldados con horribles mutilaciones en el rostro, los conocidos en Francia como los Gueules Cassé.



Gueules Cassé

Sin duda, también acentuó el efecto de la guerra, de su destrucción, el hecho de que se librara entre poblaciones no preparadas. Hacía tiempo que Europa no vivía la experiencia de una guerra generalizada y larga. Cierto es que muchas campañas coloniales pueden competir en crueldad con la Gran Guerra, pero sus víctimas eran pueblos indígenas, primitivos, que no se tenían en cuenta.

De hecho, los procesos de alistamiento al inicio de la guerra se vivieron de manera festiva. Las colas para alistarse eran interminables. Los jóvenes acuden a las oficinas de reclutamiento llenos de un espíritu romántico, ansiaban participar en la fiesta del heroísmo. Como tan bien escribió S. Zweig en sus memorias



Oficina de Reclutamiento. Inglaterra.

El mundo de ayer: «las víctimas de entonces iban alegres y embriagadas al matadero, coronadas de flores y con hojas de encina en los yelmos, y las calles retronaban y resplandecían como si se tratara de una fiesta.» Había un ambiente de euforia y patriotismo que embriagaba a la mayoría de las personas, los jóvenes incluso temían perderse esa ocasión histórica que parecía que iba a ser como un brillante desfile militar. Como escribió el filósofo Alain el 7 de Julio de 1914: «Es posible drogarse con el heroísmo como con la morfina.»

En ambos bandos se prometía una rápida victoria, un paseo triunfal al son de las marchas militares. Pronto van a chocar estas expectativas con la brutal realidad. Y muy rápidamente va a amainar el espíritu festivo y, por lo tanto, el número de voluntarios. En Inglaterra, en un mes tuvieron que rebajar la talla límite de los voluntarios de 1.70 metros a 1.60 y en 1916 se tuvo que establecer el servicio militar obligatorio. Este espectáculo de emoción colectiva ante una guerra ya no se volverá a repetir.

Los soldados se van a encontrar en los campos de batalla con el terrible poder destructor de la técnica. Por eso uno de los primeros valores que se destruyen en la guerra, junto con la ingenuidad de la exaltación del heroísmo, es la fe en el progreso, que había sido casi un dogma de nuestra civilización desde la Ilustración. La técnica, una de las manifestaciones más claras del progreso y de las que más orgullosa se sentía la cultura europea, aparecerá como, en palabras de Zweig, una «técnica diabólica». Su poder había sido la gran

esperanza de liberación de las servidumbres humanas, pero ahora se muestra en la eficacia de las armas para segar vidas y esperanzas. Walter Benjamin en *Para una crítica de la violencia*, entiende perfectamente la situación cuando define a la técnica como «el producto de una idea enloquecida, cargada de todos los horrores.» Pero este filósofo no se queda en la superficie, no es simplemente el instrumento para llevar a cabo tantos horrores, sino que ve en ella, o mejor en el desarrollo de la técnica desligado del desarrollo moral, una de las causas de las guerras modernas: «la guerra imperialista está condicionada en su núcleo más duro y fatal por la discrepancia abismal entre los inmensos medios de la técnica y la ínfima clarificación moral que aportan.»

Con el destronamiento de la técnica de su poder va a resentirse la esperanza en el progreso de la humanidad. El mito del progreso se demuestra una vergüenza. Incluso Henry James, se da cuenta de cómo lo que hasta ahora parecía absolutamente sólido empieza a tambalearse, cuando escribe que la guerra «reduce a la nada ese prolongado periodo durante el cual se supuso que el mundo iba a ir gradualmente a mejor.»

No es exagerado, pues, decir con Zweig que entre las víctimas de la guerra se encuentra la idea de fraternidad universal: «Quedó abandonada una gran herencia. Pletóricos de odio, los corsarios de la guerra enterraron [...] con golpes de azada furiosos, la en otro tiempo sagrada idea de la fraternidad humana, como un cadáver junto a millones de muertos.»

En este contexto podemos entender el fracaso de la idea del internacionalismo proletario. El movimiento obrero tenía claro que las guerras modernas eran enfrentamientos al servicio de los intereses de los capitalistas, en las que quienes sufrían y morían en ambos bandos eran los obreros. Los dirigentes obreros y socialistas estaban persuadidos de que los obreros, conscientes de que les unen los intereses de clase más de lo que les pueden separar los enfrentamientos nacionales, tenían capacidad de parar la guerra. Habían extendido la idea de que si los obreros simplemente se negaban a alistarse, no había posibilidad de guerra. Pero en cuanto la propaganda actúa y se inician los alistamientos, los obreros acuden en masa a las oficinas de reclutamiento. Los sentimientos nacionales parecen aplastar sin esfuerzo los sentimientos de pertenencia a una clase por encima de las fronteras.

Es cierto que algunos activistas más avisados o quizá simplemente menos ingenuos, ya desconfiaban de la solidez del movimiento internacionalista. Es el caso del escritor francés Rolland, uno de los pocos (con Zweig) que nunca se vio arrastrado por el torbellino belicista y patriotero y siempre trabajó por el pacifismo y la fraternidad universal, incluso cuando el vendaval belicista arrastraba a la mayoría de los escritores, que escribe: «Vete a saber cuántos se

mantendrán firmes una vez haya pegado los carteles con la orden de movilización. Hemos entrado en una época de sensaciones colectivas, de histerias colectivas, y no podemos prever qué fuerza tendrán en caso de guerra.»

El sacrificio de los ideales del movimiento obrero tiene también su mártir: el líder socialista francés Jean Jaurés. Se había dedicado a luchar denodadamente para convencer a los obreros y al movimiento socialista de que la guerra que se avecinaba no era su guerra, hasta que muere en un atentado, lo que convierte su figura en la de un héroe trágico enfrentado a un destino inalcanzable que acaba aplastándole, incapaz de «romper la ley de acero de la guerra», como él mismo la definió.

Ciertamente la idea de Europa, como hogar común de unos ciudadanos que comparten tantos elementos culturales por encima de las diferencias nacionales, se ahoga en la marea del nacionalismo y el patriotismo que destaca las diferencias.

Al inicio de la guerra los intelectuales se alinean mayoritariamente con sus respectivos países en la causa de la guerra. Hay una gran producción de una literatura vibrante, que apela a los sentimientos para lograr la mayor movilización posible de sus pueblos. Muy pronto va a surgir una literatura épica que exalta los valores guerreros. Se presenta la guerra como la situación donde se templan los valores, el yunque sobre el que se forjan los espíritus valerosos que pueden salvar a la civilización de la decadencia burguesa, el lugar donde el hombre puede sacar lo mejor de sí mismo: valentía, compañerismo, capacidad de sacrificio, generosidad... Sin duda, la novela más notable en la exaltación de estas virtudes y con mayor influencia y trascendencia es Tempestades de acero de Ernst Jünger. Incluso los jóvenes poetas ingleses que pertenecen, como hemos dicho, al grupo de «los poetas muertos», escriben poemas en los que cantan al amor a la patria, el valor y el heroísmo. Todavía los británicos recitan un poema de Chawner, muerto en el desembarco de Gallipoli, cuando tienen que enterrar a un soldado muerto lejos de la patria:»Si yo muriera, piensen esto de mi / hay un rincón de un campo extranjero / que será siempre Inglaterra.» Pero pronto va a aparecer una intensísima y muy valiosa literatura antibelicista. Esos valores que tan bien quedan en un poema o en una narración no aguantan el enfrentamiento con la sórdida realidad, aparecen como meramente «librescos», producto de una retórica vacía. La muerte industrializada de tantos jóvenes pronto pierde sus rasgos heroicos, como en los versos de Owen:

«Mis antiguas heridas no tendrán gloria ninguna

Nadie podrá enjugar mis lágrimas, océanos...»



Jean Jaurés en un mitin contra la guerra.

No sólo queda banalizada la literatura heroica de principios del conflicto ante la realidad, sino incluso las expresiones más elevadas de nuestra cultura que exaltan los valores heroicos quedan resquebrajadas. Así el clásico horaciano «Dulce et decorum est / pro patria mori» es calificado por Owen como «the old lie»

Uno de los casos más significativos de este cambio de sensibilidad ante la guerra, por su importancia en la literatura alemana y mundial es el de Thomas Mann. En los inicios de la guerra se va a sumar a las voces que llaman a la movilización para salvar a Alemania, actitud que persistirá durante la mayor parte de la guerra (Consideraciones de un apolítico). De hecho se va a convertir no sólo en un escritor ampliamente reconocido, sino también en un símbolo de la Kultur alemana y de lo alemán. Pues bien, llegará a definir la guerra como esa «bacanal de muerte [...] esta abominable fiebre sin medida que incendia el cielo».

Cuando la guerra termina se recuentan los muertos, los heridos tienen que reconstruir su vida en la normalidad de la paz y los soldados desmovilizados se enfrentan a un mundo que no reconocen. Es el momento de recibir los honores que se han ganado arriesgando su vida pero, apenas se han apagado los ecos de los fastos oficiales, el mundo de la paz les es hostil. Se encuentran con dificultades para ganarse la vida dignamente, cuando no son vistos abiertamente como una competencia indeseable por aquellos que habían quedado en retaguardia. Los mutilados no sólo tienen que enfrentar mayores dificultades para sobrevivir, sino que perciben que la visión de sus heridas es algo incómodo, como una permanente acusación hacia los que no han luchado, o incluso como algo desagradable que hay que ocultar en cuanto terminan los desfiles y la retórica patriótica se apaga.

Por eso, con el final de la guerra no terminan las expresiones críticas. Al contrario, según pasa el tiempo, cada vez más se percibe que la guerra acabó con una forma de vida. La añoranza de la época de preguerra gana terreno. El «pasado» entendido como el tiempo perdido, más o menos idealizado, que en otras etapas de la historia remite a épocas bastante alejadas, en los años posteriores a la guerra se refiere siempre a la época anterior a la guerra. Está claro para los contemporáneos que la guerra ha sido un corte, el gran hito que separa dos mundos. Thomas Mann escribe en La montaña mágica (1924): «En otro tiempo, en el pasado, en el mundo anterior a la Gran Guerra» Ese pasado es, en palabras de Zweig, «la época de la seguridad» Para darnos cuenta de la profundidad del sentimiento que expresan esas palabras no debemos olvidar que El mundo de ayer, las memorias de Zweig, está escrito en la situación límite de la persecución y exilio que como judío vive durante el nazismo. Es una situación espiritual tan terrible que le empuja muy poco después al suicidio. Pues bien, en ese momento, cuando parecería que lo lógico sería que el corte entre una etapa de seguridad y otra de turbulencia lo estableciera el ascenso del nazismo, lo sitúa en la Gran Guerra. Cuando su dramática situación le conduce a rememorar con nostalgia una época de serenidad, ésta se encuentra antes de la Gran Guerra.

A medida que las mentes más lúcidas y los espíritus más nobles se van enfrentando al horror nazi, más claro tienen que las cosas empezaron a cambiar antes, con la Gran Guerra. Thomas Mann, al final de *La montaña mágica* escribe: «La Gran Guerra con cuyo estallido comenzaron muchas cosas que, en el fondo, todavía no han dejado de comenzar.»

Y ya desde el mismo corazón de la barbarie nazi, una de las personas que nos han dejado un testimonio más esclarecedor del sufrimiento de sus víctimas, a la vez que ha hecho un análisis más lúcido de los mecanismos de control nazi: Víctor Klemperer, nos dice en su diario (Quiero dar testimonio hasta el final) que no se puede entender el papel de juega la sangre en la ideología nazi sin esa auténtica orgía de sangre que fue la Gran Guerra. Y eso lo dice una persona que, como judío está sufriendo el horror nazi de una forma directa.

La verdad y la posibilidad de expresarla tienen que abrirse camino con gran dificultad, muchas veces quedan aplastadas ante la maraña de mentiras, manipulaciones, sentimientos irracionales etc. Por eso, si en todas las guerras, como se suele decir, lo primero que muere es la verdad, eso fue especialmente claro en la Gran Guerra. No hay que olvidar que por primera vez estamos ante una sociedad en la que los medios de comunicación son masivos, y la fotografía y el cine tienen un gran peso. Esto dará un nuevo significado tanto a la censura como a la propaganda. Y si algo tienen en común es que ambas acaban con la verdad.

La censura tenía que ser más intensa, era necesario evitar que lo que vivían los soldados en las trincheras llegara a la población civil, por eso la censura de sus cartas era completa, lo que exigía una inversión en medios y personas realmente extraordinaria. También había que censurar lo que los periódicos decían para no desmoralizar a la población civil y para que a los soldados les llegara una imagen triunfal del conjunto de la guerra. Aunque a veces podía tener un efecto contraproducente. Nos podemos imaginar el efecto que había de tener entre las tropas inglesas que participan en la ofensiva del Somme, viendo caer a sus compañeros por miles, en una matanza sin sentido, la lectura en los periódicos que les llegaban de la narración de una gran victoria. Así que los soldados empezaron a llamar a esa ofensiva chapucera «la gran cagada». Los generales y los políticos, que eran conscientes de la tremenda carnicería, sabían que había que evitar que esas noticias llevaran a la desmoralización de las tropas y de la población en general. Por eso surge un concepto nuevo, el derrotismo, contra el que hay que luchar denodadamente y al que hay que arrancar de raíz. El derrotismo, es decir, la generalización de la desmoralización y de la falta de fe en la victoria, como gran enemigo aparece en los procesos judiciales militares tanto como la falta de disciplina o la cobardía. En la guerra total no sólo hay que poner todos los medios humanos y materiales al servicio de la guerra, sino también las ideas.

La propaganda adquiere un papel mucho más importante que en otros conflictos, hay que tener en cuenta que, por primera vez, los nuevos medios de la imagen: la fotografía y el cine pueden ponerse al servicio de la propaganda, eso hace que tenga una fuerza nueva. Por supuesto se siguen utilizando los carteles tradicionales, y con mucho éxito. Por ejemplo, los que alientan el



Cartel norteamericano animando al alistamiento

alistamiento crearán unos recursos que se seguirán utilizando durante la II Guerra Mundial.

Las películas de propaganda, aunque hoy nos parecen muy simples, tienen la fuerza de la novedad, para muchos campesinos y obreros, la primera vez que acudían al cine era para ver estas películas. Con las fotografías pasa algo parecido, de hecho no encontramos una imagen fotográfica que podamos considerar icónica o representativa de esta guerra, como fue la del miliciano de Capa en la Guerra Civil española. Habrá que esperar a las cámaras leyka que se pueden transportar con facilidad para que tengamos un auténtico registro fotográfico. La primera guerra «fotográfica» será nuestra guerra civil. En conjunto, se trata de transmitir unos mensajes simples, hasta el punto que cuando vemos estos medios nos parecen ingenuos. Para los franceses y los ingleses, los alemanes aparecen como monstruos, seres sin sentimientos que atraviesan niños con las bayonetas, y viceversa. Pero no podemos por eso menospreciar la capacidad de

influencia sobre la gente a la que se dirigía. Hasta tal punto eran mensajes simples y mani-queístas que tuvieron, posteriormente un efecto contraproducente: se deja de creer en cualquier cosa que nos cuenten sobre cualquier querra.

Por ejemplo, durante la ocupación alemana de Bélgica, parte de la población no se llegó a creer las brutalidades de los nazis que a través de ciertos medios se



Soldado alemán atravesando con la bayoneta a un bebé

iban conociendo y porque les recordaban mucho a lo que la propaganda había contado de los alemanes durante la Gran Guerra. En este caso la realidad superó a los productos de las imaginaciones más enfebrecidas.

Resulta extremadamente significativo del impacto de la brutalidad de la guerra el hecho de que coincida el exceso de los mensajes propagandísticos, es decir, de los mensajes en los que la verdad puede ser sacrificada en el altar de la manipulación, con el retraimiento de la palabra y la imagen más significativas, es decir, del arte y la literatura. Cuando el ser humano pretende decir algo que no sea trivial acerca de una experiencia tan brutalmente extrema, cuando aspira a transmitir unos sentimientos que parecen superar la capacidad humana para soportar el sufrimiento, surge inmediatamente el cuestionamiento de la capacidad

de sus medios de expresión. Tanto el arte como la literatura se interrogan sobre si es posible transmitir algo que sea profundo, y sienten la tentación del silencio. En todo caso, los métodos tradicionales se van a demostrar insuficientes y van a quedar permanentemente puestos en cuestión.

¿Qué palabra puede ser oída por encima de tanto grito desgarrado? ¿Qué imagen no queda empalidecida ante tantos rostros desfigurados y tantos cuerpos mutilados? También es cierto que el arte puesto frente a la posibilidad de responder a una experiencia tan extrema va a buscar caminos nuevos que serán fundamentales en el desarrollo de las vanguardias.

Henry James, el novelista de las sutilezas psicológicas, maestro del matiz, ejemplo del artista en su torre de marfil, escribe: «Descubrimos en medio de todo esto que resulta tan difícil emplear las propias palabras como tolerar los pensamientos propios. La guerra ha agotado las palabras, se han debilitado, se han deteriorado.»

Pero también la imagen se cuestiona la posibilidad de expresar la realidad. Por eso el arte de la imagen entrará en una crisis profunda con la guerra, una crisis que pondrá en peligro su propia existencia. Las artes plásticas tradicionales se van a ver confrontadas con la fotografía a la hora de reflejar el sufrimiento, y eso a pesar de las limitaciones de la fotografía que hemos señalado. Los monumentos que se erigen por toda Europa a los caídos, con su carga de heroísmo, su retórica impostada, son de una vaciedad difícilmente soportable. Repiten una serie de temas que tienen en común el eco de la falsedad, como el monumento a la trinchera. Es explicable que causen una reacción tan sarcástica, casi surrealista, como la novela de Lemaitre que hemos mencionado.



Monumento a las trincheras

Cuando los artistas quieren superar estas limitaciones se tienen que plantear quebrar las formas tradicionales de expresión. Así artistas como Otto Dix y Georges Grosz van a buscar las nuevas formas por el camino de la deformación. Representan hombres de rostros deformes, que producen una fuerte inquietud, ni siquiera la alegría produce alivio. Estos seres atormentados se representan en espacios agobiantes. El bullicio no acompaña, la soledad es permanente. Estos seres rozan la inhumanidad.

Que las tendencias artísticas expresionistas indaguen en las posibilidades de la deformación es lo normal aunque en estos autores alcance una capacidad de inquietar realmente intensa. Pero el hecho de que otras tendencias más amables, como la abstracción, que se desarrolla en el entorno cronológico de la



Otto Dix



Grosz

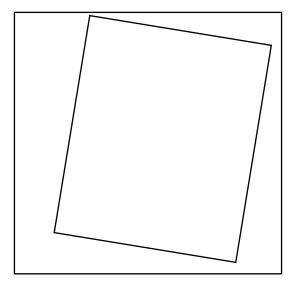
Gran Guerra, reconozca su relación con el hundimiento de las formas nos puede decir más sobre este momento espiritual. Incluso un autor que nunca abandona la búsqueda de la belleza como Paul Klee reconoce la deuda que tienen sus formas con el caos que se está produciendo en Europa durante la guerra. Así escribe en sus diarios, en el apunte número 951, correspondiente al año

1915: «Cuando más terrible es este mundo, como por ejemplo hoy, tanto más abstracto se vuelve el arte [...] En el gran foso de las formas yacen despojos a los que se siente uno todavía apegado. Ofrecen la materia para la abstracción.» El hundimiento del mundo es lo que puede explicar el hundimiento de la figuración.

Pero ni el desgarro expresionista de la forma, ni su desaparición en la abstracción podrán lograr que el arte se reencuentre con la capacidad de expresar la realidad. Por eso, durante este periodo, se va a asomar al abismo del silencio. Es tal la desconfianza que siente el arte en sus capacidades que va a dudar de su propia posibilidad de existir.

Malevitch en estos momentos lleva a la pintura al límite con obras como «Cuadrado blanco sobre fondo blanco» de 1917.

Y los integrantes del movimiento Dadá, en 1916, en el cabaret Voltaire de Zurich reniegan del arte, lo llevan al borde de su desaparición. Al romper con la razón rompen con el lenguaje significativo y por lo tanto con la propia idea de obra de arte, como hará, por ejemplo Duchamp con los ready made, especialmente, con su *Fuente de 1917*.



Parece que sólo quedara el silencio, que cualquier otra cosa sobra, tanto la palabra como la imagen. Con facilidad un discurso bien intencionado se puede convertir en una cháchara vana. Un ritual tan común hoy como guardar un minuto de silencio como forma de honrar a los muertos nace durante la Gran Guerra, con los homenajes que se rinden en Ciudad del Cabo en 1916 a los soldados sudafricanos muertos en Francia.

Este silencio no sólo va a cubrir la posibilidad de transmitir la experiencia de la guerra, sino también la posibilidad de justificar tanto sacrificio: ¿Por qué se ha luchado? ¿En nombre de qué valores? El fin de la guerra trae por primera vez la sensación de que todo ha sido una matanza inútil. Los soldados tienen la sensación de que vuelven del infierno, no de una guerra honorable. Esa terrible apoteosis de la trinchera y la alambrada fue una carnicería a gran escala y significó el hundimiento de la civilizada Europa en una barbarie como no se veía en el continente desde la Guerra de los Treinta Años, fue un auténtico «túnel de sangre y oscuridad», como lo denominó André Gide. Por eso no podía admitir versos líricos ni complacencias románticas. Algo definitivo se había roto en nuestra civilización. Como nos dice el verso de Philip Larkin, en el poema MCMXIV: «Nunca volvió tanta inocencia». El final de la guerra trae el desencanto, incluso la desconfianza en que de los escombros y la destrucción pueda surgir algo noble,

o como escribió Thomas Mann: «¿será posible que de eso surja alguna vez el amor?»

Cuando acabe la II Guerra Mundial, todavía más destructiva que la primera, al menos los soldados aliados tendrán el sentimiento de que han arriesgado sus vidas y han perdido compañeros y amigos en la lucha por la libertad, que son los que han acabado con el horror nazi, y están orgullosos de ello. Pero los combatientes de la Gran Guerra no tendrán tan claro por qué han luchado ni la grandeza de los motivos. No parece que puedan justificar tal carnicería los problemas de fronteras, las tensiones nacionalistas o los discursos patrióticos.

Cuando los ideales que han alimentado una cultura se han hundido, como hemos estado analizando, es difícil encontrar algo que pueda justificar el sacrificio. Así, el cineasta Abel Gance realiza en 1919 una película que titula «J'accuse» apoyándose en Zola, en la que convoca a los caídos en los campos de batalla para que pidan cuentas a los causantes de la matanza, a aquellos que por intereses mezquinos les han llevado a la muerte. Si ya se han hundido los valores de la civilización, de la fraternidad universal, de la fraternidad de clase, del sentimiento de ser europeos, ¿qué puede quedar?

Lo último que puede quedar, lo que puede justificar la guerra es la lucha contra las guerras. Se sueña entonces con que la Gran Guerra ha sido la guerra contra todas las guerras. La brutalidad de la experiencia puede alertarnos de a dónde nos llevan ciertas políticas, la guerra moderna tiene tal capacidad de destrucción que puede actuar como vacuna contra otras guerras.

Sin embargo, pronto se hundirá también este ideal. En los años 30 vuelve con fuerza la retórica belicista y el fantasma de la guerra de nuevo recorre Europa. Abel Gance en 1939 se siente obligado a retomar el tema de «J'accuse», pero con un tono más dramático (y posiblemente menos intenso desde el punto de vista cinematográfico). La película es casi una premonición de la guerra, ya es un grito desesperado para intentar evitar la guerra que se siente próxima. De hecho ya ha estallado la guerra de España que se ve como un ensayo general para el enfrentamiento que se avecina. Como desgraciadamente sabemos, muy pronto se vio que las previsiones más pesimistas se cumplían, el horror que se iba a desatar superará el de la Gran Guerra. Con el estallido de la II Guerra Mundial estalla la última esperanza de encontrar algo positivo a la guerra del 14, haber acabado con las guerras. Es la gran desilusión: los muertos y el sufrimiento de la Gran Guerra ni siquiera han servido para evitar una nueva masacre.

MÉRIDA DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL: UNA CIUDAD EN CRECIMIENTO

Magdalena Ortiz Macías /José Antonio Peñafiel González

El 28 de Junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando de Austria es asesinado en Sarajevo por un nacionalista Serbio. Así suelen comenzar las crónicas relativas al inicio de la Gran Guerra ya que este hecho fue el detonante de un conflicto que movilizó a las grandes potencias mundiales y supuso la muerte de millones de personas.

España se mantuvo neutral pues como manifestara el presidente del Gobierno de aquel momento, Eduardo Dato, *no tenía ni motivos ni recursos para entrar en Guerra*. Con ello, no sólo evitó las víctimas españolas que pudo acarrear sino que, además, la I Guerra Mundial significó para España un destacado desarrollo económico y social. Aún así, no todo fue positivo para España, la inflación se disparó mientras que los salarios se quedaban muy por debajo del ritmo de crecimiento lo que provocó importantes conflictos laborales y una enorme crisis de subsistencia de los principales productos básicos.

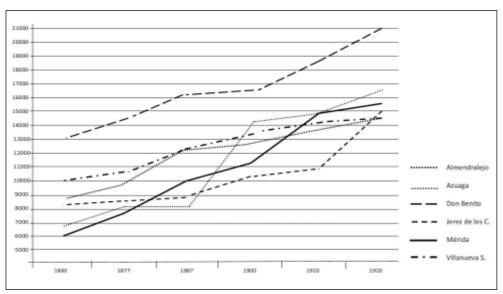
Mientras Europa tiembla, la vida cotidiana en los municipios españoles no se ve perturbada de forma significativa. Sí es cierto que a España llegan las noticias del conflicto a través de la prensa en las que se percibe claramente el enorme sufrimiento de los civiles y militares afectados, a veces, con relatos épicos en los que incluso se podría añorar no ser uno de esos desdichados héroes.

Y nos centramos en Mérida, una ciudad que poco a poco se va abriendo camino a pesar de estar dentro de una de las zonas más deprimidas de España. Mérida, que había incluso quedado relegada a poblaciones como Don Benito, Villanueva o Almendralejo, la vamos a ver caminar con paso firme desde el final del siglo XIX. La ciudad, va a iniciar un creciente desarrollo gracias, sobre todo, al ferrocarril que activa su comercio y fomenta cuantas actividades se derivan del transporte de mercancías. El florecimiento de las vías de comunicación y su posición estratégica como ejes de las mismas, fueron también causas determinantes de su espectacular evolución.

El día antes del asesinato del Archiduque Francisco Fernando de Austria la corporación municipal emeritense, presidida por su alcalde, Augusto Alonso, se reunía en la Casa Consistorial para aprobar acuerdos cotidianos: ayudas de lactancia para varios jornaleros que tenían una situación económica urgente; la aprobación de cuentas varias para reparar las fuentes de la ciudad; la adquisición de 6 placas con el nombre de algunas calles, entre ellas las de José Ramón Mélida y Pedro María Plano, o la aportación económica de 4.009 pesetas al Pósito Provincial.

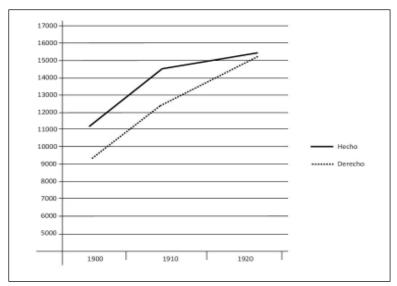
A través de estas páginas que hemos querido dedicar a Mérida en el marco de la I Guerra Mundial daremos a conocer aspectos de la vida cotidiana de los emeritenses, sus preocupaciones, las de su Ayuntamiento, la cultura y la literatura, entre otros; y para una mayor comprensión del momento histórico nos remontaremos en algunos aspectos hasta el último tercio del siglo XIX.

Población



Gráfica que representa la evolución de la población en las 6 ciudades más destacadas de la Provincia entre los años 1860 a 1920.

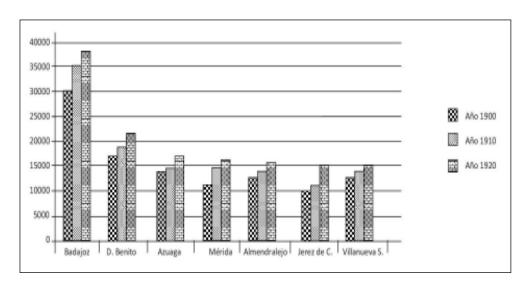
En el gráfico superior podemos visualizar el dato referido anteriormente: la población de Mérida es inferior a poblaciones cercanas como Don Benito, Villanueva o Almendralejo, aún así tenemos que manifestar que ya en los últimos años del siglo XIX nuestra ciudad, disfrutó de un incremento de la población muy importante, llegando a una tasa de crecimiento de un 159 % de tal manera que entre los años 1860 y 1920 la población varió de los 5.975 habitantes a 15.502.



Evolución de la población de Mérida entre los años 1900 y 1920

Apreciamos ahora, cómo el crecimiento entre 1900 y 1920, se mantiene con una constante sobre todo en la población de derecho no así la de hecho que a partir del año 1910 se estabiliza.

Por poblaciones, cabezas de partido de la provincia de Badajoz, el crecimiento poblacional quedaba así:

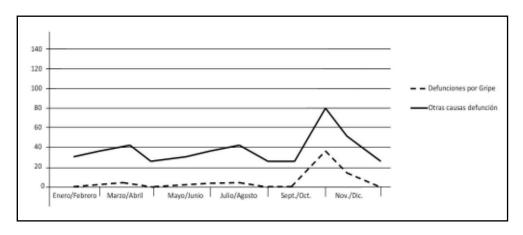


Mérida, que en 1900 se situaba la sexta de entre estas siete poblaciones destacadas, crece hasta colocarse en cuarto lugar en número de habitantes en 1920, y en segundo lugar, tras la capital Badajoz, en la década de los años 30.

Como ya apuntábamos anteriormente, fueron varias las causas que ocasionaron esta rápida evolución; la principal fue la llegada del ferrocarril a la ciudad y la posterior ampliación de la línea férrea, de tal forma que a finales del siglo XIX Mérida se ha convertido en un punto estratégico comunicando las ciudades de Madrid, Badajoz, Lisboa, Sevilla y el Noroeste Peninsular y en consecuencia en una ciudad clave para el intercambio de mercancías y para el desarrollo comercial. Se instalan almacenes, fábricas e industrias que favorecen enormemente en el apogeo del sector secundario y en una alta tasa de inmigración poblacional.

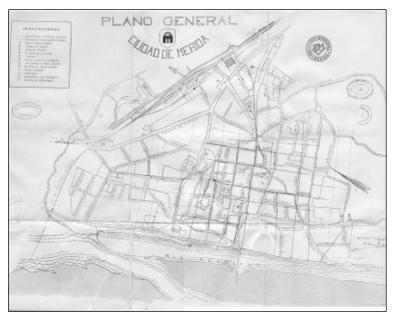
A partir de aquí Mérida asiste a un crecimiento global que redunda en todos los aspectos, sociales, económicos, de población, urbanismo, etc.

Desde el año 1916 la tasa de crecimiento baja al producirse la consolidación de la economía y con ello también la estabilidad en el aumento de la población. Además, en 1918 se produjo una epidemia de gripe muy importante que afectó y ralentizó considerablemente el desarrollo poblacional. Los datos de defunciones por gripe a lo largo de 1918 nos hablan de una escasa incidencia hasta el mes de octubre, ya que, sólo se registraron 9 casos. Sin embargo, llegado el mes de octubre, la cifra se dispara hasta las 37 muertes, y en noviembre se contabilizan 15, remitiendo la enfermedad de tal manera que ni en diciembre de 1918 ni



Gráfica de las defunciones producidas durante 1918 a causa de la gripe con respecto al número de los fallecidos por otros motivos

durante todo el año 1919 se contabiliza nuevos casos. La mayor incidencia estuvo precisamente en personas de mediana edad, sin destacar ni párvulos ni ancianos.



Plano General de la ciudad de Mérida de Antonio Galván. 1913.

El incremento de la población, va a influir directamente en el desarrollo urbanístico de la ciudad. A finales del siglo XIX se crearon los barrios de San Albín, Mestranzo y el de la Trinidad, ahora a inicios del siglo XX la ciudad sigue creciendo por la zona Sur y por el Este pero ya en un porcentaje inferior al ocurrido a finales del siglo XIX.

Entre los años 1910-1914 se realizan las primeras excavaciones arqueológicas en el teatro y el anfiteatro. Este hecho trascendental para la ciudad va a tener un aspecto negativo para el desarrollo urbanístico; las excavaciones arqueológicas se convierten en una tercera barrera; los otros dos obstáculos eran el río Guadiana y el trazado del ferrocarril, ambos frenaban totalmente las posibilidades de crecimientos.

Por todo ello, las dificultades para este desarrollo son muy amplias, de tal manera que si de 1892 a 1910 la población creció en 15.000 personas aproximadamente y el suelo urbano lo hizo de 69 a 98 hectáreas en los siguientes

40 años, la superficie solo aumentó 8 hectáreas y la población creció en unos 9.000 habitantes lo que supuso pasar de una densidad de 150 a 225 habitantes/hectárea.

Crisis económica, pobreza y beneficencia

Las actas capitulares recogidas en el Archivo Histórico Municipal dejan entrever la grave crisis social y económica que afectaba a las familias; aparecen situaciones de pobreza entre un amplio sector de la población que solicitan ayuda básica al Ayuntamiento para su manutención.

La situación en el campo es crítica, crece el número de pobres que se inscriben como tal y que necesitan ayuda de la beneficencia. El Ayuntamiento toma continuas medidas que alivian la precaria situación; una de ellas se adopta por acuerdo del 3 de Octubre de 1914, cediendo a la Junta Local de Protección a la Infancia un local en el hospital de San Juan de Dios para que sirva de comedor y de albergue de niños y ancianos pobres. El hospital, atendido por las Siervas de María desde 1896, tenía una actividad muy importante para el sustento y la ayuda en necesidades básicas al colectivo de los más pobres. Sin embargo, esta orden religiosa decide abandonar sus funciones y el 13 de Mayo de 1916 anuncian al gobierno municipal su retirada del hospital pues consideran que «las labores que allí realizan están fuera de los cometidos de su Institución». El Ayuntamiento pone en conocimiento de la Congregación que lamenta enormemente tal decisión por la buena labor que están realizando fuera y dentro del hospital y les pide que no se marchen hasta que otra congregación asuma esta labor, a lo que no acceden porque el Consejo de su Orden las apremia para que realicen sus cometidos en los domicilios particulares y abandonen los hospitales.

A finales de 1915 se realiza un padrón de braceros que no tienen trabajo en el campo y el Ayuntamiento acuerda crear labores alternativas como el arreglo de los caminos vecinales, empedramiento de calles y paseos de la ciudad con el fin de propiciar un salario muy básico al colectivo de jornaleros del campo sin ocupación.

Sin embargo las medidas tomadas por el Consistorio no son suficientes y a lo largo del año 1916 encontramos diversas noticias de concentraciones de jornaleros en la alcaldía del Ayuntamiento desesperados ante la situación tan precaria que viven. En 1917 además una ola de sequía azota los campos que agrava la crisis. Al Ayuntamiento no le queda más remedio que seguir ofreciendo jornales mínimos (1 pts.) a cambio de peonadas en los caminos y en las calles de la ciudad.

En este mismo año se empieza a plantear el establecimiento en Mérida de la Institución Gota de Leche para paliar y remediar la desnutrición de los niños y se inicia la creación de un reglamento.

Este hecho nos da idea de la preocupación del Ayuntamiento por la alimentación infantil incluso desde muchos años atrás pues ya en 1875 se tiene establecido un sistema de nodrizas para amamantar a los hijos de los que reclamaran este servicio que se mantuvo hasta el año 1918, según tenemos constatado en nuestra investigación.

Por otra parte y siempre teniendo en cuenta la precariedad económica de los agricultores, entendemos que deben de existir muchos robos en los campos porque el 23 de noviembre de 1918 el pleno municipal solicita al Gobernador de la Provincia un cuerpo de la Guardia Civil a caballo para vigilar los campos; unos días después es la Comunidad Local de Labradores la que solicita que se instale dentro de la ciudad las cuatro parejas de guardias civiles de caballería destinadas al fin referido.

A lo largo de todo el periodo vemos que la situación de la pobreza es una constante. En el año 1918 existe incluso un reglamento de ayudas y se define a quiénes se les considera pobres, que son aquellos jornaleros que no alcancen 1,50 pesetas de sueldo.

La mayor incidencia de la crisis se detecta en el sector del campo. Sin embargo la industria y el comercio de Mérida goza de una situación ventajosa ya que desde inicios del siglo XX se habían multiplicado las empresas domésticas destinadas a la manufactura de los artículos. De 1908, tenemos constancia de un expediente muy interesante para la elección del Tribunal Industrial del Partido de Mérida. Estos tribunales se formaron conforme a la extensa normativa de carácter social y laboral que se había ido dictando en los años previos a la Gran Guerra. En él estaban representados tanto patronos como obreros y para ser elegidos tan sólo era necesario ser mayor de 25 años y presentarse voluntariamente a la elección. Es muy significativo en Mérida que de los 291 obreros que se presentaron en Mérida, más de la mitad pertenecían al sector ferroviario, probablemente donde más conflictos se produjeran y por tanto necesitaran una mayor representación; el resto de voluntarios para su elección fueron: 50 zapateros, 30 albañiles y pocos carpinteros y herreros. De los pueblos del partido, sólo estaban representados Cordobilla y la Oliva con ocho obreros.

Educación

Según datos reflejados por Máximo Pulido, en su obra la *Escuela Emeritense 1900-1950*, en el año 1908, estaban matriculados en las cuatro escuelas que había en la ciudad 274 niñas y 301 niños, con un absentismo escolar del 30%. A pesar de que en torno a 1920 vemos que la población se ha triplicado no se construye otra escuela hasta 1925. Hasta entonces los locales utilizados fueron el Colegio Trajano y salas habilitadas del actual Parador Nacional entonces Cárcel del Partido.

En este periodo de la I Guerra Mundial, destacó un maestro, Pedro Galván Núñez, quien había publicado algunas obras sobre Prosodia, Historia de España y Sistema Métrico Decimal que además utilizaba para sus propias clases. El Ayuntamiento le compró varios ejemplares de la titulada *Breve Nociones de Prosodia* y en 1916, acuerda enviar una carta a la Sección Administrativa de Primera Enseñanza de Badajoz dándole un voto de gracia por su buen hacer en la escuela municipal emeritense.

Excavaciones arqueológicas



Los años que van de 1910 a 1914 son de una gran actividad arqueológica en la ciudad fruto de intensas gestiones que se han ido produciendo a lo largo de varios años debido al interés mostrado por los verdaderos artífices del proyecto. Fueron principalmente el arqueólogo José Ramón Mélida que llegó a Mérida comisionado como responsable de realizar el Catálogo Monumental de la Provincia de Cáceres y de Badajoz y Maximiliano Macías, vecino de Mérida y colaborador imprescindible en todo el proceso. Este hecho fue totalmente relevante para el inicio y el desarrollo de las excavaciones en la ciudad.

En el año 1914, el teatro romano está excavado en su totalidad, restan obras en la fachada exterior de las gradas que se realizan a lo largo de 1915 junto con la excavación del anfiteatro.

«... Se esperaba que la tierra de labor que ocultaba este monumento nos dejara libre la planta del teatro de la vieja Emérita, y la tierra... ha puesto de manifiesto a profundidades de 6 a 8 metros... un edificio colosal y relativamente bien conservado que guardaba en sus entrañas una riqueza artística incalculable».

Esta es la descripción que hace Maximiliano Macías en su libro *Mérida monumental y artística*, publicado en 1913.

Entre los años de 1914 a 1918 se excavan en su totalidad el teatro, el anfiteatro y la casa basílica Romano-Cristiana: posteriormente se continuará con el proceso de excavaciones arqueológicas hasta el momento actual.

A pesar de la escasa participación económica del Ayuntamiento en toda la gestión de las excavaciones arqueológicas de la ciudad sí que el 18 de Abril de 1914 encontramos en las actas municipales el acuerdo de homenajear a José Ramón Mélida y nombrarlo hijo adoptivo de la ciudad a propuesta del primer Teniente de Alcalde, Pablo Suárez Somonte; además se acuerda que la calle de Las Torres pasase a llamarse de José Ramón Mélida. También se acuerda renombrar a la calle Naumaquias con la de Pedro María Plano, alcalde ya fallecido que propició enormemente el inicio de las excavaciones en la ciudad y fue un gran valedor del momento cultural que se estaba viviendo en Mérida.

En el año 1913, **Maximiliano Macías** publica la 1ª edición de *Mérida monumental y artística. (Bosquejo para su estudio)*, impreso en los talleres de la imprenta la Neotipia, en la Rambla de Cataluña, 116, de Barcelona. Tal y como se especifica en la contracubierta del libro está estructurado en dos grandes capítulos: Edad Antigua y Edad Media y Moderna y en cada uno de ellos describe de forma precisa los monumentos que existen en la ciudad así como su valor artístico y arqueológico.

José Ramón Mélida se encargará a lo largo de todo el proceso arqueológico de publicar las memorias de excavación en la revista científica de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades:

- (1916) Excavaciones en Mérida. Memoria acerca de las practicadas en el año 1915.
 - (1917) Excavaciones de Mérida. Una casa Basílica Romano Cristiana.
- (1919) El anfiteatro romano de Mérida. Memoria de las excavaciones practicadas de 1916 a 1918.

La corporación municipal es consciente de la importancia del momento y así lo hacen notar en el acta de la sesión nombrada destacando la afluencia de turistas y forasteros para conocer los importantes restos arqueológicos que las excavaciones están sacando.

En toda España se produce un movimiento de hacer valer su historia, sus personajes, sus benefactores, y son continuas las suscripciones que se abren para erigir monumentos; así, en estos años de 1914 a 1918, Mérida va dando pequeñas cantidades de dinero para la construcción de monumentos a Francisco Pizarro en Trujillo, al Dr. Moliner en Valencia, a Fernando III en Sevilla y al Sr. Juan Muñoz Chaves, en Cáceres. Se entregaron también donativos para la creación del Instituto Cervantes y se suma a la propuesta del Ayuntamiento de Lemona (Vizcaya) para conceder a S.M. Alfonso XIII la Gran Cruz de la Beneficencia «por la piedad cristiana e hidalguía demostrada cuando intervino en distintas ocasiones a favor de los prisioneros de los países que luchan en la guerra Europea»

En estas fechas se acometieron en Mérida algunas obras de relevancia, como fueron la plaza de toros, y un improvisado cuartel para soldados hasta la construcción definitiva, poco después, del que fue Cuartel de Artillería «Hernán Cortés», así como surgió una nueva Sociedad Recreativa, emblemática de la ciudad durante todo el siglo XX, el Liceo de Mérida.

La Plaza de Toros

El 5 de Julio de 1914 se celebró en Mérida la primera corrida de toros en su flamante plaza que se acababa de inaugurar. Se construyó en el Cerro de San Albín, siendo el encargado Ventura Vaca, arquitecto provincial que también fue el responsable de la construcción del colegio Trajano y del Mercado de Calatrava.

Una plaza gestionada por la Sociedad Taurina Extremeña que consiguió la clasificación de segunda categoría por su construcción en sí, sus dependencias (patio de caballos, caballerizas cubiertas, capilla, enfermería, vivienda para el cuidado), su capacidad, su ubicación, etc.

La plaza atrajo muchas visitas a la ciudad e influyó notablemente junto al patrimonio arqueológico en el incremento del sector turístico.

El Primitivo Cuartel de Artillería

Desde el año 1916 el Ayuntamiento pretende traer a Mérida un batallón de mil soldados de los nuevos cuerpos de artillería con el compromiso de la dotación de un cuartel para su alojamiento y campo de tiros y maniobras. Se proponen al Estado Mayor varios locales y emplazamientos: el inmueble de Pancaliente, el Campo de la Antigua, el Campo de San Juan y la antigua fábrica de corchos. El lugar elegido fue al final la antigua fábrica de



corcho propiedad de Román García de Blanes Pacheco para la construcción del cuartel. Estaba situada entre las calles Almendralejo y Marquesa de Pinares. El Ayuntamiento gastó en la rehabilitación de la fábrica 55.387 pts., 33.000 de ellas conseguidas por suscripción popular, más el alquiler anual de 9.500 pesetas durante dos años. Fue así como se estableció a finales de 1918 el 1º Batallón de Artillería de Posición en Mérida.

El Liceo de Mérida

La creación de esta institución de recreo tuvo su inicio en la Sociedad Lírico Dramática creada en Mérida en 1897, muy vinculada tanto al Círculo de Artesanos como al Teatro *Ponce de León*. El día 17 de Febrero de 1901 queda firmada el acta de constitución de la creación del Liceo. Será el eminente médico y escritor Felipe Trigo, uno de los promotores, el que explique sus objetivos como eran los de «proporcionar instrucción a las clases de artesanos y labradores que no poseyesen bienes de fortuna...»

Los presidentes que concurren en los años de la Gran Guerra fueron Eugenio Macías (1901-1909) y Francisco Corchero (1909-1924), ellos asentaron las bases para la creación de una sociedad que aportaría muchos beneficios a la

ciudad. Surgió de los propios socios la sociedad anónima llamada la Taurina Extremeña que luchó por crear la espectacular plaza de toros, como ya hemos visto.

Actividades literarias, musicales (se crea una orquesta propia), teatrales, lúdicas y formativas son las que más interés despiertan entre la dirección del Liceo pero realmente la sociedad está presente y participa en todo los acontecimientos que ocurren en la ciudad.

El 7 de Noviembre de 1914 se instala en el Liceo un teléfono, quizás sea el primero en Mérida o al menos el primer dato que se dispone, según nos aclara José Caballero en su libro publicado en 2008 *Maximiliano Macías y su tiempo.* En el año 1916 ya se conocían casi 100 números de teléfonos en la ciudad.

En 1918 los socios del Liceo aportan una cantidad significativa de dinero para el inicio de la construcción del cuartel de artillería.

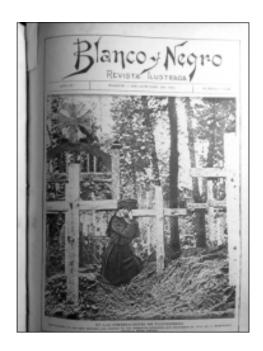
La prensa emeritense durante la I Guerra Mundial

Aunque conocemos títulos de diversas publicaciones periódicas tales como revistas y periódicos semanales locales, no se conservan ejemplares suficientes como para poder saber el seguimiento que pudieran hacer los emeritenses de cuanto acontecía en la Europa en guerra ni siquiera la posición de los editores si a favor o en contra de la neutralidad española, o de tomar parte como germanófilo o aliado. Por otro lado la prensa nacional no estaba al alcance de todos los vecinos de Mérida, quedando su lectura restringida a los pocos que pudieran suscribirse ya que la venta directa de la prensa, aún en España, era muy limitada. Así periódicos como *La correspondencia de España, el País, el Imparcial, la Acción, el Debate, el Correo de España,* se leían en las sociedades recreativas que en estas fechas existían en Mérida tales como La Real Sociedad Económica de Amigos del País, El Círculo Emeritense, El Círculo de Artesanos y el Liceo de Mérida.

A través de la *Revista Blanco y Negro* que conservamos en la Hemeroteca Municipal, se puede hacer un seguimiento gráfico muy interesante de la guerra.

Referente a las publicaciones locales, a las primeras que aparecen en Mérida a principios del siglo XX que fueron *el Emeritense*, *la República, EL Noticiero Emeritense, El Noticiero*, se les suman otras nuevas como el semanario *Gil Blas* : semanario feliz e independiente» (1907-1923); *Plumas Nuevas*: semanario literario, científico y de sport. Se publicó todos los miércoles entre los años 1906 y 1908.

Hasta aquí nuestra pequeña aportación para dar a conocer el momento que vivían los ciudadanos de Mérida mientras el resto del mundo estaba inmerso en el acontecimiento bélico conocido en Europa como la Gran Guerra.



FUENTES:

Archivo Histórico Municipal de Mérida

- .- Libros Actas Capitulares Municipales (1914-1919)
- .- Solicitudes de Nodrizas (1911-1919)
- .- Licencias de enterramientos (1918-1919)
- .- Junta Local de Protección de Menores (1912-1916)
- .- Expediente Elección Tribunal Industrial del partido de Mérida (1908)

Hemeroteca Municipal de Mérida

.- Publicaciones Periódicas Emeritenses de finales del siglo XIX y principios del XX.

Instituto Nacional de Estadísticas

Fondo Histórico. Censos de Población (siglo XIX, 1900, 1910, 1920, 1930) http://www.ine.es/inebaseweb/libros.do?tntp=71807

Bibliografía Básica

- .- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J.: **Materiales para la Historia de Mérida (1637-1936)**. Diputación Provincial de Badajoz y Ayuntamiento de Mérida. Badajoz, 1994.
- .- BARBUDO GIRONZA, F.: Mérida, su desarrollo urbanístico desde los planes de alineaciones al Plan Especial del Conjunto Histórico-Arqueológico. Asamblea de Extremadura. Mérida, 2007.
- .- CABALLERO RODRÍGUEZ, J.: **Maximiliano Macías y su tiempo (1867-1934)**. Artes Gráficas Rejas, S.L. Mérida, 2008.
- .- DE LA BARRERA ANTÓN, J.L.: Estampas de la Mérida de ayer. Gráficas BOYSU. Mérida, 1999.
- .- DELGADO RODRÍGUEZ, F.: **Historia del Liceo de Mérida** (1901-2001). Artes Gráficas Rejas, S.L. Mérida, 2001.
- .- DONCEL RANGEL, J.: **Mérida, historia urbana (1854-1987)**. Biblioteca de Temas Emeritenses. Consejo Ciudadano de la Biblioteca. Excmo. Ayuntamiento de Mérida, 1991.
- .- PLANO Y GARCÍA, P.M.: **Ampliaciones a la Historia de Mérida de Moreno de Vargas, Forner y Fernández**. Imprenta de Plano y Corchero. Mérida, 1894.
- .- PULIDO ROMERO, M.: **Recorrido por la Escuela Pública de Mérida (1900-1950).** Consejo Ciudadano de la Biblioteca. Excmo. Ayuntamiento de Mérida, 1990.



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MÉRIDA Archivo Histórico Biblioteca Municipal «Juan Pablo Forner»